CIRCULO DEL CRIMEN

EL HOMBRE MISTERIOSO

PHILIP McDONALD

EDICIONES FORUM



150 Ptas.

Nº54

Philip McDonald

EL HOMBRE MISTERIOSO

Círculo del Crimen Nº 54

ePub r1.0

Rutherford/Rbear 06.04.16

Título original: *The Rynox Murder*
Philip McDonald, 1930
Traducción: Mario Montalbán
Forum: 1983
ePub base r1.2

EPÍLOGO

George contempló malhumorado al conductor de la camioneta de Crickford y al paquete con aire de reprobación.

—¡Traer un paquete semejante a la puerta principal! —se quejó —. Debería de saberlo ya. Si baja con la camioneta por Tagger's Lane, que está ahí al lado, verá la entrada de servicio.

George era un tipo impresionante y así se lo parecía a mucha gente, pero el conductor de la camioneta no se dejó impresionar. Evidentemente, poco le importaba el uniforme color verde botella del portero ni sus galones dorados; aún menos el bigote bien cuidado, ni el pecho de George, con medallas o sin ellas.

—Este paquete lleva una dirección —masculló el conductor—. Mi trabajo consiste, no en discutir la conveniencia de entrarlo por una puerta o por otra, sino en entregarlo. ¿Lo acepta usted, sí o no?

Las mejillas normalmente purpúreas de George adquirieron lentamente un tono casi negro. Apenas le salían las palabras de la garganta.

—Si no —continuó el conductor impertérrito—, como tengo prisa, me largo con el bulto —se agachó y miró la etiqueta—. Está dirigido a uno de sus jefazos: F. MacDowell Salisbury. Presidente. Naval Military y Cosmo… Cosmo…, como sea, Assurance. ¿Es aquí, verdad?

Le tendió a George un talonario de resguardos junto con un lápiz de punta roma. Con el sucio pulgar señaló el pie de la hojita de papel.

—Firme en esta línea de puntos, si sabe escribir. De lo contrario, ponga una cruz y yo añadiré algo. ¡Vamos, de prisa!

Siempre será objeto de conjeturas qué habría hecho George en aquel momento si el auto de F. MacDowell Salisbury no hubiese parado inmediatamente detrás de la camioneta de Crickford. Lo cual le dejó a George solamente un camino a seguir: firmar rápidamente. Al instante se hizo cargo del bulto que, en realidad,

eran dos grandes sacos atados juntos por la parte superior. Haciendo gala de una fuerza considerable, consiguió subirlos por los peldaños de la entrada y a través de las puertas giratorias de caoba y reluciente cristal. Cuando dejaba jadeante los dos sacos apoyados contra una esquina de la pared enmaderada, el presidente ascendió por la escalinata de la calle. George tuvo el tiempo justo de llegar a la puerta; la abrió, se llevó la mano a la gorra y procuró acallar los jadeos de su respiración.

—Buenos días —le saludó el presidente.

George volvió a tocarse la gorra. Todavía le faltaba el resuello. El presidente se hallaba de buen humor. En vez IX de dirigirse directamente hacia el pasillo de suelo de mármol que conducía al ascensor, hizo alto, ladeando la cabeza y miró a George.

—George, pareces fatigado.

—Yo, señor... ¡Uf...!

Los ojos del presidente contemplaron los sacos.

—¿Por acarrear esto, George?

—Sí, señor. Cuando usted llegó, señor, le estaba diciendo al chófer de la Crickford que debía entrarlos por la puerta de servicio del Lañe, pero como le vi llegar a usted, señor, no quise discutir más con él y los entré yo mismo por aquí. Son para usted, señor.

—¿Para mí? —el presidente levantó las cejas y el tono de voz.

—Sí, señor, según la etiqueta.

—¡Qué cosa más extraordinaria!

El presidente fue hacia la esquina, se inclinó sobre los sacos y examinó la etiqueta.

—¡Qué cosa más extraordinaria! —repitió. Alargó una gordezuela mano hacia los sacos y comprobó su peso—. Son bastante pesados.

—Sí, señor —corroboró George—, muy pesados.

El presidente volvió a inclinarse hacia la etiqueta. Sí, llevaba su nombre; y además, en caracteres de imprenta, grandes caracteres, y en tinta roja, se añadía:

EXTREMADAMENTE PRIVADO Y CONFIDENCIAL
PERSONAL PARA EL SEÑOR
SALISBURY

—¡Bien, así me condene! —exclamó el presidente—. Será mejor que llames a un par de muchachos y que los suban a mi despecho.

El presidente, con el índice blanquecino y gordezuelo, presionó el tercero de los timbres de su mesa escritorio.

—Señorita Winter —le dijo a la mujer que respondió a la llamada, entrando en el despacho—, ¿han subido ya los sacos?

—Ahora mismo, señor Salisbury.

—¡Está bien! Deles a los chicos un chelín a cada uno del dinero de gastos, y ahora saldré. Unos sacos de aspecto extraordinario, ¿verdad, señorita Winter?

—Sí, señor Salisbury.

La señorita Winter, muy severa, muy compuesta, muy eficiente, volvió al despachito exterior. El presidente, yendo lentamente tras ella, vio cómo distribuía los chelines, cómo los mozos se llevaban a sus gorras el sucio índice, cómo la puerta se cerraba detrás de ellos. Pasó al despachito de la señorita Winter.

En el centro del mismo se hallaban los dos sacos. La señorita Winter se inclinó para leer la etiqueta.

—¿Tiene un cuchillo? —le preguntó el presidente.

La señorita Winter tenía un cuchillo. La señorita Winter siempre tenía de todo.

—Veamos —agregó el presidente— si puede cortar esa cuerda.

La señorita Winter podía cortar la cuerda y lo hizo. Los sacos cayeron uno a cada lado. El presidente tocó uno con el pie. El contenido era duro, aunque cedió a la presión.

—¡No sé de qué se trata! —confesó el presidente.

—¿Abro un saco? —propuso la señorita Winter. Era una mujer práctica.

—Sí, sí, echémosle una ojeada.

Una vez más, la señorita Winter se agachó. Una vez más, el cuchillo efectuó la operación de cortar, al romper la cuerda que mantenía cerrada la boca del saco. La señorita Winter metió la mano...

—¡Dios del cielo! —gritó el presidente.

Dio dos cortos pasos y se quedó mirando por encima del hombro de la señorita Winter. Esta se incorporó de nuevo, sosteniendo en

sus manos un mazo, atado por una goma elástica, de billetes del Banco de Inglaterra del valor nominal de una libra.

—¡Dios del cielo! —volvió a gritar el presidente.

Se inclinó sobre el saco y metió dentro ambos brazos. Sacó la mano sujetando otro mazo de billetes...

Dejó que el saco yaciese inerte en el suelo, se agachó sobre él, lo cogió y lo volcó. Cayeron más paquetes de billetes al suelo.

Miró al interior del saco...

¡No cabía la menor duda! El saco, el saco que parecía contener una tonelada y media de maíz, estaba lleno, atestado, repleto, de billetes del Banco de Inglaterra de valor nominal de una libra. No eran billetes nuevos. Los mazos no ostentaban aquel aspecto sólido y crujiente del papel moneda sin usar, sino que, a pesar de estar limpios, los billetes eran ya usados, y si bien estaban numerados, como vio al momento la señorita Winter, no lo estaban por series.

—¡Dios del cielo! —el presidente apenas conocía otra exclamación en aquel instante.

Con el cuchillo cortó la cuerda del segundo saco, que resultó ser como su hermano. Si existía alguna diferencia, la misma consistía en que en su interior había más billetes que en el primero. El presidente se quedó asombrado en el centro de la estancia. A su alrededor, permanecían diseminados varios mazos de billetes.

El presidente miró a la señorita Winter. La señorita Winter le miró a él.

—Supongo que estoy en la oficina, ¿eh, señorita Winter? —inquirió—. ¿No estaré, por casualidad, en mi cama, soñando?

La señorita Winter no sonrió.

—Ciertamente, está usted en su oficina, señor Salisbury.

—¿Le importaría decirme, señorita Winter, qué son esos papeles que estoy pisando?

—Sí, señor Salisbury. Mazos de billetes de Banco de una libra, aunque no muy nuevos, la verdad.

—Volveré a mi despacho y me sentaré —decidió el presidente—. Si no le molesta entrar dentro de unos minutos, señorita Winter, y repetirme lo que hay dentro de esos sacos, le quedaré muy agradecido. Asimismo, puede vaciarlos y ver si en ellos hay algo más, exceptuando..., exceptuando esos mazos de billetes de una libra.

—Muy bien, señor Salisbury. ¿No cree que sería una buena idea llamar a los de Crickford y tratar de averiguar quién es el remitente de este..., de este...?

Por una vez, la señorita Winter no halló la palabra adecuada.

—¡Oh, sí, hágalo, por favor! —aprobó el presidente—. Y no lo olvide: venga y repítamelo todo otra vez.

—De acuerdo, señor Salisbury.

—Si puedes aclararme esto—le dijo F. MacDowell Salisbury a su amigo Thurston Mitchell, que era vicepresidente de la Naval, Military and Cosmopolitan Assurance Corporation—, será una verdadera sorpresa.

El señor Mitchell no pudo hacerlo.

—Si no hubiese visto —declaró en cambio— esos malditos billetes con mis propios ojos, no te creería, Salisbury. ¿Qué dijeron los de Crickford cuando llamó la señorita Winter?

—Dijeron —replicó Salisbury— que harían investigaciones en sus otras sucursales. Las hicieron. Estos sacos fueron entregados ayer por la tarde en la oficina receptora de la empresa, instalada en Balham. El cliente, que no dio su nombre, abonó los gastos de envío, preguntó cuándo serían entregados los sacos, y se marchó — Salisbury encogió desvalidamente sus carnosos hombros.

—¿Cómo era su aspecto?

—Según lo que me dijo el gerente de la empresa por teléfono, el empleado de recepción aseguró que el remitente era una persona «alta, con aspecto extranjero». Una barbita, un inglés imperfecto, unos vestidos algo exagerados... bueno, ya sabes. Llegó allí en coche.

—¿En coche? —repitió Mitchell—. ¿No se fijaron...?

—Mitchell —le interrumpió Salisbury, moviendo tristemente la cabeza—, no se fijaron en si el coche era azul o verde, abierto o cerrado, inglés o americano. No se fijaron en nada. Al fin y al cabo, ¿por qué tenían que fijarse en algo, pobres diablos?

El señor Thurston Mitchell dio una vuelta por el despacho presidencial con las manos en los bolsillos, los hombros cuadrados, y un frucimiento de cejas que ponía una línea recta sobre su puente nasal.

—No había nada, ¿eh, Salisbury?, nada en esos sacos, aparte del dinero...

—Nada —aseguró el presidente—. Nada, Mitchell, nada en absoluto... excepto un grano de maíz que tengo sobre el escritorio. He pensado guardarlo como recuerdo.

—¡Así me aspen! —exclamó el vicepresidente.

—De acuerdo —insistió Salisbury—. Sí. señorita Winter, ¿de qué se trata?

La señorita Winter se acercó a la —esa presidencial. Había en ella cierta excitación intensamente reprimida, aunque discernible, pese a todo. Llevaba, al modo como un recluta inexperto, pero imaginativo, llevaría una bomba, un paquete pequeño y oblongo, envuelto en papel manila. Lo dejó encima del escritorio.

—Acaba de llegar, señor Salisbury. Por correo certificado. He creído oportuno al momento... bueno, porque la dirección está escrita igual que la etiqueta de los sacos

El presidente miró fijamente el paquete. El vicepresidente se aproximó y le imitó.

—¡Por Júpiter! —exclamó Salisbury—. ¿Qué será esto? ¡Vamos, Mitchell, ábrelo! Todavía no has disfrutado de ninguna emoción...

El vicepresidente, después de pedirle un cortaplumas a la señorita Winter, cortó el cordel del paquete, desenvolvió tres capas de papel manila, y al final encontró una cajita. Tenía una tapa corredera como un plumier. El vicepresidente hizo correr la tapa. Miró dentro de la cajita y la dejó en la mesa, delante del presidente.

—Mira esto, Salisbury, si esto sigue así, iré a visitar a un médico. ¡Fíjate en esto!

Salisbury se fijó. Lo que vio era una hoja de papel blanco, y en el centro de la hoja un medio penique nuevo...

—¡No lo mires de esa manera, Salisbury! —le recriminó el vicepresidente—. ¡No necesitas más dinero!

El presidente cogió el medio penique y la hoja de papel.

—¡Lo tengo, tanto si lo quiero como si no! —proclamó.

Debajo de la hoja de papel había, en tres hileras de montoncitos, cuarenta y seis peniques nuevos. La señorita Winter, con una compostura realmente aterradora, los contó. Debajo aún había otra hoja de papel blanco, la cual, en letras de imprenta y con tinta negra, llevaba el siguiente escrito:

ESTE ES EL SALDO.
¡MUCHAS GRACIAS!

Total: 287.499 L 3s 10 1/ p.
(Doscientas ochenta y siete mil cuatrocientas noventa y nueve libras, tres chelines y diez peniques y medio.)

N. P. No para uso personal. Para las armas de la Naval, Military and Cosmopolitan Assurance Corporation.

El presidente miró al vicepresidente. Ambos miraron a la señorita Winter.

—Señorita Winter —preguntó de pronto Salisbury—, ¿sería tan amable de dejarnos solos? Estoy seguro de que dentro de un instante el señor Mitchell lanzará una exclamación poco apropiada para sus castos oídos.

LIBRO PRIMERO

1

Jueves, 28 de marzo; 9 a 12 mediodía

Entwhistle, el cartero de Fordfield iba empujando su bicicleta colina arriba hacia Little Ockleton. La mochila que llevaba a la espalda era pesada y a cada momento se lo parecía más. El sol de marzo, incluso a las ocho y media de aquella mañana, expandía ya el calor de julio. Entwhistle se detuvo, resopló y se secó el sudor de la frente Pensó, como pensaba todas las mañanas, que las autoridades debían hacer algo en aquella colina: Volvió a empujar la bicicleta y al final pudo volver a montarla.

Era tan raro que llevara una carta para Pond Cottage, que casi se hallaba cien metros más allá cuando recordó que, no solamente tenía una carta para Pond Cottage, sino también una carta sin sello. Esto significaba cobrarle la sobretasa al ocupante de Pond Cottage. Los cien metros extra que había recorrido quedaron aligerados ante la idea de que al fin, si el señor Marsh estaba en casa, le vería y hablaría. Había oído tantas historias sobre el señor Marsh, sin que nunca hubiese podido añadir algo por su cuenta, que la perspectiva le encantó. Desmontó, dejó la bicicleta apoyada contra la empalizada verde, cruzó la cancela y recorrió el caminito mal cuidado y lleno de hierbajos.

Al parecer, el señor Marsh estaba en casa. Las ventanas del piso superior, al menos, se hallaban abiertas.

Entwhistle llamó a la puerta con los nudillos... Sin respuesta. Buscó en la mochila hasta encontrar la carta sin sello... Volvió a llamar. Otra vez la callada por respuesta. Bien, era posible que, al

fin y al cabo, se quedara sin ver ni hablar con el señor Marsh. Claro que otra llamada no podía hacer daño… Llamó y esta vez hubo respuesta… más arriba de su cabeza. Una respuesta dada por una voz profunda y gutural, como si tuviese alguna dificultad original y anómala en la pronunciación.

—¡Deje las cartas abajo! —gritó la voz—. ¡En los peldaños! ¡Yo las recogeré!

Entwhistle retrocedió y levantó la cabeza hasta que, por debajo de la visera de su gorra, logró divisar, desde la ventana abierta, el rostro de tez oscura, con unos ojos parapetados detrás de unas gafas negras, del señor Marsh. El bigote y la barba gris de dicho caballero parecían, según tantas veces había oído explicar Entwhistle, erguirse de furor.

Tosió para aclararse la garganta.

—No puedo hacerlo, señor —murmuró—. Hay una carta sin sello Le he molestado por esto, señor. He de cobrar.

—¿Qué demontres dice? ¡Deje las cartas ahí abajo, y lárguese de aquí con su fea cara! ¡Qué valor! ¡Deje las cartas y largo!

Era una voz casi salvaje.

Entwhistle empezó a experimentar ciertas dudas respeto a si era tan divertido ver y hablar con el señor Marsh, como había supuesto. Sin embargo, no se movió del pie del cañón.

—No puedo, señor —repitió—. Hay una carta sin sello. He de cobrarle la sobretasa.

—¡Dios! —exclamó la voz de la ventana, o un sonido parecido.

La ventana se cerró de golpe. Involuntariamente, el cartero retrocedió un paso, bajando un escalón. Tan violento fue el golpe del cierre de la ventana, que casi tuvo miedo de que le cayeran sobre su gorra unos fragmentos de vidrio. De todos modos, se mantuvo cerca de la puerta. De pronto, oyó distintamente unos pasos que hacían crujir los peldaños de la escalera interior. Luego, se abrió la puerta de la casa. En el umbral apareció una figura alta y corpulenta, embutida dentro de un batín de color marrón. Llevaba los pies metidos en unas zapatillas de piel colorada. El cabello era negro, con algunas hebras grises. El bigote y la barba eran casi blancos. Las gafas ahumadas parecieron mirar directamente a Entwhistle, el cual casi se amedrentó, al experimentar, aunque él no supiera expresarlo de esta manera, una sensación de angustia muy

extraña, haciéndole pensar que tal vez detrás de aquellos cristales oscuros no había ojos.

—¿Dónde está esa maldita carta? ¡Vamos, hombre, vamos! ¡No quiero estar aquí de pie todo el día! ¡Hace frío!

El corpachón del señor Marsh se estremeció dentro del batín. Alargó la mano imperiosamente.

Entwhistle puso la carta en aquella mano. Estaba como retorcida.

—Tengo que cobrarle la sobretasa, señor.

El señor Marsh dejó oír un sonido gutural, un sonido como proferido por un animal salvaje. Tan fiero fue que Entwhistle retrocedió otro paso involuntariamente. Sin embargo, no se marchó. Era, como le gustaba decir, un hombre que conocía sus obligaciones.

El señor Marsh permanecía contemplando el sobre que tenía en la mano. Por encima de sus gafas ahumadas se le marcaba una profunda arruga. Los blancos dientes formaron una mueca de salvajismo inenarrable, y la boca del señor Marsh emitió primero un chasquido y después una retahíla de palabras malsonantes. Insertó el pulgar, según observó el cartero, debajo de la solapa del sobre y con un violento desgarrón liberó el contenido, una sola hoja de papel escrita a máquina. El señor Marsh leyó lo escrito.

—F. X. Benedik —gruñó.

Después, pronunció otra palabra. Esta vez era una palabra inglesa que Entwhistle no repitió cuando le contó su aventura a la señora Entwhistle.

—He de cobrarle… —empezó a murmurar el cartero.

El señor Marsh pareció huir hacia la puerta. Sonó el portazo. La violencia del mismo arrancó del marco una astilla que cayó a los pies de Entwhistle.

Este se caló la gorra casi hasta el puente de su nariz Los regordetes dedos de su mano derecha rascaron su nuca. Bueno, ¿qué más podía hacer? No se le ocurrió siquiera volver a llamar. El señor Marsh podía ser un buen tema de conversación con los amigos, pero ciertamente no era persona que se dejara molestar por un cartero. Pese a ello, todavía quedaba la cuestión de la sobretasa, y cuando llegara a Fordfield le pedirían cuentas…

Su lento cerebro seguía dudando cuando algo, algo duro,

pequeño y tintineante, chocó violentamente con su gorra. Entwhistle se sobresaltó. La gorra le cayó de la cabeza a causa del impacto, yendo a rodar por el suelo. Asombrado, la contempló; después, se agachó pesadamente para recogerla. A su lado, brillando contra una losa medio cubierta de musgo, había un florín. Sin incorporarse, Entwhistle lo miró. La ventana del piso superior estaba abierta de nuevo. Por ella se asomaba el rostro feroz del señor Marsh.

—Era —le confió aquella noche el cartero a su esposa— como la cara de una forma inhumana. Y —añadió— la cara se reía. El sonido de aquella risa me heló la sangre, y no me importa confesarlo. Reía..., reía como a punto de estallar. ¿Qué podía hacer yo? Bien, recogí la moneda y la gorra y exclamé, lo más dignamente que pude: «He de darle el cambio, señor.» Sí, esto le dije para que viese que yo no acepto propinas. ¿Y qué respondió él? Cuando terminó de reír, unos instantes más tarde, gruñó: « ¡Puede quedarse el cambio... tragárselo!» Oh, vaya voz que tiene... una voz violenta. Eso fue lo que dijo...: «¡Quédese con el maldito cambio y ya sabrá qué maldita cosa hacer con él! » ¿Y qué dije yo? Pues dije, con la mayor corrección: «Ah, señor, no está bien arrojar así el dinero. Pudo darme en la cara.» Entonces, él respondió: « ¡Ha sido mala suerte que no le acertara! » Sí, esto dijo: « ¡Ha sido mala suerte que no le acertara! », y añadió: « ¡Y ahora largo de aquí o le tiraré algo más pesado! »

Así se lo contó el indignado Entwhistle a su esposa. Así lo contó aquella misma noche el histriónico Entwhistle en «El Coche y Los Caballos». Así lo contó el importante Entwhistle tres días más tarde en la comisaría de Fordfield.

James Wilberforce Burgess, hijo, estaba haciendo girar un trompo, con poca habilidad, sobre el caminito de cemento, delante de la taquilla de la estación de Ockleton.

James Wilberforce Burgess, padre, jefe de la estación de Ockleton, mozo de equipajes y guardagujas, contempló aquel juego un momento con orgullo paternal, y entró en el cubil que era la expendeduría de billetes. Salió de allí un momento después, mucho más de prisa de lo que había entrado.

James Wilberforce, hijo, había proferido un chillido desgarrador en aquella soleada mañana.

James Wilberforce, hijo, se hallaba acurrucado contra la pared, con una mano en un oído y la otra frotándose los ojos. El trompo y el cordel yacían a sus pies. En la entrada de la estación estaba «ese tal señor Marsh».

Los Burgess de Ockleton, desde muchas generaciones atrás, no eran precisamente célebres por su valor físico. Algunos padres, por grande, por siniestro que pareciera el atacante de su inocente hijo, habrían pegado primero y preguntado después. Burgess no pegó en absoluto. No obstante, dijo bastantes cosas, que escuchó, con exagerada cortesía irónica, «ese tal señor Marsh». Se hallaba resguardado por la sombra del portal, con el sombrero negro inclinado sobre la frente, las gafas negras marcando profundos pozos en su cara en lugar de ojos; sus blancos dientes reluciendo al sonreír con una sonrisa salvaje, desprovista de humor, ofreciéndole a los Burgess, como le ofreciera antes al cartero Entwhistle, «la cara de una forma inhumana». De repente, interrumpió la indignada perorata de Burgess, padre.

—¡Basta ya! ¡Ya basta! ¡Quiero un billete para Londres!

Su vozarrón, de acento extranjero, resonó por toda la estación.

—¡Lanzarse sobre un crío! —siguió exclamando James Wilberforce, padre—. ¡Sobre un niño indefenso! ¿No sabe que eso es peligroso para cualquier niño?

El señor Marsh dio un paso al frente. El señor Burgess dio tres pasos atrás. El señor Marsh señaló la taquilla. El señor Marsh dijo, y el señor Burgess juró después que no separó los dientes al decirlo:

—¡Adentro de esa perrera! ¡Y deme el billete para Londres!

El señor Marsh, según manifestó más adelante el señor Burgess, metió la mano en un bolsillo, sacó una media corona, giró su cuerpo a medias, y arrojó la moneda al asustado James Wilberforce, hijo.

—¡Toma —le espetó—, para que te compres una oreja nueva!

—No hay derecho, señor —dijo el señor Burgess desde la ventanilla—, venir aquí, pegarle a un niño indefenso...

El señor Marsh metió su siniestro rostro por la ventanilla.

«—Me asustó, seguro —explicó más tarde el señor Burgess—. Era como un diablo mirándome por aquel agujero.»

El señor Marsh obtuvo su billete. El señor Marsh se marchó en el

tren de las nueve y diez, de Ockleton. Había adquirido un billete de ida y vuelta para el mismo día.

Aquélla noche, en el andén de la estación de Ockleton, aguardaron el regreso del señor Marsh no solamente James Wilberforce Burgess, padre, sino el hermano de la esposa del señor James Wilberforce Burgess, padre, un tal Arthur Widgery. Era un individuo grueso y alto, cuya única alegría en la vida, después de la cerveza, era realizar la serie de acciones que invariablemente describía como «largarle al otro un puñetazo en la barbilla».

Pero el señor Marsh no se aprovechó de las ventajas de su billete de ida y vuelta.

El señor Basil Musgrove que estaba a cargo de la taquilla del Royal Theatre, aquella mañana le presentaba al mundo un aspecto más aburrido que de costumbre. La noche anterior, el señor Musgrove había salido con un grupo de personas a las que usualmente se refería como «los muchachos». En consecuencia, el señor Musgrove, por debajo de su cabellera coriácea, tenía una cabeza al rojo vivo.

—No, señora —estaba diciendo por teléfono—. No tenemos butacas que valgan menos de tres chelines.

El señor Musgrove le espetó a una cara femenina que estaba al otro lado de la ventanilla:

—No, señora, no quedan asientos para la función de esta noche. Lo siento.

El señor Musgrove, cuando la cara desapareció, apoyó la cabeza en una de sus manos y deseó que los «muchachos» no se hubiesen comportado como tales. Los párpados del señor Musgrove se abatieron sobre sus ojos. El señor Musgrove dormía.

El señor Musgrove fue despertado de manera harto ruda. Algo frío, afilado y dañino le rascaba la punta de la nariz. El señor Musgrove movió sus débiles manos para apartar aquello de su apéndice nasal, pero en lugar de apartarse, el roce se hizo más frecuente y desapacible, hasta que el señor Musgrove viose obligado a abrir los ojos. Con esto, el mundo volvió a él rápidamente, y el señor Musgrove vio lo que le había despertado. Era la contera de un bastón de ébano que se movía a menos de un centímetro de su

nariz. Más allá del bastón divisó un par de ojos negros insertos en una faz que, como les explicó a los «muchachos» aquella noche, era como la del Viejo Nick mirándote…

El señor Musgrove se echó hacia atrás, sobresaltado. Su alta silla se tambaleó bajo sus posaderas y le costó bastante recobrar el equilibrio.

El bastón retrocedió. La ventanilla ahora parecía estar llena con la cabeza de aquel diablo, una cabeza coronada por un enorme sombrero negro, cabeza que ostentaba unas gafas oscuras, una barbita gris y una sonrisa blanca y retorcida.

—Hum… hum… —gruñó el señor Musgrove—. Le pido… le…

El desconocido pronunció una palabra ininteligible y añadió:

—¡Tres butacas para mañana por la noche!

—¡No, no! —exclamó el señor Musgrove—. ¡No, no, no! Está todo vendido tanto para la primera sesión como para la segunda de hoy.

La faz se acercó más todavía. Casi se metió en el cubículo. El señor Musgrove retrocedió y una vez más su silla se tambaleó.

—No he pedido butacas para hoy —la áspera voz parecía tener dificultades con la r del inglés, aunque no con el resto del idioma—. ¡Las pido para mañana!

—Oh, yo… Lo siento —balbució el señor Musgrave—. Lo siento. Habré entendido mal…

—¿Tiene o no tiene tres butacas para mañana por la noche?

—¿Mañana, señor, mañana…? —repitió el señor Musgrove—. Tres butacas, señor, tres butacas. ¿Las quiere en medio de la platea, más atrás, a un lado o…? Precisamente, tengo tres en…

—¡No me importa —tronó la voz— dónde demonios estén las butacas! ¡Solamente quiero tres butacas, tres butacas! Démelas y dígame cuánto cuestan para poder librarme de su feo rostro. No, le aseguro que, incluso en mejores ocasiones, no es un rostro agradable. Y esta mañana… bueno, esta mañana es una indecencia.

El señor Musgrove enrojeció hasta lo más alto de su arrugada frente. Las puntas de sus orejas se tiñeron de un color púrpura. Como les contó aquella noche a los «muchachos»:

«—¿Sabéis, amigos? De haber sido otra clase de individuo, habría salido de la taquilla y le habría sentado las costuras en un segundo. ¡Ya me conocéis! Sin embargo, lo creáis o no, estaba que

apenas podía moverme. ¡Me sentí como enraizado! Lo único que logré hacer fue entregarle los tres asientos y coger su dinero. En mi trabajo siempre se ven tipos raros; ¡pero nunca había visto uno semejante… y no deseo volver a verlo jamás! ¡Vaya fulano horrible! Es siniestro, fatal, con aquella barba, aquellas gafas negras y aquella cojera… Porque arrastra la pierna izquierda, aunque andaba muy de prisa… ¡Sí, de veras, un individuo horrible! Le buscaré mañana por la noche para ver qué clase de compañía lleva consigo… Gracias, Ted, para mí el oporto con limón. ¡A vuestra salud!»

2

Jueves, 28 de marzo; 12,30 a 3,30 tarde

Las oficinas de Rynox se hallan en la New Bond. Esta es una información innecesaria, puesto que todo el mundo lo sabe, pero sirve para iniciar esta secuencia.

Después de subir los escalones de mármol de la Rynox House —las oficinas Rynox solamente ocupaban una planta del elevado, estrecho y casi hermoso edificio—, se detuvo en el último peldaño, a las doce y treinta minutos de la tarde de aquel jueves, Francis Xavier Benedik, «F. X.» para sus numerosos amigos y sus escasos aunque virulentos enemigos.

El portero, un individuo delgado, de aspecto afligido, que ostentaba el poco grato nombre de Butterflute, sonrió. El esfuerzo, según observó F. X., pareció dislocar la cara de aquél. Todo el mundo le sonreía a F. X., salvo sus escasos, pero mortales, enemigos.

—Buenos días, Sam.

—Buenos días, señor —correspondió Butterflute.

—¿Cómo va esa ciática?

—Es algo crónico, señor.

—Mal asunto. ¿Y la familia?

—No demasiado bien, señor —respondió Butterflute—. Mi esposa vuelve a estar en cama. ¡No sé cómo lo soporta! Mi chico se marchó ayer por tres semanas, con un automóvil de la empresa D. y D., y mi hija… bueno, mi hija, señor…

F. X. se mostró grave y amistoso, mas también determinado.

—¡Mala suerte, Butterflute, muy mala suerte! Si necesita algo, dígamelo, ¿eh?

—Sí, señor —Butterflute se llevó una mano a la gorra—, se lo diré, señor. Gracias, señor.

F. X. penetró en el edificio y recorrió el pasillo hasta el ascensor. F. X. tenía una figura esbelta, corpulenta, de paso grácil, que de espaldas podía aparentar unos treinta años, y un aspecto casi atlético. Sin embargo, cuando uno le miraba a la cara comprendía que F. X., de unos cincuenta años, era un individuo trabajado por la vida y sus muchas vicisitudes. Uno comprendía esto… aunque se equivocaba. Se equivocaba respecto a la edad porque aquel día, precisamente, Francis Xavier Benedik cumplía sesenta y siete años. Mas, aparte de tal error, o de cualquier otro, a menos que uno fuese uno de sus escasos, pero violentos enemigos, uno le admiraba a primera vista. Era lo que cuantos le conocían hubiesen querido ser. Obviamente, había vivido todo aquello que un hombre, para serlo, tiene que experimentar.

—Buenos días, señor —le saludó Fred.

Fred era el ascensorista. En contraste directo con Butterflute, Fred no sonrió. Normalmente, Fred sonreía siempre, pero pensaba, como pensaban todos, que debía comportarse de manera distinta con F. X. De modo que, en lugar de sonreír, Fred compuso una expresión seria y solemne.

—Buenos días, Frederick. ¡Estupendo día!

—Sí, señor Benedik, un día estupendo.

El ascensor subió ronroneando suavemente. Pese a que había gente esperando en el primero, segundo y tercer pisos, los dejaron plantados allí, con frío desprecio.

El ascensor se detuvo. Con los demás pasajeros, Fred lo hubiese detenido con una sacudida, puesto que poseía un buen sentido del humor, aunque algo perverso, pero para F. X., Fred lo detuvo como deben hacerlo los ascensores: suave, imperceptiblemente.

F. X. se demoró al salir.

—Cuidado con esa chica, Fred —dijo por encima del hombro.

Desde el cuello almidonado, color cereza, del uniforme de Fred hasta la gorra del mismo color y borla negra, la cara del joven adquirió el brillo del sol de invierno a las cuatro de la tarde.

—¿Cómo dice, señor? —tartamudeó.

—Esa chica tan bonita del primer piso, Fred. De mí para ti, puedes decirle que la puerta de su despacho de Información

necesita una capa de pintura… Sí, es preciosa, Fred, pero has de tener cuidado con las que tienen ojos negros y el pelo rubio.

El sol invernal mostró un color mucho más intenso.

—¡Oh, vamos, Fred…! —rio F. X.

El ascensor descendió a la máxima velocidad.

Atravesando la puerta del piso, la enorme puerta doble con el letrero en letras doradas

RYNOX
S. H. RICKWORTH ANTHONY X. BENEDIK F. X. BENEDIK

F. X. siguió por el corredor con su andar de largas zancadas, que parecía fuera de lugar en una ciudad. Pasó también por delante de una puerta más pequeña donde ponía

RYNOX
Información

hasta llegar a otra más modesta, de caoba, sin señal alguna. Hizo girar la manecilla. Entró y cerró a sus espaldas.

—Buenos días, señorita Pagan, buenos días, Harris.

F. X. colgó su sombrero gris perla, más bien brillante.

—Buenos días, señor Benedik —respondió la señorita Pagan.

Su belleza rubia, aunque triste, se iluminó con una de sus raras sonrisas.

—Buenos días, señor —dijo Harris.

—¿Ha llegado el señor Rickworth, señorita Pagan?

—Sí, señor Benedik. Creo que está en su despacho. Dijo que deseaba verle en privado antes de que usted empezara a trabajar.

—¿Ha venido el señor Anthony?

—Todavía no, señor Benedik. El señor Anthony telegrafió desde Liverpool, advirtiendo que llegaría a las doce y cincuenta minutos, que le aguardase para el almuerzo.

F. X. cruzó la estancia y apoyó una mano sobre la puerta forrada de bayeta que separaba la antesala del despacho, del corredor que conducía a los despachos de sus socios.

—¿Alguna cosa más, señorita Pagan?

—inquirió—. No entre aún con la correspondencia. Aguarde a

que haya visto al señor Rickworth.

—Muy bien, señor Benedik —otra de las raras y tristes sonrisas de la señorita Pagan—. No, nada más, excepto el señor Marsh.

Un fruncimiento de cejas borró la expresión risueña del atezado rostro de F. X.

—Marsh... —murmuró con una voz que raspó el oído de la señorita Pagan—. ¿La ha estado molestando a usted?

La señorita Pagan encogió sus elegantes hombros.

—Bueno, molestando no, señor Benedik, pero ha llamado dos veces esta mañana; la segunda sólo cinco minutos antes de llegar usted. Por lo visto, desea algo con urgencia. Supongo que verle a usted. Parecía muy enfadado.

—¿Y cuándo no lo está?

La señorita Pagan volvió a encogerse de hombros.

—No lo he visto más que una vez, señor Benedik. Aunque sí es verdad que incluso por teléfono suena siempre enfadado.

—¿Más enfadado que sus cartas?

—Eso sería imposible —asintió la señorita Pagan—. Añadió que le telefoneara usted en cuanto llegara.

F. X. enarcó las cejas.

—¿Número?

—Se lo pedí y no quiso dármelo, señor Benedik —las cejas de la señorita Pagan sugirieron que el señor Benedik ya debía saber cómo era el señor Marsh—. Únicamente respondió: «El número de Kensington.»

F. X. se echó a reír con una risa desdeñosa.

—Sí, esto es muy propio de él —concedió—. Está bien, le llamaré. Antes veré al señor Rickworth. Cuando la necesite, señorita Pagan, ya tocaré el timbre.

—Está bien, señor Benedik.

—¡Pero por Dios bendito! —exclamó Rickworth—. Mi querido Benedik, ya sé que no poseo tu empuje, tu habilidad para manejar esos asuntos tan valerosamente, pero sé, y creo que tú también lo sabes, que soy un hombre con cierta cantidad de conocimientos comerciales, y lo que digo, Benedik, es que...

F. X., cuya gravedad durante la entrevista se había trocado en

algo más que tristeza, sonrió súbitamente. F. X., al enseñar sus blancos dientes, perdió al menos veinte años de dura lucha.

—Sam, amigo mío —dijo—, cuando juntas las manos sobre tu prominente barriga y empiezas a llamarme Benedik, no puedo impedirlo: me gustaría darte un puntapié en el trasero. Sam, tienes de malo que posees la capacidad de un tahúr, los gustos de un Nerón refinado y la conciencia de un ministro anabaptista. Eres una desdicha, Sam, una pura desdicha, si bien no eres una mala persona mientras no cruzas las manos sobre tu panza y me llamas Benedik, y… —momentáneamente, la sonrisa se desvaneció—, y mientras no intentas enseñarle a F. X. su oficio. Dios mío, chico, ¿no crees que sé perfectamente cuál es el estado de los negocios? Pareces olvidar, en efecto, que yo forjé este maldito negocio. Sé hasta qué punto estamos metidos en él, pero también sé lo arriba que vamos a elevamos cuando termine este asunto que esperamos: de manera que, por favor, deja de lamentarte. Si quieres largarte, lárgate. Toma unas vacaciones. Vete y cruza las manos sobre tu vientre en un cine. Pero no vengas aquí con esa cara tan larga. ¡No puedo ni quiero soportarlo!

Samuel Harvey Rickworth se echó a reír a su vez, aunque aquella risa ocultaba un temor.

—Mi querido F. X. —contestó—, no soy lo que supongo llamarías un «calcetín mojado». Intento solamente mostrarte mi sensato punto de vista. Rynox abandonó prácticamente todos los demás intereses en favor de la Paramata Synthetic Rubber Company. Tú lo hiciste. Confiaste en tu criterio y nosotros, naturalmente, te seguimos. Pero aun entonces, y me refiero al principio, estuve…, lo confieso, un poco nervioso. Pensaba: ¿logrará triunfar? ¿Qué tal será este asunto…?

F. X. estaba hundido en un sillón de cuero, blando y muy cómodo. Tenía sus largas piernas estiradas al frente. Un pañuelo de seda blanca le tapaba la cara. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho al estilo de un dormido cruzado. Su voz surgió por debajo del pañuelo.

—No te pares, Sam. ¡Adelante, adelante!

Rickworth volvió a reír.

—Todo eso está muy bien, pero déjame terminar. Yo opino, F. X., y no bromeo, que como se dice vulgarmente «has mordido un

bocado más grande de lo que puedes tragar». Estamos sin blanca, sí, llenos de deudas; los acreedores empiezan a mostrarse recelosos, ¿y qué esperamos? Pedidos que pueden o no pueden llegar, y… y… —su voz gruesa y educada subió de tono de repente— y, F. X., Rynox es «limitada». Tú lo quisiste así, así es, y aunque yo no hablaría de este modo si se tratase de una compañía anónima, debo decirlo como socio de una compañía limitada.

El pañuelo voló por el aire cuando F. X. resopló de indignación. De pronto, apartó su voluminoso cuerpo del sillón, dio dos pasos, y colocó una mano morena, que a Samuel Harvey Rickworth le hizo el efecto del gancho de una grúa de acero, sobre el hombro de Samuel Harvey Rickworth.

—Sam —exclamó—, sin la menor duda, eres un cabezota viejo y barrigudo. Vamos, por favor, vete, tómate una copa y vuelve más animado. Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza sin tener que contemplar esas gordas manos sosteniendo esa obscenidad que llamas estómago. ¡No comprendo para qué llevas esos chalecos! Sirven solamente para acentuar tu panza. Lo que necesitas, Sam, es una parte del ánimo de tu hija. Si yo le contara a Peter lo que acabas de decirme…

—Oye, F. X., ¿no se lo repetirás, verdad?

F. X. echó hacia atrás la cabeza para reír más a gusto

—¡Dios mío, Sam! ¡Creo que te tengo atrapado! No lo he intentado nunca, mas lo haré ahora. Si no callas de una vez para siempre, se lo contaré a Peter, esto es lo que haré. Y ella se lo repetirá a Tony, y estarás en la picota. ¡Vamos, lárgate, viejo búho!

Rickworth se marchó, mas apenas se había cerrado la puerta cuando volvió a abrirse, dejando ver tan sólo su rostro blanquirojizo, tímido bajo el marfil de su calvicie.

—Oye, F. X. —preguntó—, ¿no se lo dirás a Peter? Bueno, quiero decir que el negocio es el negocio…

La última edición del Anuario de Directores chocó con toda su fuerza contra la puerta una décima de segundo después de que Samuel Harvey Rickworth la hubiera cerrado.

F. X. alargó la mano hacia el teléfono y lo levantó; se retrepó en su silla con el auricular junto al oído y apoyado el resto del instrumento en su pecho. Como la mayoría de hombres que han vivido al menos la mitad de su existencia en sitios muy diferentes

de las oficinas de la City, siempre hablaba en tono alto por teléfono.

—Kensington —gritó—, cuatro, doble, nueve, nueve, cero… —su voz se convirtió en un trueno—. ¿Puedo hablar con el señor Marsh?… ¿Eh?… ¿Cómo?… ¡Dije el señor Marsh! M de Marjorie, A de Artajerjes, R de ruin, S de salchichas, H de hoy hará buen día… Sí, Marsh… Oh, bien, esperaré.

Alargó el otro brazo, sin soltar el teléfono, y presionó uno de los botones de su escritorio que traería a su presencia a la señorita Pagan. Cuando ella entró, F. X. estaba hablando de nuevo por el aparato.

—Sí, ciertamente, tenemos que zanjar este asunto. No hay razón alguna para que me escriba, de modo que opino que lo mejor será que nos entrevistemos. No, ahora estoy muy ocupado… Sugiero que nos veamos una tarde…

Sí, tan pronto como pueda… Esta noche, no. Tengo una cena y… Mañana por la noche… Un momento, lo consultaré con mi secretaria… ¡Está bien, conserve puesta su camisa, conserve puesta su camisa! Quítesela y lo detendrán por exhibicionismo.

Levantó la vista, apretando con firmeza el teléfono contra el pecho.

—Señorita Pagan, ¿tiene la agenda?

—Sí, señor Benedik.

El tono de la señorita Pagan sonaba ligeramente ofendido. ¡Claro que tenía la agenda!

—¿Tengo alguna cita para mañana por la noche?

—En esta agenda no hay nada, señor Benedik.

—Pues yo no recuerdo ninguna por mi parte —murmuró F. X. Volvió a hablar por teléfono—. Marsh, ¿sigue ahí?… Sí, Marsh, estoy libre mañana por la noche. Venga a mi casa y hablaremos. Y le aseguro que todo quedará solucionado. ¡Usted me está destrozando la vida, está destrozando la vida de los míos, y todos estamos asqueados hasta la muerte de usted! ¿Me entiende bien? ¡Voy a solucionarlo todo! ¿Está libre mañana por la noche?… De acuerdo, ¿le parece a las diez?… Está bien, venga a mi casa… ¿Cómo?… ¡Sabe condenadamente bien dónde vivo!… ¿Eh?… Oh, bueno, tal vez tenga razón, tal vez no se lo he dicho nunca… Bah, igual podía haber sonsacado a alguno de mis empleados… Bien, William Pitt Street Cuatro, West… No, Mayfair… Sí, atravesando el

mercado si viene desde Piccadilly. Cuatro, eso es... De acuerdo, mañana por la noche a las diez. ¡Adiós!

Soltó el aparato con un golpe seco.

—Y —añadió, mirándolo—, ¡que Dios te maldiga! —se volvió a mirar a la señorita Pagan—. Lo ha anotado, ¿verdad? A las diez de la noche, en mi casa... mañana, ¿comprende?, a las diez, Marsh, en mi casa. Póngalo en letras mayúsculas. Y una cosa, señorita Pagan, si alguna vez... —respiró pesadamente—, si alguna vez esa persona... no puedo nombrarlo de otra manera delante de una joven inglesa bien educada, si alguna vez asoma su inmunda nariz por esta oficina después de mañana por la noche, tiene permiso de mi parte para arrojarle a la cabeza lo más pesado que tenga al alcance de sus manos. Y si llama por teléfono, no le conteste... ¿No ha llegado aún el señor Anthony?

—No, señor Benedik. ¿Debo indicarle que venga a verle tan pronto como llegue?

—Sí, por favor —asintió F. X.—. Ahora puede traerme los últimos informes de Lisboa... Y, por favor, dígale al señor Woolrich que venga.

La señorita Pagan había vuelto con los informes de Lisboa, y F. X. los había leído, antes de que entrase Woolrich. F. X. había consultado ya dos veces su reloj antes de oír el tabaleo sobre la puerta, como permiso previo para que Woolrich asomase su cabeza rubia.

F. X. levantó la mirada.

—Adelante, secretario y tesorero de aspecto avergonzado. Y de prisita, por favor.

Woolrich penetró en el despacho.

—Lo siento muchísimo, señor —se disculpó—. Perdí el tren esta mañana. Estuve en el campo y...

F. X. le contempló y, al cabo de un instante de frialdad, sonrió

—Siempre se va al campo —musitó—. Ah, Woolrich, ha de tener cuidado con ese campo. No sé si le sienta bien. En realidad, si no fuese tan buena persona como es, tendría que decir mucho más al respecto. ¡Siéntese!

Woolrich se acercó al gran sillón, situado junto a una esquina

del escritorio. Era un individuo de elevada estatura y anchos hombros, exquisitamente vestido, de una edad difícil de determinar. Lo mismo podía tener veinticinco que cuarenta años. En realidad, tenía treinta y seis. El color atezado de su piel era tan profundo como el de F. X., y su cabello rubio parecía blanqueado por el sol y el aire libre, pero por debajo de sus ojos asombrosamente azules, había unas medias lunas permanentes y casi negras.

—Mire, Woolrich —dijo F. X. inclinándose hacia delante—, he examinado los últimos informes de Lisboa. Supongo que también los habrás leído.

—Creo que podría recitarlos de memoria —repuso Woolrich, asintiendo.

—Quiere decir que tal vez podría —le corrigió F. X.—. Bien, hay una cosa que me preocupa, y es Montana. Tú sabes, como yo, que Montana no es de confianza... a menos que le interese serlo. ¿Pero le interesa?

Woolrich asintió.

—Le interesa —confirmó con énfasis—. Si adultera la goma, jamás ganará un centavo. Ya no hay quien se fíe de Montana. Usted lo sabe, señor, y ha de comprender que si empieza a engañar a los clientes, tal vez irá bien una temporada, pero a la larga tendrá que quebrar. Estoy seguro de ello.

—Sí —asintió F. X.—, ésta es también mi opinión... Está bien, lo dejaremos así por el momento. Ahora...

Los dos se sumergieron en los múltiples e intrincados detalles del negocio. Terminaron a los diez minutos, puesto que se conocían uno al otro tan perfectamente, trabajaban tan al unísono, que podían terminar una tarea en tan mínimo plazo, cuando a otros les habría costado más de dos horas.

F. X. se puso de pie y se desperezó. De repente, su enorme cuerpo pareció crecer más.

—Bien, eso es todo. ¿Algo más, Woolrich?

El aludido meditó un instante. Sus ojos azules se estrecharon y una comisura de su bien dibujada boca se contrajo en un intento de concentración. Por un lado de dicha boca dejó entrever unos dientes tan blancos como los de F. X. Sacó un cuaderno de notas y lo hojeó.

—Nada para hoy, señor.

—¿No quiere irse al campo esta tarde? —preguntó F. X.,

mirándole fijamente.

El rostro de Woolrich adoptó un color purpúreo. Negó con la cabeza.

—No, señor —se levantó—. Si no hay, nada más, iré a almorzar, señor. Tendré una tarde muy ocupada después de lo que hemos tratado.

F. X. asintió.

—No, no hay nada más.

Woolrich se dirigió a la puerta. Ya con los dedos en el picaporte, dio media vuelta.

—A propósito, señor… sé que ese Marsh ha llamado…

—¡Oh, ese… exclamó F. X.—. Sí, antes de que usted viniera… Está bien, no se ruborice. Pensaba decírselo. Estoy citado con Marsh para mañana por la noche. Sí, al final he decidido enfrentarme con él y pararle los pies para siempre.

Woolrich, apartándose de la puerta, volvió al centro del despacho.

—¡Santo cielo, señor! ¡No querrá decir que va a…!

F X. sacudió la cabeza.

—¡Oh, no, no, Woolrich! No voy a ensuciarme las manos… Ya me conoce. No, le diré a Marsh que si le gusta, puede irse a paseo, y si no le gusta, que se vaya de todos modos. Me tiene harto… Y si después de mañana telefonea o asoma por aquí su fea cara, puede enviarle también a paseo, con mi permiso. No me gusta que tipos como ése ensucien esta oficina.

Woolrich se dirigió de nuevo a la puerta, pero antes dijo:

—No le conozco, señor, ni deseo conocerle. Aunque, por lo que usted dice, me imagino cómo debe ser, y sé que usted tiene razón.

—¡La tengo! —afirmó F. X., con pasión—. ¿No ha llegado Anthony todavía?

—Le diré que venga, señor —respondió Woolrich, marchándose definitivamente.

Francis Xavier Benedik y Anthony Xavier Benedik se hallaban detrás de la puerta de entrada del restaurante Alsacia. Ambos aguardaban a Petronella Rickworth, que prefería ser llamada Peter. Peter era la hija de Samuel Harvey Rickworth, si bien no lo parecía.

También era, o quizá esto en primer lugar, la futura esposa de Anthony Xavier Benedik. Peter era muy, muy, muy bonita y su compromiso con Tony Benedik había roto, al menos temporalmente, más corazones que cualquier otra decisión femenina en Londres, en los últimos seis meses.

Peter siempre llegaba tarde. Tony miró a F. X.

—¿Otro trago? —inquirió.

—Ya serán tres —rezongó su padre.

—Cuando tú lo dices.

Bebieron de pie, con los ojos fijos en la puerta giratoria, por donde entraría Peter. Allí, de pie, sin reparar en cuanto les rodeaba, los vasos en la mano, formaban una pareja que atraía las miradas de muchos circunstantes.

Exactamente de la misma estatura, exactamente de la misma corpulencia, con la misma mandíbula prominente, la misma nariz imperiosa, el mismo aspecto elegante, los mismos hombros anchos y cuadrados, las mismas caderas de caballista, eran la prueba andante y parlante de que la herencia no es un cuento de viejas.

No era posible, no obstante, trazar la línea hereditaria, puesto que el propio F. X. lo ignoraba, así como desconocía cómo la vida había estampado su sello en él, y también en su hijo. En realidad, no se comportaban como padre e hijo, sino más bien como dos hermanos, uno mayor y el otro menor, bastante menor. Unicamente eran distintos en un detalle. F X. era descuidado en el vestir, con una mezcla de ropas opulentas y un «a mí no me gusta ir empingorotado y como almidonado dentro de mis prendas». En el atavío de Tony había una notable y aparente mente inconsciente elegancia.

La puerta giratoria giró... y Peter avanzó hacia ellos con las manos extendidas.

—Queridos míos —exclamó—, no digáis esas palabras que tiemblan en vuestras lenguas ni arrojéis dardos de fuego desde vuestros dos pares de ojos tan semejantes. ¡Lo siento, lo siento! ¡Y lo siento! ¿Qué tal?

—Muy bien —respondió F. X.—. En realidad, Peter, creo que estás demasiado bien educada. Al fin y al cabo, un par de caballeros deben sentirse tan encantados de almorzar contigo, que no se preocupan por unos minutos de retraso.

—¡Unos minutos... unos minutos! —protestó Tony—. Si haces lo mismo después de casados, tan sólo lo harás una vez. Al menos, sólo una vez al mes.

Los ojos casi dorados de Peter le contemplaron fijamente.

—¿Una vez al mes? ¿Por qué solamente una vez al mes? ¿Por qué no una vez a la semana?

—Los efectos de los bastonazos duran tres semanas —explicó Tony—, cinco días y siete horas exactamente. Bien, tenemos mesa reservada. ¿Nos sentamos, F. X.?

—Si accede la dama...

La dama accedió y los tres se sentaron, un terceto que atrajo todas las miradas, para degustar un almuerzo que probablemente era de los mejores de Londres.

—Peter —dijo F. X. mientras tomaban el café—, deseo hablar contigo respecto a tu familia.

Peter se echó a reír.

—¿Mi familia? —exclamó luego—. ¡Es la primera vez que la oigo nombrar así!

—Bueno, lo diré de otra forma —sonrió F. X.—. Me refiero a tu padre.

—¡Oh, a papaíto! ¿Qué ha estado haciendo? No me digas que esa chica bizca del coro del Palazzo ha puesto a papá en un apuro. •

—Tu padre no me ha hablado de ninguna bizca del coro del Palazzo. Nada en absoluto. No lo haría jamás. Pensaría que también a mí me gustan. Estoy preocupado por tu padre, porque él... —la sonrisa ya no existía—, porque tu padre está preocupado por la Rynox.

—¡Vaya tontería! —exclamó Peter—. ¡Preocuparse por la Rynox! ¡Le calentaré las orejas a papá!... ¿O no debo hacerlo?

Se apoyó de codos en la mesa v miró con fijeza los ojos de F. X.

—¿Tienes un cigarro, Tony? —preguntó su padre—. Está bien, Peter, te lo contaré dentro de un minuto. Tenemos al maître d'hôtel con unas jarras de bebida detrás nuestro. ¿Tienes un cigarro, Tony?... Mira, Peter, no sé si Tony te lo ha dicho. Siendo como es Tony, seguramente sí. Rynox se halla en la senda más falsa de todo el país, la más falsa con que hayamos tropezado nunca. La situación exacta es ésta: si conseguimos mantenernos a flote durante seis meses, llegaremos a la cumbre del mundo, a la misma cumbre del

mundo. Si no logramos mantenernos a flote durante esos seis meses, iremos a parar a una de las alcantarillas de Lambeth. No bromeo, Peter, estoy hablando mortalmente en serio. Rynox es mío, bueno, yo lo empecé, y no creo, en absoluto, en las compañías limitadas. Una compañía limitada significa un crédito limitado, y a mí me gustan los créditos fuertes, sin límites ni fronteras. A esto se debe la condición ilimitada de Rynox. Sin embargo, Peter, ¿sabes lo que significa una compañía ilimitada? Significa que si la compañía fracasa, todos los acreedores se le echan encima, y no solamente encima de la compañía, sino de los socios que la componen. Es decir, primero sobre mí, después sobre Tony y, finalmente, sobre tu padre. Pueden no tan sólo llevarse las sillas, las mesas, los cuadros y las alfombras de los despachos, sino las mesas, los pianos y los tapones del baño de tu casa.

—Sí, lo sabía —murmuró Peter.

Una mentira, no lo había sabido hasta aquel momento. Y ambos hombres sabían que no lo sabía. Ambos hombres, si esto era posible, amaban más a Peter, por esta mentira, que cinco minutos antes.

—Tu padre —continuó F. X.—, como es un hábil aunque tímido hombre de negocios de Leadenhall, no posee coraje alguno. Yo trato de animarle y me gustaría ayudarle. Quisiera, en fin, que tú le tranquilizaras —se volvió hacia su hijo—. Tony, ¿no te ha dicho Sam nada últimamente?

—Sam —replicó Tony— cree que todo hombre menor de cincuenta años todavía debe jugar con sonajeros. Sam no me entiende, y yo no entiendo a Sam. ¿Cómo diablos consigue Peter enten...? Perdona, querida. Bien, contestando a tu pregunta, F. X. Benedik, Sam no me ha dicho nada. Si bien pienso que sí le ha dicho algo a Woolrich.

—Si le ha dicho algo contra Rynox a Woolrich —rio F. X.—, ya sé cuál habrá sido la respuesta recibida. Ese buen Woolrich está tan encariñado con su trabajo en Rynox que se merece los viajes que hace al campo. Rynox está como grabado en su hígado.

Tony movió los vasos de la mesa y se inclinó más hacia delante.

—Oye, papá, vamos a dejar de hablar de esto, ¿eh? —sugirió en un tono diferente—. Claro que si crees que es una carga demasiado pesada para ti... ¡aunque sé que no lo es!

—Yo no creo nada —se indignó F. X—. Yo sé cosas, muchacho, sé cosas. A propósito, ¿viste a ese amigo tuyo, el joven Scott-Bushington?

—Sí, le vi —respondió Tony, curvando un labio—. Un pies fríos. Nada que hacer, F. X.

—No te pongas tan serio, chico —sonrió su padre—. Está bien. Mira, Peter —se volvió hacia la joven que pronto sería su nuera—, no sé cuánto te ha contado Tony, pero yo sí te lo explicaré todo, y algo más. Lo que necesita Rynox, Peter, son ciento setenta y cinco mil libras.

—¿Nada más? —se admiró Peter.

—Sí, parece mucho dinero, hija mía —volvió a sonreír F. X.—, pero en esta clase de negocios... bueno, no es nada. Ya sabes lo que hacemos en Rynox, ¿eh, Peter? Rynox ha abandonado prácticamente sus demás intereses para echarse en brazos de la Paramata Synthetic Rubber Company.

—Sí, lo sé —asintió la joven—. Tony también me cuenta algunas cosas.

—Espero que siga haciéndolo —observó F. X.—. Y creo que hace muy bien. Bueno, la Paramata Synthetic Rubber Company se va... no al oeste, sino hacia arriba. Nosotros tenemos la fábrica, las existencias, los pedidos... bueno, algunos. Sí, tenemos cuatro pedidos de importancia, Peter, a punto de llegar; tres de ellos alemanes. Pero estaremos en las últimas hasta que lleguen y, aun entonces, tardaremos un poco en cobrar y rehacernos... ¿entiendes? Es por esto por lo que tu padre está preocupado. Piensa que no podremos resistir, a pesar de que yo le aseguro lo contrario. ¡Sí, Peter, constantemente le aseguro que resistiremos! De manera que tú, Peter, debes decirle lo mismo —se volvió hacia su hijo—. Tony...

—¿Sí, papá?

—A ti te corresponde París, muchacho. Quiero que vayas allí y veas a Menier. Si no devolvemos ese préstamo de Valenciennes dentro de seis meses, estamos perdidos. Me gustaría que fuese dentro de un mes. Ve lo que puedes hacer, ¿eh?

Tony estaba trazando líneas sobre el mantel con su tenedor.

—Está bien. Sí, conozco mucho a Menier. En realidad, somos camaradas. ¿Cuándo debo irme?

—Puedes tomar el avión de las cinco. Así llegarás de modo que

dispondrás del día de mañana y del sábado, y el domingo lo puedes emplear como quieras. Regresarás el lunes por la mañana —F. X. contempló a su hijo un largo momento—. Afórrate a ello, Tony. Y a propósito…

Tony prestó atención. Conocía los «a propósito» de su padre. Generalmente, ocultaban algo de gran importancia.

—A propósito —prosiguió F. X —, ya que estarás con Menier, sondéale. Ese grupo Capotal suyo podría reunir cincuenta mil. Dile que por seis meses y al diez por ciento, si quieres. Sea como sea, inténtalo.

Tony asintió.

En aquel instante, el rostro del padre y el del hijo eran tremendamente iguales en todas las líneas, en todos sus rasgos, no pareciendo ya un hermano mayor y otro menor, sino dos mellizos. Peter consultó su relojito de pulsera.

—Oh, queridos míos —exclamó—, debo irme. ¿Y vosotros? ¿O esta tarde no se trabaja en Rynox?

F. X. se puso de pie.

—Claro que sí. Tienes razón, nos hemos demorado demasiado. Vamos, pues.

Salieron. Ya fuera, padre e hijo dejaron a Peter en un taxi, y vieron cómo el vehículo se alejaba por Alsace Court hacia el Strand.

F. X. miró a su hijo.

—¿Vuelves a la oficina, muchacho?

Tony asintió.

—¿Y tú?

—Esta tarde, no —respondió F. X., sacudiendo la cabeza—. Me dedicaré a reflexionar.

Tony levantó el bastón (por entonces se hallaban ya a más de la mitad del Court) para parar un taxi con la bandera levantada.

—¿Lo coges tú o yo? —preguntó.

—Tú. Iré andando.

El taxi se detuvo a su lado. Tony puso un pie en el guardabarros y la mano en la manija de la portezuela.

—A Rynox House —le indicó al taxista.

Su padre le miró.

Tony abrió la portezuela.

—Entonces, hasta el lunes —dijo por encima del hombro, a

punto de penetrar en el coche.

—¡Tony! —le gritó el padre.

—¿Sí...? —el joven dio media vuelta y vio la mano extendida de su padre. Levantó las cejas—. ¡Dios mío, qué raro! —exclamó, aceptando la mano.

La estrechó con un apretón tan firme y fuerte como el de F. X.

—Haz todo lo que puedas con Menier —le recomendó el padre.

Tony asintió. Saltó al interior del taxi, cerrando de golpe la portezuela. El coche se alejó. Tony se asomó a la ventanilla.

—¡Hasta la vista, F. X.!

—¡Adiós! —repuso el padre, agitando la mano como saludo.

3

Viernes, 29 de marzo: de 9 a 10 de la mañana

F. X. se sentó a desayunar. A través de la puerta vidriera del comedor de su piso de la William Pitt Street el sol primaveral resplandecía, convirtiendo la confortable, aunque algo sombría, estancia en una habitación de gloria temporal. F. X. leía el *Morning Mercury*, sosteniéndolo con una mano, mientras, por decirlo de alguna manera, con la otra conversaba con su ayuda de cámara, Prout.

Prout era un individuo bajo y rígido. Existía una leyenda respecto a él, probablemente difundida por el propio F. X., según la cual solamente tenía diecinueve cabellos, doce de los cuales estaban en el lado derecho de la raya, y siete en la otra parte. Siempre estaba cuidadosamente afeitado y muy, muy aseado. También era un hombre muy sosegado. Había otra leyenda, iniciada seguramente por Tony, alegando que en realidad, Prout era un «extranjero», que únicamente sabía tres palabras de inglés: «Muy bien, señor».

Prout, que llevaba sirviendo a F. X. siete años, o sea, desde la fundación de Rynox, adoraba a su amo. También le gustaba Tony, si bien de una manera más queda, más apacible. Por Peter habría hecho casi tantos sacrificios como para el mismo F. X.

—Si tú, Prout —observó F. X.—, fueses Lord Otterburn, y fueses el dueño del diario que tiene la mayor red distribuidora (y no olvides, Prout, que una red tiene muchos agujeros), ¿qué harías?

—Nada, señor —respondió Prout, sirviéndole otro plato.

F. X. le miró asombrado.

—Una magnífica respuesta. No sé qué te pasa, Prout, pero siempre das la contestación justa con el aire más inocente del

mundo de no saber lo que has dicho.

—Sí, señor —asintió Prout—. Perdone, señor, pero la señora Fairburn me ha rogado que le pregunte si puede verla un momento, antes de salir para la oficina.

—Ciertamente, ciertamente —accedió F. X. Luego, consultó su reloj—. Será mejor que le digas que venga ahora. He de salir dentro de unos instantes.

—Muy bien, señor —respondió Prout.

Salió del comedor tan silenciosamente que tan pronto hubo desaparecido, F. X. se preguntó, como solía hacer en tales ocasiones, si Prout había llegado a estar con él poco antes.

Volvió a abrirse la puerta y entró la señora Fairburn en el comedor. La señora Fairburn era el ama de llaves de F. X. También llevaba con él siete años. Poseía, asimismo, sus propias nociones sobre el bien y el mal, y por ellas habría hecho cualquier sacrificio por F. X. Era, como Tony decía con frecuencia, casi demasiado buena para ser verdad. Su cabello, muy negro pese a sus cincuenta años cumplidos, arrancaba de su frente para formar un moño alto en la nuca. Llevaba un vestido de satén negro. Y siempre, cuando andaba, aquel vestido crujía con un sonido sumamente alarmante. Lucía también un cinturón en torno a su encorsetada cintura, de cuyo cinturón, inevitablemente, colgaba un enorme manojo de llaves.

—Buenos días —la recibió F. X.—. ¡Una hermosa mañana, señora Fairburn!

—Buenos días, señor Benedik. Sí, realmente es un día espléndido. La hace sentirse a una como si la primavera estuviese ya en su plenitud.

—Sí, ¿verdad? —asintió F. X.—. Bien, ¿cuál es el problema, señora Fairburn?

Los delgados labios de la mujer se separaron en una de sus raras sonrisas.

—No hay ningún problema, señor Benedik, nada de eso. Se trata, eso sí, de algo asombroso que ha sucedido —de entre los pliegues y repliegues de su vestido negro, la señora Fairburn extrajo un sobre, y con él en la mano avanzó hacia la mesa—. Señor Benedik, anoche, estando usted fuera, llegó este sobre por mediación de un mensajero del distrito. Como puede ver, está

dirigido al Ama de Llaves y al Personal.

Al observar esto, señor Benedik, lo abrí y hallé dentro tres entradas para tres butacas de platea para la función de mañana por la noche en el Royal Theatre. Oh, hacen una obra que, según creo, se titula *La sexta esposa de Monsieur Paradoux*. Un título algo extraño, ¿verdad, señor Benedik?

F. X. trató de reprimir una sonrisa.

—Ciertamente, ciertamente. Las comedias de hoy en día suelen tener unos títulos bastante tontos. Bien, ¿de qué se trata, pues, señora Fairburn? ¿Desea usted ir al teatro?

—Señor Benedik, opino que podríamos ir, puesto que esas entradas se nos han ofrecido de manera tan amable, aunque un poco misteriosa.

—¿Podrían ir...? —F. X. frunció el ceño—. Oh, sí, se refiere a las chicas, señora Fairburn. Sí, claro, pueden ir todas. Estoy seguro de que se divertirán. Y usted podrá vigilar a las muchachas, para que no cometan ninguna tontería. Ah, me pregunto quién les habrá enviado esas entradas...

—Yo tampoco lo entiendo, señor Benedik —repuso el ama de llaves—, aunque dice un refrán que «a caballo regalado no le mires los dientes». Confieso que nunca he captado el verdadero sentido de este dicho, si bien no dudo que sea cierto.

F. X. se parapetó detrás del periódico.

—Sí, claro, pueden ir al teatro. Estoy convencido de que las tres lo pasarán bien.

—Gracias, señor Benedik. Tanto yo como las chicas le quedamos muy agradecidas. También me gustaría que echara usted una ojeada a esas entradas para estar segura de que no somos víctimas de una broma de mal gusto...

F. X. se asomó por detrás del periódico.

—Veamos...

Con lentitud, la señora Fairburn sacó del sobre tres papelitos amarillentos.

F. X. los cogió, los examinó y gruñó.

—Parecen auténticas. Yo que usted, no me preocuparía por su procedencia. Como usted ha dicho, a caballo regalado etcétera. Debe tratarse de una especie de propaganda. Hoy día, las agencias de publicidad se valen de toda clase de trucos —le devolvió las

entradas al ama de llaves—. Sí, pueden ir todas. Estando el señor Anthony en París, usted no tiene por qué preocuparse por IX la cena. Puede dejarme algo frío —con el gesto, acalló las gracias de la señora Fairburn—. Y dígale a Prout que quiero verle.

La señora Fairburn se marchó, siendo reemplazada casi inmediatamente por el silencioso Prout. F. X. le miró.

—Verás, Prout: la señora Fairburn y las chicas salen esta noche. Tú tendrás que ocuparte de mí.

—Sí, señor —asintió Prout—, muy bien, señor. ¿A qué hora desea cenar el señor?

F. X. meditó unos instantes.

—A las siete y media —replicó al fin.

Después miró nuevamente a Prout, con su rostro como tallado en madera y sonrió.

—No temas, Prout. Podrás marcharte temprano.

Prout calló, mas en su expresión se dibujó el matiz más liviano de la inquietud.

F. X. ensanchó la sonrisa.

—Está bien, hombre. ¿Por qué no puedes ir a pasar un buen rato a la Foxhound? Es un bar estupendo. Bien, cenaré a las siete y media.

—Gracias, señor. Muy bien, señor. ¿Debo traerle el auto?

—No, iré andando a la oficina. Hace un día espléndido.

F. X. se puso de pie, dobló el diario y lo dejó encima de la mesa.

Prout abrió la puerta y siguió a su amo al vestíbulo, donde le entregó el sombrero, los guantes y el bastón.

F. X. salió al espléndido sol matinal.

4

Viernes, 29 de marzo: 11,30 mañana a 12 mediodía

La armería del señor Selsinger de la Vigo Street es muy oscura muy baja de techo y muy antigua... pero es como muchas personas os dirán, el único lugar del mundo donde es posible adquirir un arma. Esto es lo que pensó Peter (llamada en realidad Petronella) Rickworth. Al interior de la oscura y vieja tienda, cuyas paredes parecían forradas de madera y acero, Peter llevó, a las once y media de aquella mañana, parte del sol que resplandecía sobre el resto de Londres.

El señor Selsinger, bajito, grueso y con barba blanca, se adelantó para servirla. El señor Selsinger, seguramente el hombre más cara de palo entre las calles Bond y Regent, devolvió la sonrisa de Peter.

—Buenos días. Quiero —añadió la joven, mirando con vaguedad a su alrededor— comprar un arma.

—Estupendo —aprobó el señor Selsinger.

—Un arma —repitió la joven también con vaguedad. Después, como con un leve estallido confidencial, que convirtió al señor Selsinger en el esclavo de Peter, al menos mientras estuviese en la tienda, continuó—: En realidad, es un regalo para mi novio, y estuve pensando qué podía desear, hasta que mi futuro suegro me dio esta idea. Supongo que le conoce... es el señor Benedik.

—Ah, el señor F. X. Benedik —el señor Selsinger volvió a sonreír, ahora con la sonrisa del comerciante próspero que da la bienvenida a la amiga de un excelente cliente—. Oh, claro, señorita. El señor F. X. Benedik ha sido cliente mío durante un buen número de años.

De repente, el señor Selsinger dejó de lado, con un gesto de su

delgada y blanca mano, las delicias de la charla social.

—¿Puedo preguntar qué clase de arma desea?

Peter, que nunca había usado ninguna, se mostró más vaga todavía.

—No sé nada sobre armas —confesó—, aunque, naturalmente, es algo de deporte. En realidad, eso es lo que me dijo el señor F. X. Benedik. Dijo… Oh, bueno, he olvidado sus palabras exactas.

El señor Selsinger se apresuró a prestar a Peter toda su ayuda y empezó a formularle preguntas, muchas preguntas. Al final, se acercó a un estante señalado con el número «tres» y tomó del mismo un arma de acero azulíneo muy reluciente y madera pulimentada.

—Si me permite sugerirle algo, señorita, creo que es esto lo que desea.

No existe una escopeta mejor, si así puedo expresarme, en el mundo moderno.

—¡Parece excelente! —exclamó Peter, absteniéndose de coger lo que el señor Selsinger parecía ansioso de darle—. Supongo que su precio debe ser astronómico…

El señor Selsinger efectuó un movimiento negativo con la cabeza. También dijo algo, mas cuáles fueron sus palabras Peter no llegó a oírlas. Quedaron ahogadas por la súbita entrada de otro cliente.

Se abrió repentinamente la puerta de manera que estuvo a punto de romper el cristal de una vitrina lateral. La campanilla, que había empezado a sonar, levantó su tono coléricamente. Siguió el sonido de un arrastre de pies.

El señor Selsinger miró fijamente al recién llegado. Su blanca barba tembló con algo muy parecido a la ira. Peter volvió la cabeza, si bien con evidente falta de interés.

El nuevo cliente era de elevada estatura y en su figura había algo ligeramente amenazador. Peter pensó que aunque uno no se fijase en sus ropas era imposible pasar por alto el sombrero. Un sombrero negro, encasquetado hacia la derecha, sobre la cara y las gafas oscuras. Un sombrero negro y blando, con un pico en la copa. Más abajo de las gafas negras un bigote gris y una barbita estilo imperial que parecían no graciosos como suelen serlo la mayoría de bigotes y barbas, sino extraordinariamente —y eso lo pensó Peter

alejándose del visitante— importantes.

Al andar, el recién llegado arrastraba un poco la pierna izquierda. No la doblaba, y la movía de manera que el pie formaba un ancho arco en su progreso hacia delante. La parte interior del zapato, a cada zancada, arañaba el pulimentado suelo de madera con un crujido altamente ingrato al oído.

El señor Selsinger, con una murmurada palabra de excusa para Peter, se dirigió al mostrador, se inclinó sobre el mismo y agitó una campanilla. En las regiones interiores de la tienda sonó de manera musical. El señor Selsinger, acto seguido, volvióse de espaldas al recién llegado, casi con un desprecio olímpico, y empezó una vez más a alabar las excelencias de la escopeta que se hallaba sobre el mostrador.

—Es, se lo aseguro, señorita, la escopeta que muchos, muchos caballeros sabrían apreciar; es la clase de escopeta, señorita, que una prometida, si puedo permitirme esta expresión, puede regalarle a su novio sin el menor desdoro. En efecto, si el caballero es un buen tirador, cuanto mejor tirador sea, más apreciará una escopeta como ésta. Ah, yo no vacilaría, señorita...

Lo que el señor Selsinger quería añadir a continuación jamás alcanzó los oídos de Peter. De pronto, oyó a sus espaldas una especie de terremoto. El recién llegado estaba impacientándose.

—¡Dios te reviente! —tronó una voz ronca y en mal inglés—. ¡Dios te maldiga y te seque! ¿Van a atenderme o no?

El sonrosado rostro del señor Selsinger, por un instante, adoptó un matiz propio de la ictericia. Después, con el retorno del color más bien sonrosado, recobró una bien controlada voz.

—Por mi parte —declaró, mirando fijamente al desconocido—, estoy atendiendo a esta señorita. Ya he llamado, como indudablemente habrá oído. No tardará en atenderle uno de mis dependientes.

El desconocido dio cuatro pasos de los suyos, aproximándose tanto al señor Selsinger que casi lo tocó.

—¡No! —gritó, hablando por entre sus casi apretados dientes, que eran muy blancos—. ¡No quiero a ninguno de sus dependientes! ¡Lo que quiero es una pistola! ¿Vende usted pistolas? ¿Sí o no? ¿No vende pistolas? ¡Pues véndame una y me largaré al momento de aquí! ¡Es usted un comerciante de dos peniques y medio! ¡No

entiendo qué sucede en esta maldita ciudad!

De la trastienda salió un dependiente joven y confiado. Avanzó hacia el señor Selsinger, a un ademán de éste.

—Señor Hopkins —dijo el dueño de la tienda—, atienda a este caballero. Desea una... hum... efectuar una compra.

—¡Deseo efectuar una compra, maldito imbécil! —estalló el desconocido—. ¡Aborto del infierno!

El señor Selsinger volvió al color de la ictericia desde los ojos hasta el borde de su barbita blanca.

—Perdone, señor —balbució—, pero su lenguaje...

Una de las manos del señor Selsinger indicó la presencia de una señorita. El desconocido, inclinándose ligeramente a causa de su estatura, alargó el cuello hasta que sus gafas oscuras quedaron a menos de dos centímetros de los quevedos del señor Selsinger.

—¡Mierda! —exclamó el desconocido, sin apenas entreabrir sus blancos dientes—. ¡Entro en esta condenada tienda, aguardo pacientemente, y ahora usted me manda un estúpido como ese jovencito Hopkins! ¡Sólo quiero una pistola, amigo!

De forma desconcertante, el desconocido echó atrás la cabeza y explotó en una risotada; era un sonido inquietante que el señor Selsinger describió más tarde como «positivamente congelador de la sangre».

—¡Pistolas —continuó rugiendo el desconocido—, pistolas! ¡Mira que vender pistolas aquí dos caracoles imbéciles como usted y su estúpido dependiente!

—Hopkins —exclamó el señor Selsinger, temblando con una mezcla de rabia y miedo—, Hopkins, por favor, salga a la calle y procure localizar al agente.

Se produjo como una explosión cuando el desconocido dejó caer su bastón al suelo. Por un triunfante momento, el señor Selsinger pensó que había ganado la batalla, mas, ¡ay!, el extraño personaje continuaba riendo, en una especie de paroxismo bestial.

—¡Por Dios santo! —gritó—. ¿Quiere venderme una pistola?

Fue entonces cuando Hopkins, que pese a ser joven no estaba desprovisto de sentido común, tomó el asunto en sus manos.

—Perdone, señor —dijo animadamente—, ¿qué clase de pistola desea?

Las gafas oscuras del desconocido parecieron examinarle de pies

a cabeza.

—¡Cielos! —exclamó el colérico comprador—. ¡Si sabe hablar! ¡Quiero un Colt del cuarenta y cinco, con culata redonda, si lo tienen. O una de esas automáticas alemanas.

—¿Quiere seguirme, señor? —preguntó Hopkins, abriendo la marcha hacia el fondo del establecimiento, mientras el señor Selsinger, con las manos abiertas a la altura de sus hombros, se volvía una vez más hacia Peter.

—No sé cómo expresarle, señorita, hasta qué punto lamento... En un barrio tan tranquilo como éste, sucede muy pocas veces algo tan...

—En realidad, no ha sucedido nada. Por favor, no se preocupe. Sí, me quedaré esta escopeta. Estoy segura de que es una preciosidad.

Su voz, quizá por el ansia de reprimir una carcajada, sonó más alta y estridente que de ordinario

—Le diré al señor Benedik lo amable que usted se ha mostrado conmigo y...

Hubo otra interrupción. Desde donde estaba con el joven Hopkins, inclinado sobre una bandeja de pistolas y revólveres, el desconocido dio media vuelta.

—¡Benedik! —gritó. Su voz era un verdadero clamor—. ¡Benedik! —repitió, volviendo a reír.

Si su risa tenía antes un sonido desagradable, ahora lo fue diez veces más.

Incluso Peter, que era una joven tremendamente valiente y animosa, sintió que la sangre refluía de su rostro.

El señor Selsinger agitó sus delgadas manos con gesto desvalido.

Sin embargo, todo concluyó al momento. El desconocido volvió a concentrar su atención en el joven Hopkins y la bandeja de las pistolas, mientras al dar la media vuelta arrastró la pierna izquierda más que antes. Señaló un punto de la bandeja.

—¡Quiero ésta! —proclamó.

Peter trató de ignorar al desconocido.

—Entonces, envíe, por favor, la escopeta a esta dirección —dijo, entregándole una tarjeta al señor Selsinger, quien la aceptó con temblorosas manos.

—Sí, señorita; ciertamente, señorita. Será un placer.

Peter, echando una ojeada detrás suyo, salió a la soleada calle. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, soltó un suspiro de alivio.

5

Viernes, 29 de marzo: 7,30 tarde a 10,20 noche

F. X. terminó de cenar. Cogió un cigarro de la caja que le presentó Prout y lo aplicó a la llama que el criado sostuvo para él.

—¡Estupendo! —alabó después—. Una cena magnífica.

—Gracias, señor. ¿El señor tomará el café aquí o en la biblioteca?

—Mejor en la biblioteca —decidió F. X.—. Sírvelo lo antes posible, ¿eh? Tengo que ir a South Kensington para ver al señor Rickworth.

F. X. bebió su café a las ocho y quince, y a las ocho y veinte estaba ya en el vestíbulo.

—¿Taxi, señor? —preguntó Prout, al tiempo que de algún recoveco de su persona extraía un silbato.

Salió a la calle, tocó tres veces el silbato y regresó al interior de la casa.

—Oye, Prout —le dijo F. X., ya en el peldaño superior de la escalerilla de la calle—. Volveré tan pronto como pueda, pero tiene que verme un individuo hacia las diez, por asuntos de negocio. Un hombre llamado Marsh. Si llega antes de que yo haya regresado, condúcelo al despacho y ofrécele algo de beber. Después, como dije, puedes marcharte al Foxhound porque, si me retraso, será solamente cuestión de unos minutos.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Muy bien —aprobó F. X. Bajó a la acera en el momento en que un taxi estacionaba junto al bordillo—. Buenas noches, Prout, por si no volvemos a vernos.

En el bar «El león y la flor» situado en la esquina de Lansborough Mews, en Knightsbridge, la señora Welbee (oporto y limón) y la señora Edwards (gin y cola), tomaban sus respectivas bebidas, conversando con el corpulento propietario del local, Horace Bliss.

—Este está muy tranquilo esta noche, señor Bliss —observó la señora Welbee.

—Es verdad… ¡hip! —corroboró la señora Edwards—. Oh, perdonen.

—Oh, no sé, señora Welbee —respondió Bliss, frotándose las manos—. A esta hora de la noche siempre hoy poco trabajo. Creo, no obstante, que no tardaremos en tener compañía. Alguna de las caras conocidas o alguna nueva…

—Personalmente —explicó la señora Edwards desde su asiento —, le aseguro, señor Bliss, que prefiero los antiguos camaradas, si es que entiende a lo que me refiero. Me gusta ver… hip, las caras conocidas.

—Bien, bien, señora Edwards, cada cual tiene sus gustos, como dicen los franceses.

—Ah, los franceses… —exclamó la señora Welbee, dudosamente —, los franceses dicen cualquier cosa —miró hacia la puerta—. ¡Oh, que Dios nos salve! ¿Quién es éste?

—¡Hip! —hipó la señora Edwards.

El recién llegado era un hombre alto y fornido. Tenía la pierna izquierda rígida, y parecía arrastrarla tras de sí al andar. Llevaba unas gafas oscuras, y alargaba el cuello como para ver mejor. Coronando su cabeza lucía un sombrero negro y puntiagudo, muy extraño. Tenía un fiero bigote gris y una barba del mismo color. Mientras se aproximaba al mostrador, iba musitando consigo mismo incesantemente, y cada frase la acompañaba con un destello de sus blancos dientes, en contraste con su rostro oscuro.

Tabaleó sobre el mostrador con una moneda.

—¡Coñac! —pidió con una voz extraña, ronca. Al ver que el asombrado Horace Bliss no contestaba, repitió la palabra como un bramido—. ¡Coñac!

Las mejillas de Bliss se tornaron pálidas. En aquel cliente había, decidió, algo malvado. Sin embargo, se volvió hacia la estantería y cogió una botella y una copa.

—¿Cuánto coñac quiere, señor?

—¡Hasta el borde! —tronó la voz ronca.

—¿Cómo...?

Una vez más aquel movimiento de alargar el cuello. Una vez más la repetición ronca, deliberada.

—¡He dicho hasta el borde!

El señor Bliss llenó la copa hasta el borde. Sostuvo, no obstante, la copa con su mano derecha.

—Son cinco chelines —pidió.

El desconocido hundió la mano en un bolsillo del pantalón; tiró sobre el mostrador un puñado de monedas de plata. Algunas rodaron al suelo, cerca de los pies de la señora Edwards. Hipando, se inclinó a recogerlas. El desconocido, de espaldas a ella, no se fijó en la acción. Levantó la copa, la miró al trasluz, se la llevó a los labios y con un rápido movimiento de muñecas envió todo el contenido garganta abajo. Bliss le miró beber con los ojos desorbitados.

El desconocido dejó la copa y dio media vuelta. La señora Edwards todavía recogía monedas. Tenía en la mano dos medias coronas, un chelín y seis peniques. Faltaban algunas todavía. El desconocido se dirigió a la puerta. El zapato de su pierna rígida arañaba lastimosamente el suelo.

Bliss recobró sus sentidos. Cuando el desconocido tenía ya la mano en el tirador de la puerta, se dio cuenta de lo que estaba haciendo la señora Edwards.

—¡Eh! —llamó—. ¡Un momento, señor!

Su tono era agudo y perentorio, y el desconocido giró sobre sí mismo con una agilidad asombrosa en un hombre de su condición; al mismo tiempo que se llevaba la mano derecha al bolsillo posterior del pantalón.

—¿Qué pasa? —preguntó con algo más parecido a un gruñido que a una voz humana.

—Nada, señor, nada —Bliss retrocedió hasta que el golpe en su cabeza le informó que no podía retroceder más—. Si le gusta tirar el dinero y no reclamarlo, es su funeral. Y a propósito, ¿qué hace con la mano en ese bolsillo?

—¡Ja! —el desconocido rio, con un sonido que la señora Edwards definió más tarde «suficiente para helarle a uno la médula

de los huesos».

El desconocido volvió a reír, sacando la mano del bolsillo de atrás del pantalón. Miró, con una mirada vacua, a las dos mujeres instaladas en una esquina del mostrador. La señora Welbee se apretujó contra la señora Edwards.

—¡Oh, Dios mío! —susurró la primera.

—¡Oh... hip! —hipó la señora Edwards.

—Pueden guardarse ese dinero —ofreció el desconocido—. Si beben con él, seguramente la bebida las ahogará.

De pronto, se enfrentó con Bliss, que estaba como petrificado.

—¡Eh, usted! Tal vez pueda indicarme unas señas... Soy nuevo en Londres... —por segunda vez, observaron todos la dificultad que tenía al pronunciar las «r». Parecía hacerlo con la zona más inferior de su garganta—. ¿Podría decirme dónde cae la William Pitt Street, Mayfair?

Bliss negó con la cabeza.

—No... no conozco ese distrito —tartamudeó.

—¡Maldito loro! —gruñó el desconocido.

Dio media vuelta. Arrastrando la pierna tullida, fue hacia la puerta. Cuando la cerró tras de sí, se produjo una fuerte corriente de aire.

F. X. estaba delante de la chimenea del despacho de Rickworth.

—¡No, Sam, no! —negó, acompañando el gesto a las palabras—. No puedo quedarme. En primer lugar, no he cambiado de idea. En segundo, no estoy de humor para soportar una fiesta esta noche.

—¡Oh, sé un hombre, F. X.! Puedes serlo... ¡Sí, sé un hombre!

—Sammie —replicó F. X.—, que tú le digas a alguien que sea un hombre es más de lo que puedo soportar también. No, me marcho, viejo amigo. Lo único que quería era poner en claro lo referente al asunto Carruthers-Blackstone. No, no deseo beber nada más, y no, no, no, no me quedaré a tu fiesta.

—¿Le digo a Jevons que pida un taxi?

—Sam, ahórrate el taxi. No, iré caminando tranquilamente a casa... Hace una noche estupenda. Sí, me marcho a casa para sostener una entrevista con el señor Marsh.

Rickworth le miró extrañado.

—¿Marsh? —repitió—. ¿Marsh? Oh, ¿no es ese tipo que te escribe cartas y te llama por teléfono y esa clase de cosas? El otro día me puse yo al teléfono cuando llamó. Por lo visto, nunca acepta un «no» por respuesta. ¡Vaya molestia!

F. X. asintió.

—Al llamarlo «molestia» no le haces justicia. Ese individuo es una plaga de langostas. Es un peligro público.

Echó a andar hacia la puerta, acompañado de Rickworth.

—¿Qué es lo que quiere, exactamente? Me refiero a ese Marsh.

F. X. se echó a reír, con una risa menos humorística que de costumbre.

—¿Qué busca? ¿No te lo he contado nunca?

—¡Dios mío! —exclamó Rickworth—. Sí, ya recuerdo. Es ese individuo que cree ser el inventor de la receta Paramata. Lo conociste en Sudmérica...

—¡El mismo! —concedió F. X.—. Lleva un año entero fastidiándome. Pero esta noche voy a zanjar la cuestión de una vez por todas.

Rickworth miró a su amigo, estupefacto.

—¡No irás a darle dinero!

—¿Darle dinero? —sonrió F. X.—. En realidad, pienso ofrecerle veinticinco libras o una patada en el trasero. Supongo que aceptará las veinticinco libras. Es uno de esos casos difíciles por fuera y blandos por dentro. Bueno, he de irme, Sam. Buenas noches.

Rickworth fue con él hasta la puerta.

—¿Seguro que no quieres un taxi? —insistió, cuando el otro descendía a la calle.

Ya en la acera, F. X. se detuvo un instante.

—No, por Dios. Iré andando.

—Entonces, buenas noches.

—¡Hasta la vista, Sam! —se despidió F. X., levantando el bastón a guisa de saludo.

Prout, sentado cómodamente en un sillón, detrás del *Evening News* en la biblioteca, se puso repentinamente de pie. Un indignado fruncimiento de cejas arrugó su rostro generalmente inexpresivo.

«Está bien que llamen —se dijo Prout—, está bien que llamen,

pero…»

Antes de haber recorrido la mitad del pasillo para contestar al timbre y a los golpes dados en la puerta, el timbre y los golpes se repitieron, y si los primeros habían sido excesivos, no fueron nada comparados con el segundo asalto.

Prout echó a correr. ¡Vaya, esto era inaudito! Al ir a abrir la puerta, recordó que debía tratarse del señor Marsh.

Si era el señor Marsh, pensó Prout, podía afirmar que se trataba de un visitante muy raro, de aspecto más bien malvado. Con aquellas gafas negras, la barba gris, el extraño sombrero tan puntiagudo, y aquella pierna que iba arrastrando… ¡Vaya!

—Buenas noches —murmuró Prout.

—Soy el señor Marsh —dijo una voz ronca—. Me llamo Marsh. ¿El señor Benedik?

—El señor Benedik —contestó Prout—, ha salido, señor. Por unos minutos solamente. El señor Benedik dijo, señor, que si por casualidad venía usted antes que él regresara, le introdujera en el despacho, donde podría aguardarle. De todos modos, no le tendrá esperando más de algunos minutos.

La respuesta fue un sonido que Prout sólo pudo definir como el gruñido de un perro. Prout abrió camino por el pasillo hasta el despacho. Detrás, arrastrando la pierna tullida, le siguió el extraño visitante. Todavía llevaba en la cabeza el sombrero negro. Prout se hizo a un lado. El visitante entró en el despacho.

—Si el señor desea algo… —ofreció Prout desde la puerta.

—Lo que deseo —le interrumpió el visitante sin volverse— es que desaparezca lo antes posible. Es a Benedik a quien vengo a ver.

—Si quiere tomar un whisky con soda, señor —insistió respetuosamente Prout—, hallará sifón, una botella y los vasos sobre aquella mesita.

El visitante volvió la cabeza para contemplar a Prout.

—Aunque lleve gafas negras no soy ciego —rezongó el visitante.

—Muy bien, señor.

Prout retrocedió y cerró la puerta desde el pasillo.

Durante unos minutos se entretuvo, esperando el regreso de su amo, mas después, al recordar las instrucciones de aquél, se caló el sombrero, cogió la pipa y el tabaco, y se dirigió al Fox-hound, su local preferido. La puerta de la calle del número cuatro de la

William Pitt Street, se cerró suavemente a sus espaldas. Bajó a la acera y desapareció al doblar la esquina.

6

Viernes, 29 de marzo: 10,30 a 12 noche

De la misma manera que todos los soldados llevan un bastón de mariscal de campo en su mochila, cada agente de policía lleva una potencial porra de superintendente. Algunos agentes, a pesar de comprenderlo, no hacen nada al respecto; otros hacen demasiado. Mas hay unos pocos, y es de entre ellos de donde surgen los nuevos superintendentes, que no pierden ninguna oportunidad pero tampoco tratan de fabricarla.

El agente BL413, Ernest Henry Lawrence pertenecía a esta última clase.

La ronda de Lawrence abarcaba Mayfair desde India Court al oeste hasta la William Pitt Street al este. A las 10,20 de la noche, exactamente, Lawrence se hallaba entre los dos extremos de su ronda. Llevaba una hora de servicio, durante la cual no había ocurrido nada absolutamente. Ahora, pues, estaba en el centro del Shepherd's Market. Lawrence se decía que iba a ser una noche sosegada. De repente, se puso rígido. Acababa de oír unos sonidos que conocía bien, puesto que era un hombre experto y de rápida comprensión: eran disparos de pistola. Y no uno sólo, sino una ráfaga.

Lawrence echó a correr. A pesar de su uniforme, que a menudo pensaba destinado a impedir la libertad de movimientos, corrió a buen paso. Se dejó guiar por su memoria, puesto que después de los disparos había renacido la calma en la zona. Cruzó la Goss Street para llegar a la William Pitt Street que la atraviesa en ángulo recto. Se detuvo en el cruce. Su oído y su memoria combinados no podían guiarle más. Sin embargo, Lawrence tuvo suerte. Hasta su oído llegó

de pronto el rumor de unos pies que corrían. Dio media vuelta y divisó al hombre. Tal vez por suerte para éste, Lawrence lo conocía. Era, en efecto, Arthur Wiggin, ayudante de cocina del Foxhound.

—¡Eh! —gritó Arthur Wiggin, tan pronto como distinguió el uniforme—. ¡Eh! Ah, ¿eres tú, Harry? ¡Gracias a Dios! ¿Has oído esos disparos?

—Sí —contestó el agente—. ¿Dónde ha sido?

—En el número cuatro —jadeó Arthur Wiggin—, en el número cuatro. Han partido de allí. ¡Hacia arriba!

Ambos hombres empezaron a correr uno al lado del otro.

—¿Has visto algo? —preguntó Lawrence mientras corrían,

—Nada en absoluto. He oído mucho, eso sí. Ya hemos llegado, chico. Esta es la casa. ¿Qué vas a hacer?

—Ya veremos... Bien, ayuda a la Ley. Corre hacia la puerta y pega fuerte hasta que conteste alguien. Yo iré por la parte de atrás.

Lawrence apoyó una mano sobre la cancela de hierro cerrada que separaba los números cuatro y cinco del jardín común de la parte posterior de las casas; apoyó bien la mano y saltó, con casco, guerrera, botas inmensas y todo lo demás. Conocía la situación de las casas, por lo que un instante después se hallaba en la trasera del número cuatro. Golpeó el cristal de la puerta posterior, pasó una mano, descorrió el pestillo y entró. Una vez dentro, chupándose el puño ensangrentado, pasó por una especie de despensa a oscuras hasta la cocina. Fue entonces cuando oyó los intentos de Arthur Wiggin en la puerta principal.

Lawrence encontró el interruptor y le dio vuelta. El sótano quedó inundado de luz. Lawrence corrió hacia la escalera.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh! ¿Hay alguien ahí? ¡Eh!

Únicamente oyó el eco de su propia voz. La casa estaba tranquila, mortalmente tranquila. Lawrence prosiguió con más lentitud. Empuñó la porra, con el estilo más apropiado para pegar.

—¡Eh! —volvió a gritar cuando llegó a lo alto de la escalera.

Una vez más, solamente el eco.

Lawrence no fumaba. Por tanto, tenía buen olfato. Hasta su nariz le llegó el olor a pólvora quemada. Parecía provenir del pasillo que tenía a la izquierda. Encendió una luz y corrió por dicho pasillo. A su extremo había una puerta, solamente entornada. La abrió, entró, con la porra resguardando su cabeza, ya que nunca se

sabe…

Tan sólo había una persona en la habitación. Un hombre muerto. Yacía boca abajo, a través del alféizar de una ventana abierta. El alféizar lo sostenía justo por más abajo del esternón. Las piernas colgaban siniestramente. El brazo izquierdo quedaba fuera de la ventana; el derecho colgaba dentro de la estancia, y en sus apretados dedos sostenía un revólver…

Había un aparato telefónico sobre el enorme escritorio. Lawrence lo usó para informar a su comisaría. Cumplido con este deber, volvió la atención al cadáver, mirándolo fijamente. Era todo lo que quedaba de F. X. Benedik.

—Cht… cht… —chasqueó Lawrence la lengua, al tiempo que movía tristemente la cabeza.

Habían disparado a la cabeza de F. X. Benedik. La bala había penetrado —Lawrence pensó que habían tirado casi a quemarropa — justo por encima del ojo. Había salido por detrás de la oreja izquierda.

—Cht… —repitió Lawrence.

Se quedó casi pegado al escritorio. Se quitó el casco y lo dejó en la mesa. Sus ojos observaron la habitación. Vieron, en dos de las paredes, las señales de las balas…, siete en total. Los agujeros de la pared oriental parecían mayores que los de la occidental. Los ojos de Lawrence dejaron de fijarse en los agujeros para recorrer el resto del despacho. De pronto, se le agrandaron. En un sillón, situado frente a la chimenea, había un sombrero: era negro y de forma extraña; un sombrero blando de fieltro, con la copa terminada en punta. Lentamente, usando las tenazas del fuego para cogerlo, Lawrence atrajo hacia sí la prenda. En el interior de la badana leyó, escrito con tinta B. MARSH. Dejó el sombrero donde lo había encontrado y las tenazas en su sitio.

Se acercó al cadáver, se arrodilló y contempló el revólver tan fuertemente asido en la mano del muerto. Lawrence sabía algo de armas de fuego, lo bastante para suponer que era aquella pistola la que había hecho los agujeros de las paredes.

—Una especie de duelo —murmuró para sí—. ¡Esto es lo que ha sido!

Volvió a sacudir tristemente la cabeza mientras se ponía de pie. F. X. había sido, como de tanta gente, uno de los vecinos favoritos

de Lawrence…

LIBRO SEGUNDO

7

(Telegrama de Petronella Rickworth a Anthony X. Benedik. Entregado a la 1 de la madrugada del sábado, 30 de marzo)

BENEDIK HOTEL POMPADOUR BOULEVARD MARAT PARÍS VUELVE INMEDIATAMENTE GRAVES NOTICIAS F. X. VEN POR FAVOR.

PETER

(Carta de Magnay's Bank, Limited, a los señores Rynox, fecha 30 de marzo)

Muy señores nuestros:

Me apresuro a expresarles mi más sincero y profundo dolor, en nombre mío y en el de mis directores, por el trágico fin del señor F. X. Benedik.

Asimismo me veo obligado a señalar, respecto a las cuentas A y B de su empresa, que desgraciadamente me resulta imposible permitir más retiradas de fondos hasta que dichas cuentas estén más saneadas.

Respecto a la cuenta C, ésta, como saben (*vide* mi carta del 27 cte.) ha quedado cancelada respecto a nuevas retiradas.

Tan pronto, naturalmente, como una o las tres cuentas tengan una base sólida de crédito, nos sentiremos

encantados, no solamente de permitir nuevas retiradas de fondos de las mismas, sino de considerar la posibilidad de abrir otras cuentas.

Mientras tanto, sin embargo, temo que mis directores no acepten ninguna solicitud de nuevas concesiones, puesto que ya hemos ido, en este aspecto y con referencia a su empresa, más allá de lo normal.

Les saluda atentamente,

ALBERT PERCIVAL HERRING
Director gerente

(Carta del Midland & Capital Bank, Limited, Lombard Street, a los señores Rynox, fecha 30 de marzo)

Muy señores nuestros:

Tengo el penoso deber de expresarles mi más sincero pésame y el de mis directores, por la trágica muerte del señor F. X. Benedik.

También debo manifestarles, siguiendo las instrucciones explícitas de mis directores, que es desdichadamente imposible que nuestro Banco les conceda ningún aumento en el crédito de que goza actualmente su firma.

Los directores esperan ver, dentro de unos días, la reducción sustancial que personalmente prometió el señor F. X. Benedik hace unos días.

Les saluda atentamente,

MAURICE HIPLAN
Director gerente

(Carta de Arcade & General Finance Corporation a los señores Rynox, fecha 30 de marzo)

Muy señores nuestros:

Hemos observado en nuestros archivos que el último pago de intereses de nuestro préstamo (B4124) a ustedes del 27 de febrero próximo pasado, todavía está por abonar.

Les rogamos den los pasos necesarios para remediar lo antes posible esta falta. De no tener una respuesta satisfactoria por parte de ustedes dentro de esta semana, nos veremos obligados, IX aunque nos resulte penoso adoptar tal decisión en las presentes circunstancias, a poner este asunto en manos competentes.

Les saluda atentamente,

DOUGLAS IAN MACFARLANE
Director gerente

(Informe departamental del Detective Inspector F. Wellesley, C. I. D., 1 de abril)

SUJETO: F. X. Benedik, fallecido.

LUGAR: William Pitt Street, W. 1, número 4.

HORA: Aprox. 10,30 noche.

Llegué a la William Pitt Street, siguiendo instrucciones del Superintendente Fox, a medianoche del viernes, 20 ppdo. Encontré allí al Policía Sargento (BL342) Humphreys y al Policía Agente (BL413 Lawrence. La copia del informe del sargento Humphreys se halla unida a A junto con la copia del

PLANO ADJUNTO del informe preliminar del agente Lawrence (Al). Unido al B se halla un plano del despacho del núm. 4 de la William Pitt Street, y al B1 el plano de la planta baja de la casa y el jardín.

POSICIÓN DEL CADÁVER: El cuerpo del difunto no había sido movido cuando llegué. Yacía boca abajo a través del alféizar de la ventana (marcada como X en el Plano B). La cabeza y los hombros sobresalían fuera de la ventana, lo mismo que el brazo izquierdo. El derecho colgaba dentro de la estancia; en

la mano empuñaba un revólver 32 Colt, de seis cartuchos. De este revólver se habían disparado cuatro cartuchos.

CAUSA DE LA MUERTE: Dispararon contra el muerto a la cabeza, y la bala entró por encima de la ceja derecha, saliendo por detrás de la oreja izquierda, casi a quemarropa. La herida infligida es de las que se producen con una pistola Luger automática. Obviamente, al muerto le dispararon desde muy corta distancia, desde fuera de la ventana cuando él se asomó. Encontraron la bala empotrada en la pared occidental del despacho, centrada entre el extremo de la chimenea y la unión de las paredes oeste y norte (marcado A). Esta bala ha sido entregada al Profesor High, quien ha asegurado, sin la menor duda posible, que fue la causa de la muerte.

BALAS HALLADAS EN LA HABITACIÓN: Otras balas (nueve en total) fueron encontradas en la habitación. Tres salieron del revólver Colt que empuñaba el muerto en su mano, y las otras seis de la pistola Luger. Las seis balas de la Luger (naturalmente, excluyendo la que causó la muerte), estaban empotradas en la pared oriental del despacho, allí donde forma un tabique para el pasillo que da al vestíbulo. Las tres balas del Colt se encontraron juntas en el ángulo formado por la unión de las paredes oeste y norte de la habitación.

PISTOLA AUTOMÁTICA LUGER: Hallé una automática Luger, 9 milímetros, recientemente disparada y con la cámara vacía, entre los arbustos que crecen en el lado más alejado de la avenida que va a la casa (ver Z en el Plano B). Las marcas de las balas de la Luger halladas (incluyendo la que causó la muerte), demostraban que las mismas procedían de esa pistola.

Las subsiguientes investigaciones probaron que el arma fue adquirida en el establecimiento Selsinger & Co., Vigo Street, W. 1, la mañana del viernes, 29 ppdo.

REVÓLVER COLT: El revólver Colt hallado en la mano del muerto estaba en poder del mismo desde hacía varios años, según el personal de la casa.

SOMBRERO: En un sillón (ver Y en Plano) había un sombrero negro. En el interior de la badana se leía el nombre: «B. Marsh».

RESUMEN DE LAS DECLARACIONES TOMADAS POR EL AGENTE BL413, Lawrence: Estando de ronda oyó varios disparos, por lo que echó a correr hacia la William Pitt Street, donde encontró a

ARTHUR WIGGIN, *mozo de la taberna Foxhound*.

Wiggin volvía de hacer un recado y pasaba por la William Pitt Street cuando también oyó los disparos y adivinó, por la dirección, que procedían del número 4.

WILLIAM PROUT, *ayuda de cámara del difunto*.

Prout declaró que el difunto cenó a las 7,30 del viernes, y que después se marchó, según dijo, a ver a Samuel Rickworth, habitante del número 18 de Consort Gardens, South Kensington.

El difunto, según Prout, dejó instrucciones al efecto de que llegaría un tal señor Marsh hacia las 10 de la noche, y que si él (el difunto) no había regresado todavía, Prout debía dejar entrar a dicho señor Marsh y conducirlo al despacho. Prout también declaró que el difunto le concedió permiso para salir tan pronto hubiera llegado el señor Marsh, puesto que él (el difunto) se retrasaría todo lo más unos minutos.

Prout asegura que a las 10,10 llegó un hombre que dijo llamarse Marsh, que llevaba el sombrero que más tarde fue hallado en el despacho.

La descripción de Marsh hecha por Prout es: alto, corpulento, bigote gris y barbilla imperial, gafas negras, una cojera peculiar de la pierna izquierda «como si la arrastrara». Prout no pudo decir nada sobre la ropa, excepto que decididamente no llevaba traje de etiqueta, sino un «traje oscuro». Confirmó los modales violentos, dictatoriales, de Marsh.

Cinco minutos después de la llegada de Marsh, Prout salió de la casa en dirección al Foxhound, en Shepherds Market. Permaneció allí durante todo el tiempo en que tuvo lugar el

crimen, en presencia de numerosos testigos, hasta que se enteró de la noticia por Wiggin, en cuyo momento regresó al número 4 de la William Pitt Street, encontrando al sargento que estaba ya a cargo del caso.

ELSA VICTORIA FAIRBURN *(viuda), ama de llaves del difunto*.

Fairburn, acompañada por otras dos sirvientas (ver más abajo), salió de la casa a las 7,30 de la tarde, para asistir a la función de noche del Royal Theatre. Volvió a casa, junto con las dos sirvientas mencionadas, a las 11,20.

Fairburn declara que en la tarde del jueves, 28 ppdo., un mensajero de distrito llevó a la casa una carta, dirigida al «ama de llaves y servidumbre, del 4 de William Pitt Street».

Ella abrió el sobre y vio que contenía tres entradas de platea para la función del viernes por la noche, para dicho teatro. Dentro del sobre no había nada más. En la esquina de cada una de las entradas habían escrito la palabra «con efecto». La Fairburn asegura (corroborado por Prout) que ella le contó al difunto este incidente el viernes, 29 ppdo., por la mañana, obteniendo permiso para acudir al teatro, junto con las sirvientas. No tiene la menor idea de dónde ni de quién procedían las entradas. También declara que le mencionó al difunto el «origen misterioso» del obsequio, y que aunque aquél se mostró sorprendido, pensó que «debía formar parte de una campaña de propaganda».

Fairburn sirvió al difunto siete años, en calidad de ama de llaves.

SARAH JUBILEE BRIGGS, *cocinera del difunto*.

Corrobora las declaraciones de la Fairburn.

Briggs lleva dos años en la casa del difunto.

VIOLET DORIS EMMELINE WATSON, *doncella del difunto*.

Corrobora todo lo ya mencionado. Watson lleva dieciocho meses al servicio del difunto.

SAMUEL HARVEY RICKWORTH, *socio del difunto en Rynox*.

Declara que, aproximadamente a las 9 de la noche del viernes, 29 ppd., el difunto fue a verle por un asunto del negocio. Discutieron dicho asunto y el difunto, después de rechazar la invitación de unirse a una pequeña fiesta que se

estaba celebrando en casa del señor Rickworth, se marchó, alegando que esperaba un visitante en su casa, un visitante llamado Marsh.

Interrogado respecto a si conocía al tal Marsh, el señor Rickworth declaró que nunca había tenido contactos personales con Marsh. Sabía, no obstante, que era un antiguo conocido del señor Benedik, de Sudamérica. El señor Rickworth dijo que el difunto hablaba de Marsh con frecuencia, el cual, según el difunto, era un loco que se imaginaba ser el inventor del nuevo proceso para fabricar runa goma sintética (Paramata Synthetic Rubber Co.), que últimamente era el principal negocio de la firma Rynox.

El señor Rickworth también declara que Marsh siempre le escribía cartas al difunto, tanto a su casa como a la oficina, y que frecuentemente telefoneaba para conseguir una entrevista. En cierta ocasión, Marsh estuvo en la oficina sin estar citado y provocó un verdadero alboroto. No había allí ninguno de los socios, y la secretaria del difunto, Christabel Pagan, se vio obligada a amenazar a Marsh con hacerle echar por los otros empleados.

El señor Rickworth declara además que, después de comunicarle el difunto que aquella noche aguardaba la visita de Marsh, añadió estas palabras, más o menos: «Durante los dos o tres últimos años, me ha estado fastidiando. Pero esta noche voy a zanjar la cuestión de una vez por todas.» El difunto, añade el declarante, expresó que intentaría ofrecerle a Marsh una pequeña cantidad de dinero para deshacerse de él; si Marsh no aceptara esa cantidad, el asunto tendría que seguir el curso ordinario.

Interrogado más a fondo, el señor Rickworth declaró que el difunto nunca insinuó siquiera que podría usar la violencia contra Marsh.

CHRISTABEL PAGAN, *secretaria del difunto*.

Declara que se hallaba al corriente de la cita del difunto, a las diez de la noche, en el número 4 de la William Pitt Street, con Marsh, puesto que oyó cómo su jefe concertaba la entrevista por teléfono. Aquella mañana, Marsh había llamado ya dos veces. Corrobora todo lo expuesto respecto a

las cartas de Marsh, sus llamadas telefónicas, y su visita. Declara que siempre se mostraba enojado ante las insistentes llamadas de Marsh. Ciertamente, nunca insinuó siquiera que Marsh pudiera ser peligroso.

Me enseñó el archivo de las cartas (dos marcadas como C 1 y 2) (el archivo puede examinarse en caso necesario) de Marsh. La dirección en todas las cartas, excepto en la cuarta del archivo, es: Pond Cottage, Little Ockleton, Surrey (véase más adelante declaración de George Hillman). La cuarta no tiene dirección.

La descripción de Marsh llevada a cabo por la señorita Pagan coincide con la de Prout. También afirma que sus modales eran «amedrentadores»; poseía una extraña inflexión de voz y pronunciaba las «r» guturalmente. Andaba arrastrando la pierna izquierda.

BASIL WOOLRICH, *secretario y tesorero de Rynox*.

Declara que en un par de ocasiones oyó al difunto mencionar el nombre de Marsh, un individuo que al parecer le molestaba constantemente. Se enteró del incidente que Marsh provocó en la oficina (ver arriba). No le concedió mucha importancia al asunto. No pudo prestar más ayuda.

LESLIE MUSGROVE, *taquillero del Royal Theatre*.

Declara que la mañana del jueves, 28 ppdo., vendió tres butacas de platea (J. 15, 16 y 17) (las entradas enviadas a la Fairburn y las sirvientas del número 4 de la William Pitt Street, ver arriba), a quien describe como «un tipo muy raro». Naturalmente, en la transacción no dio su nombre. La descripción que da Musgrove del adquirente de las butacas coincide exactamente con las mencionadas más arriba. Declara que era un individuo «de modales muy rudos, que hablaba con tono muy dominante. Parecía extranjero. Empleaba muchas palabrotas».

EMANUEL BUTTERS, *encargado del Servicio de Mensajeros de Distrito, de la sucursal de la Crofton Street.*

Declara que a las 12,15 del mediodía del jueves pasado, 28, recibió una carta dirigida al «ama de llaves y servidumbre, del número 4 de la William Pitt Street», con la

petición de que fuese entregada entre las 6,30 y las 6,45 de aquella tarde. Las instrucciones fueron muy explícitas. Según Butters (corroborado por dos botones), la carta la entregó un «hombre corpulento, que cojeaba. Muy excitable y de modales violentos». Su descripción coincide con las anteriores. Butters también declara que dicho individuo hizo una escena hasta que le prometieron que la carta sería entregada a la hora señalada.

CHARLES BYRON SELSINGER, *armero*.

Declara que, aproximadamente, a las 11,40 de la mañana del pasado viernes, 29, entró en su establecimiento de la Vigo Street, un cliente muy extraño, quien adquirió una pistola automática Luger. (Pistola que más adelante fue identificada como la encontrada entre los arbustos fronterizos a la ventana del despacho de la casa del número 4 de la William Pitt Street.)

Selsinger declara que el cliente que efectuó dicha compra era excéntrico y violento en sus modales. Que empleaba un lenguaje procaz, incluso delante de una señorita que se hallaba en la tienda. En un momento dado, él (Selsinger) le ordenó a su dependiente que fuese en busca de un policía, aunque retiró tal orden cuando el cliente se marchó con la pistola. La descripción dada por Selsinger del comprador de la Luger coincide en todos los detalles con las hechas por los otros testigos de Marsh. Declara asimismo que hablaba de manera ofensiva, y que su comportamiento era alarmante Andaba con una cojera peculiar, siniestra. Declara también que el nombre de la señorita que estaba entonces en la tienda es el de señorita Rickworth. (Una coincidencia muy particular.)

FRANK ALBERT HOPKINS, *dependiente de Selsinger*.

Corrobora la declaración de Selsinger hasta el último detalle.

PETRONELLA RICKWORTH, *hija de Samuel Rickworth, socio de la Rynox*.

Corrobora la declaración de Selsinger y Hopkins, y añade que pensó que aquel hombre no solamente era peligroso, sino

que estaba loco.

GEORGE HILLMAN, *de Pond End Farm, Great Ockleton*.

Declara que un tal Boswell Marsh alquiló Pond Cottage, en Little Ockleton, por un año. Que la transacción tuvo lugar el 3 de septiembre pasado. Declara no saber absolutamente nada de su arrendatario, excepto cuando se entrevistaron para el alquiler de la casa. Le describe como «un tipo recio y extraño, tal vez extranjero». Interrogado al respecto, coincide con la descripción de Marsh, dada más arriba. También declara que recibió diversas quejas, pero como es un sujeto bonachón, no las tomó muy en serio, especialmente por no vivir en Little Ockleton, a donde va muy pocas veces. No sabía nada más. Declara que no le pidió referencias a Marsh, ni lo juzgó necesario, ya que Marsh abonó el alquiler de todo un año cuando se firmó el contrato. No pagó con cheque, sino en billetes.

OPINION GENERAL DE MARSH
LITTLE OCKLETON, Pueblo.

De las declaraciones anteriores se desprende que Marsh es de comportamiento excéntrico, lo mismo que en su aspecto. Cordialmente detestado por todos los vecinos del distrito. Varias amenazas violentas contra hombres y niños.

SARAH CHIGWELL, *mujer de faenas empleada por Marsh*.

Declara que el señor Marsh jamás la asustó. También declara que, excepto para pagarle y darle instrucciones, nunca le dirigía la palabra. Añade (declaración corroborada por los ya citados antes), que Marsh no vivía en Pond Cottage más que unos días al mes. Sus visitas tenían lugar casi siempre los fines de semana, aunque algunas veces dormía allí a mediados de semana. La descripción de Marsh coincide con todas las hechas más arriba. Al describir a Marsh sin sombrero, declara que su cabello era «negro con bastantes canas». No puede hablar del color de los ojos, ya que jamás vio a Marsh sin las gafas.

ANTHONY XAVIER BENEDIK, *hijo del difunto*.

Declara que estuvo en París desde el viernes pasado por la noche, hasta el lunes por la mañana, a las 2, cuando le llamó su prometida, señorita Peter Rickworth (ver arriba). Declara que oyó varias veces a su padre mencionar el nombre de Marsh, si bien nunca pensó que éste pudiera ser peligroso. No sabía nada de Marsh, ni le vio nunca. Una sola vez habló con él por teléfono. No pudo prestar más ayuda.

(Con esto concluye el testimonio de todas las personas interrogadas hasta este momento.)

RESUMEN: Habiendo expresado la opinión de que había sido tratado injustamente por el difunto, Boswell Marsh consiguió una entrevista con aquél para el viernes pasado, día 29. El y el difunto estaban solos en la casa. La entrevista empezó aproximadamente a las 10,15. Aproximadamente a las 10,30, el agente (BL413) Lawrence, oyó una sucesión de disparos procedentes de las cercanías de la William Pitt Street, y después de una corta investigación, descubrió el cuerpo del difunto. En la habitación halló un sombrero con el nombre de Marsh, que era el que éste llevaba habitualmente. Entre los arbustos que crecen frente a la ventana del despacho había una pistola Luger, adquirida aquella mañana por una persona que responde exactamente a la descripción de Marsh.

La casa estaba vacía porque el ayuda de cámara, según su costumbre, pidió permiso para salir entre las diez y las once; porque el señor Anthony Benedik, hijo del difunto, se hallaba en París, y porque el ama de llaves y las dos criadas de la casa se habían ido al teatro, tras recibir de manera anónima unas entradas de teatro, siendo su misterioso comprador una persona cuyas señas responden exactamente a la descripción de Marsh.

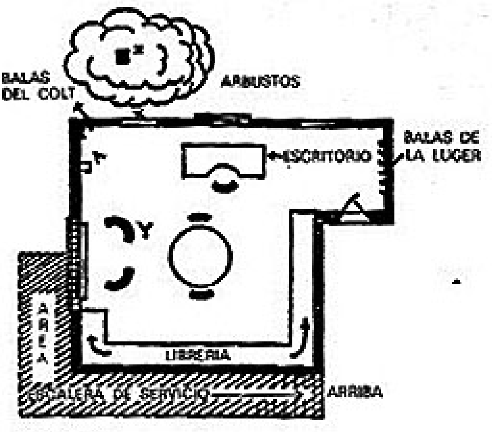
Marsh, según toda la evidencia recogida, tenía, o creía tener, motivos de queja contra el difunto.

El difunto yacía medio fuera, medio dentro, de la ventana del despacho. En la mano derecha empuñaba su revólver, del

que habían sido disparadas cuatro balas. Al difunto le atravesaron la cabeza con una bala disparada por la pistola automática adquirida aquella mañana por la persona cuyas señas responden a las de Marsh.

La evidencia documental (cartas y extractos, unidas a la prueba D, del Diario del difunto), demuestra que Marsh creía (fundada o erróneamente) ser víctima de una especie de estafa por parte del difunto. (Nota: hay que observar que esta evidencia documental sobre la mala voluntad de Marsh empezó hace varios años. Ver extractos del Diario del difunto con referencia a las entrevistas y su correspondencia con Marsh. Ver también cartas recientes de Marsh, que empiezan, como se verá, cuando Marsh llegó a Inglaterra hace seis meses.)

CONCLUSION: Al difunto lo mató Boswell Marsh al final de la entrevista que comenzó aproximadamente a las 10,15 de la noche del viernes, 29 de marzo, mediante los disparos que fueron el resultado de la cita que Marsh solicitó varias veces con el fin de obtener una compensación por parte del difunto, por el mal trato, real o imaginario, recibido de éste. No hay duda de que la entrevista empezó de forma tormentosa, terminando cuando Marsh amenazó al difunto con la pistola automática. El difunto, ante esta amenaza, debió coger su propio revólver, intercambiándose varios disparos; y Marsh, después de saltar por la ventana abierta, debió volverse y, al divisar al difunto a punto de disparar con su revólver, lo hizo a su vez, matando a su víctima. Marsh, acto seguido, debió huir a través del jardín, dejando caer la pistola en su huida (ver Punto Z del Plano B); salió por uno de los pasajes que se abren al otro lado del jardín, entre las casas de la Fox Street. El suelo estaba muy duro, por lo que no dejó huellas; sin embargo, debió salir como se sugiere. El hecho de que Marsh fue amenazado antes de matar al difunto acudió a mi mente al encontrar el sombrero en el despacho. De haber salido del cuarto tras matar a su víctima, no habría dejado dicho sombrero como testimonio en contra.



PLANO B

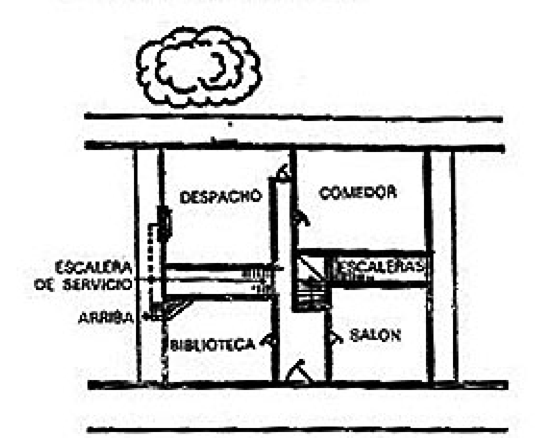
Despacho del n.º 4 de la William Pitt Street

X — Posición del cuerpo

A — Posición de la bala que causó la muerte

Y — Sillón donde estaba el sombrero

Z — Lugar donde se halló la pistola Luger



PLANO BI

Plano de la Planta Baja

N.º 4 de la William Pitt Street

ACCION: Se están efectuando todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Marsh. Se ha dictado auto de detención contra él, que se le aplicará cuando se le encuentre.

F. WELLESLEY, D. I.

(Carta de Rynox a Magnay'Bank, Limited, fechada el 1 de abril)

Muy señores nuestros:

Como respuesta a su atenta del 30 ppdo., paso a expresarles la gratitud de mis directores por sus amables condolencias relativas al trágico fin de nuestro socio, el señor Francis X. Benedik.

Al mismo tiempo, me apresuro a manifestarles, respecto al resto de su carta, que a fines de esta semana, nuestra firma acreditará las cuentas A y B, abonando en la A £ 12,750, y £ 17.312, 17 s. en la B.

Les saluda atentamente,

por Rynox
BASIL WOOLRICH,
Secretario y Tesorero

(Carta de Rynox a Midland & Capital Bank, Limited, Lombard Street, fechada el 1 de abril)

Muy señores nuestros:

Como respuesta a su atenta del 30 ppdo., paso a expresarles la gratitud de mis directores por sus amables condolencias relativas al trágico fin de nuestro socio, el señor Francis X. Benedik.

Al mismo tiempo, me apresuro a manifestarles, respecto al resto de su carta, que a fines de esta semana, será realidad la reducción de nuestra deuda, prometida por el señor F. X. Benedik (£ 7.000).

Una vez abonada dicha suma en la cuenta, les agradeceré me concedan una entrevista a su completa comodidad.

Les saluda atentamente,

por Rynox
BASIL WOOLRICH,
Secretario y Tesorero

(Carta de Rynox a Arcade and General Financing Corporation, fechada el 1 de abril)

Muy señores nuestros:

Su carta del 30 ppdo.: les adjunto un cheque de esta firma, con fecha 7 cte., por 279 £ 13 s. 11 d., como último pago de intereses de nuestro préstamo (B. 4124).

Les saluda atentamente,

por Rynox
BASIL WOOLRICH,
Secretario y Tesorero

(Carta de Basil Woolrich a Hugh Gleason, fechada el 1 de abril)

Privada y confidencial

Querido Gleason:

No te inquietes por Rynox. Todo va bien. Nuestras cuentas, no solamente con tu firma, sino con nuestros agentes y otras, quedarán cubiertas dentro de un breve período... diez días a lo sumo.

Te agradecería mucho, y también A. X. Benedik, que

contraatacases los rumores relativos a la insolvencia de nuestra firma. Creo que descubrirás que esto será ventajoso, no ya para tu empresa, sino para todo el mundo.

Podríamos encontrarnos para almorzar mañana, en el sitio de costumbre.

Con los saludos de

BASIL WOOLRICH

(Memorándum de Anthony Xavier Benedik a Basil Woolrich, marcado Confidencial, y fechado el 1 de abril)

Espero habrá escrito a los Bancos, a Arcade y a Gleason, como convinimos. Rickworth arrreglado. No nos molestará por ahora. Cuando vuelva, será más razonable. Destruye esto.

(Carta de la Naval, Military and Cosmopolitan Assurance Corporation a Anthony Xavier Benedik, fecha el 1 de abril)

Muy señor nuestro:

Póliza núm. HI. 32. Francis Xavier Benedik, difunto

Hemos recibido su carta con fecha de hoy conteniendo la reclamacón del pago de 211111 £, cantidad con que fue asegurado Francis Xavier Benedik por esta corporación.

Este asunto se halla en estudio por parte del Presidente, de manera que usted tendrá noticias nuestras en un plazo muy corto. Estamos seguros de que comprenderá que las circunstancias trágicas y desusadas concurrentes en la muerte del señor F. X. Benedik, junto con la enorme cantidad del seguro, hacen que este asunto no entre dentro de una mera rutina.

Le saluda atentamente, por *Naval, Military and*

Cosmopolitan Assurance Corporation,

E. THURSTON MITCHELL,
Vicepresidente

(Carta de Rynox a Grey Friars Trust, Limited, fechada el 2 de abril)

Muy señores nuestros:

Como respuesta a su atenta del 28, así como a las llamadas telefónicas del 29, 30 y el día de ayer, debo manifestarles que he discutido la situación con el señor Anthony X. Benedik.

El señor Rickworth, a quien iba dirigida su carta, se halla en la actualidad en el campo para recuperarse de un quebrantamiento nervioso debido al terrible golpe que significó para él la trágica muerte del señor F. X. Benedik.

El señor Anthony Benedik, en nombre de la firma, me ha otorgado el poder de establecer que el saldo de nuestra deuda a ustedes (3.254 £), a causa de nuestro trato conjunto en el asunto de Rampole Limited, será abonado dentro de los próximos días.

El señor Anthony X. Benedik desea, asimismo, que les asegure que se reunirá con ustedes en caso necesario para tratar de este asunto. Se halla, sin embargo, muy ocupado y confía en que esta carta sirva al mismo propósito que una entrevista. La fecha más extrema para el pago de referencia será de diez días a partir del de hoy, si bien probablemente se efectuará un poco antes.

Les saluda atentamente,

por Rynox,
BASIL WOOLRICH,
Secretario y Tesorero

(Carta de Fielder, Puckeridge, Fielder y Fielder, Agentes

Investigadores, a la Naval, Military and Cosmopolitan Assurance Corporation, fechada el 2 de abril)

Muy señores nuestros:

Póliza núm. HI. 32. Francis Xavier Benedik, difunto

Más informes sobre su asunto del 30 ppdo. Nuestros agentes han cubierto ya todo el campo de la investigación. Adjuntamos el informe resumido de la Policía, suministrado amablemente por Scotland Yard. Por el mismo, verán ustedes que no existe la menor duda sobre la causa de la muerte, por haber sido el difunto la víctima indudable de Boswell Marsh. La Policía busca actualmente a Marsh, hasta ahora infructuosamente. Opinan que lo tendrán en sus manos dentro de un par de días a lo sumo.

Opinión considerada: Una reclamación de seguro; Corporation deberá abonar toda la cantidad de la póliza, 277.777 £.

Por Fielder, Puckeridge, Fielder y Fielder,
R. K. MIMRAM

(Carta de Petronella Rickworth a Anthony Xavier Benedik, fechada el 3 de abril)

Cariño:

Espero que hayas encargado las medallas para mí. Respecto a las cintas, consulta a otras personas, pues no me fío de tus gustos.

Sé que creías que no podría lograrlo, pero lo he conseguido. Como sabes, soy una mujer extraordinaria. Tan pronto como recibí tu nota el lunes, empecé a ocuparme de Samuel, e incluso fui a verle a la oficina. Lamento decir que lo hallé en la más deplorable de las condiciones. A decir verdad, Tony, apenas te creía hasta que ver y oír a Samuel

me hizo comprender que tenías razón. De haber sido un acreedor de Rynox, habría intentado hacer lo que suelen hacer los acreedores (solicitud archivada, ¿verdad?), tras echarle una simple ojeada.

En realidad, fue muy divertido. Cuando entré, trató de mimarme como hacen las gallinas con sus polluelos. Sin embargo, no me gusta que me mimen. En realidad, entré y cerré la puerta. Entonces, le dije lo que tú me habías dicho el domingo por la noche. Le hice ver que tú y Woolrich erais indudablemente Rynox. Añadí que, también indudable, él no lo era. Le aseguré que ningún Rickworth debe amilanarse de esta manera. Que si se limitaba a largarse de la oficina y os dejaba a ti y a Woolrich llevar las riendas, todo se solucionaría en poco tiempo, y que Rynox se levantaría más opulento que nunca. Le pregunté qué habría pensado F. X.... ¡Oh, querido Tony, es algo terrible! ¡F. X. era tan maravilloso...!

Bien, volviendo a Samuel, le dije esto y lo otro, y muchas más cosas. No sirvió de nada. Lo único que dijo, cuando repetí una y otra vez tu nombre y tus excelentes condiciones, cuando pronuncié veinte veces el nombre de F. X., lo único que dijo fue que ¡¡¡estaba asombrado de que después de lo ocurrido todavía pudieras pensar en la oficina!!!

Temo que esto acabó conmigo... o quizá deba decir que me encantó. De repente, me convertí en una Casandra, o como se llamara esa dama que era tan lista. Fingí derrumbarme. Fingí ceder ante su superior conocimiento y sus derechos paternales. Murmuré que, naturalmente, él lo sentía más, pensándolo bien. Me mostré muy, muy, pero muy triste. Muy, muy, pero muy apenada. Y la verdad es que estaba muy, muy, pero muy asustada. Me marché de la oficina y me dirigí a casa.

Cuando llegó él por la noche (supongo que tú y Woolrich impedisteis que cometiera alguna tontería durante el día), cuando llegó me mostré completamente deshecha. En realidad, sufría un verdadero estado nervioso, de doble cañón, calidad Super A. No podía soportar Londres; no..., ni un minuto más podía soportar Londres. Lloré, temblé y volví

a llorar. Una interpretación terriblemente convincente. Esto debilitó a Samuel. Preguntada qué podía hacer por ella, la doncella respondió: « ¡Padre, llévame al campo! ¡Llévame lejos de todo esto! »

Samuel, conduciendo el Sunbeam (pobre viejo, la doncella no pudo soportar la idea de que lo condujese nadie más que su padre), me alejó de todo esto. Fuimos a donde estamos ahora. Ya conoces mi mejor marca: una hora y diez minutos. ¡Samuel tardó dos horas y media! ¡Dioses! ¡Fue terrible! Cuando llegamos, mi desquiciamiento nervioso casi era real. Habíamos ido a veinte por hora. Nos deteníamos cada vez que se asomaba un conejo en la carretera. ¡Cada vez que se aproximaba hacia nosotros un camión!

Bien, llegamos, creo que hacia las 3,75 de cualquier día... y nos acostamos tras ver, con gran horror por parte de Samuel y fingido por la mía, que Kate no estaba, pues debía haber ido a visitar a su madre, esa mujer que nunca morirá. (Observa, por favor, querido, que la ausencia de Kate se debió al maquiavelismo —¿está bien escrito?— de nuestra señorita Rickworth que, por teléfono, obsequió a Kate con unas vacaciones.)

En cuanto al resto de la historia, permite que te lo ofrezca desde otro ángulo. Lee lo que dice nuestro corresponsal especial:

EXTRAÑO MISTERIO EN UNA CASITA
CAMPESTRE DE SURREY

Un prominente hombre de negocios desconcertado

Nuestro corresponsal especial escribe:

El señor SAMUEL RICKWORTH, prominente director de RYNOX, se halla prisionero en su encantadora residencia campestre de Hindhead. El señor Rickworth, el mejor de los padres, aunque apremiado y atosigado por las atenciones del negocio, tuvo que llevar a su bien conocida y extraordinariamente bella hija, figura central de la sociedad de Hammersmith, a dicha residencia campestre la noche

anterior.

Al llegar allí (residencia campestre: vista seductora, 45 mins. estac., agua corr.; cocina magnífica), el señor Rickworth quedó horrorizado al darse cuenta de que su servidumbre se había ausentado sin su permiso. Por tanto, se dispuso a servir como ama de llaves, cocinera y nodriza, y llevó tiernamente a la cama a la señorita Petronella Rickworth. Después, agotado, él hizo lo mismo.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, aproximadamente a las 10,30, el señor Rickworth saltó de la cama, con la intención de vestirse y saber cuáles eran las necesidades de la señorita Petronella, conseguir su atención y regresar a Londres por medio de su estupendo coche.

Imaginen la desolación del señor Rickworth cuando vio que no encontraba los pantalones que llevaba la noche anterior ni podía hallar otro par en toda la casa.

Lleno de pánico y en batín, el señor Rickworth recorrió los numerosos pasillos alfombrados que conducen a la habitación de la señorita Rickworth. La señorita Petronella Rickworth, no obstante, había mejorado mucho de salud. Sin embargo, no pudo arrojar ninguna luz sobre el misterio de los pantalones.

Más tarde: El señor Rickwort, continuaba sin pantalones.

Más tarde aún: El señor Rickworth, por temor a la ciática, se metió en cama para sudar y leer el Pilgrim’s Progress.

Mucho más tarde: El señor Rickworth, con una visión interior napoleónica, decidió telefonear para pedir unos pantalones, mas ante su horror, halló que habían cortado la línea.

Demasiado tarde: El señor Rickworth, después de protestar largo tiempo por la negativa tan poco filial de la señorita Petronella de ir en busca de unos pantalones, descendió al encantador comedor, con su vista a los montes de Surrey, a fin de devorar la bastante apetitosa comida preparada por las manos de hada de la señorita Petronella.

En serio, querido, al cabo de doce horas de esta comedia, empecé a meditar. En realidad, nunca se sabe lo que puede hacer un padre llevado al colmo de la dsesperación. Pero,

gracias a Dios, todo salió bien. Cuando logra sobreponerse, Samuel es el mejor de los padres. Me ha dado palabra de no volver a Londres hasta que yo lo consienta. Bien, le di un par de pantalones. Los suyos, claro. De todos modos, les corté un pedazo del... asiento, para que no pueda salir de la casa.

Si te parece, ven a vernos. No vengas si crees que Samuel sospechará, ¡oh, qué sospecha más injusta, señor Benedik!, que este plan tiene algo que ver contigo. Lo mejor será que te detengas junto al seto y ladres cuatro veces.

Ven si puedes, cariño, pues estoy deseando verte. Si fueses otra persona, te diría que el tono sarcástico de esta carta no tiene nada que ver con lo que siento por ti y por mí misma. Mas como tú eres tú, no digo nada de todo esto.

¡Bendito seas!

PETER

(Extracto fechado el 4 de abril del acta taquigrafiada en la encuesta celebrada a causa de la muerte de Francis Xavier Benedik. Coroner: doctor Ongle. Extracto del resumen efectuado por el doctor Ongle, conteniendo también el veredicto del jurado)

... Y así, caballeros, creo que no les queda otro camino que afirmar que ese hombre, Boswell Marsh, es la persona directamente responsable de la muerte del difunto. Ya han escuchado la cadena de toda la evidencia, que demuestra que ese Marsh era un individuo de carácter violento y desagradable, e indica que se creía estafado por el difunto. Han visto, también, la evidencia documental que apoya esta opinión. Han visto y leído el Diario del difunto, que abarca los últimos veinte años de su existencia, y por el mismo han comprendido que desde que se conocieron en Sudamérica, Marsh y el difunto se IX hallaban en malos términos de relación. Aquí se ha demostrado concluyentemente que Marsh visitó la casa de William Pitt Street la noche en que falleció el difunto, y que la pistola encontrada, que Marsh dejó caer en su huida, la había adquirido el propio Marsh

aquella mañana. Han visto, por las pruebas presentadas, el subterfugio que empleó Marsh para alejar de la casa aquella noche al ama de llaves y y las dos sirvientas, y ustedes deben suponer que Marsh estaba al corriente de las costumbres de todo el servicio para saber que el ayuda de cámara solía ausentarse todas las noches a la hora en que el difunto concertó la entrevista.

Sin embargo, algunos puntos acuden a mí como extraños y tal vez poco plausibles. Sin embargo, creo, caballeros, que no necesito referirme a ellos, a causa de la claridad de las pruebas examinadas. Ahora, por favor, conferencien, si lo juzgan necesario, y a continuación den a conocer su veredicto…

Señor juez: he consultado con el jurado y veo que no tenemos necesidad de retirarnos a deliberar. Nuestra veredicto es que la muerte se debió a un asesinato premeditado a manos de Boswell Marsh.

(Carta de Naval, Military and Cosmopolitan Assurance Corporation a Anthony Xavier Benedik, fechada el 7 de abril)

Póliza núm. HI. 32. Francis Xavier Benedik, difunto

Como continuación a nuestra carta anterior y a la entrevista que nuestro presidente mantuvo ayer con usted, tengo el placer de adjuntar un cheque de la Corporación, por 277.777 £ (doscientas setenta y siete mil setecientas setenta y siete libras).

Le saluda atentamente,

MARADICK FOWLER,
Tesorero

(Memorándum del Comisario Jefe de Policía, mayor general, conde

de Stynge, K. C. B., D. S. O., M. V. O., C. I. E„ etc., al superintendente Shanter, fechada el 19 de abril)

BENEDIK

Leo su informe de este caso. Es altamente insatisfactorio. Las investigaciones preliminares se han conducido, al parecer, con inteligencia, pero la labor del departamento, después de los preliminares, me parece pueril.

A Benedik lo mataron de un tiro el 29 del mes pasado. Han transcurrido tres semanas. No hay duda de que el asesino fue Boswell Marsh, pero Marsh no está detenido. ¿Por qué? Un hombre de aspecto tan extraño no puede ocultarse indefinidamente. Se han vigilado los puertos y todos los lugares aptos como escondrijos y, no obstante, todavía no le han puesto las manos encima.

Espero oír la noticia de su arresto dentro de los próximos diez días.

STYNGE

(Memorándums que abarcan el período del 29 de abril al 31 de mayo)

Del Comisario Jefe al Superintendente Shanter.

BOSWELL MARSH

Informe, por favor.

STYNGE

Del Superintendente Shanter al Comisario Jefe.

BOSWELL MARSH

Lamento no haya más progresos que informar.

T. SHANTER, *Supt.*

Del Comisario Jefe al Superintendente Shanter.

BOSWELL MARSH

Ref. mi memorándum de la última semana: Informe, por favor.

STYNGE

Del Superintendente Shanter al Comisario Jefe.

BOSWELL MARSH

El Departamento lamenta no disponer de más informes, con referencia al asunto arriba mencionado.

T. SHANTER, *Supt.*

Del Comisario Jefe al Superintendente Shanter.

BOSWELL MARSH

Referencia anterior correspondeiicia y a nuestra entrevista del martes: ¿las nuevas medidas han ocasionado alguna información respecto al paradero de Marsh?

STYNGE

Del Superintendente Shanter al Comisario Jefe.

BOSWELL MARSH

Lamento nuevas medidas no hayan ocasionado nada respecto al asunto arriba mencionado.

T. SHANTER, *Supt.*

(Extracto de las minutas de la reunión semanal del Comisario Jefe con los superintendentes de Scotland Yard, fechado el 2 de julio)

17634.

Decidido que el caso núm. 4 (Boswell Marsh) quedará en lo futuro tachado de la agenda, por no haber más información ni progreso a mano. Este asunto, no obstante, se revisará en cada sexta reunión.

LIBRO TERCERO

8

1 octubre: 1,30 a 2,30 tarde

El restaurante de monsieur Isidor Laplanche está en la Dover Street. Su pequeño y pulcro exterior no ofrece al cliente que allí acude por primera vez, el menor indicio de la excelencia de la comida, los vinos y la cocina de Monsieur Laplanche, ni de sus exorbitantes precios.

Peter Rickworth nunca había entrado, hasta aquel día, en el Restaurante Pyrénées. Lo hizo entonces, viendo que Tony ya la aguardaba; y con Tony, su padre, un Samuel Rickworth más colorado, más grueso, de aspecto más próspero que la última vez que lo había visto.

Tony consultó su reloj.

—Hola, padre —saludó Peter—. Si llevas esa clase de chalecos no debes lucir cadenas. Es absolutamente inútil, querido Tony, que chasquees la lengua v mires el reloj.

—Lo sé, lo sé —accedió Tony—. Pero lo haré siempre. ¿Tomarás algo?

Lo tomaron todos y Peter lo aprobó. También aprobó el almuerzo.

—Bien, amigos —exclamó al final del almuerzo, con la taza de café en la mano—. ¿Cómo van los negocios?

—Los negocios —replicó Tony— van bien. O deberían ir bien.

—¡Mi querido muchacho! —gritó Samuel Rickworth, exaltado—. ¿Cómo «deberían ir bien»? ¡Van bien, muy bien!

—No, en comparación con la forma en que irán —sonrió Tony

—. Dentro de otros tres meses irán de manera tan formidable que lo de ahora parecerá una empresa de tres al cuarto.

—Dame otro cigarrillo —pidió Peter—. ¿Hablas en serio?

Tony la miró y asintió.

—Mortalmente en serio —miró a Samuel—. Esta mañana —añadió con lentitud deliberada— hemos tenido noticias de Hamburgo y Brisbane. Los dos cables confirman los pedidos.

Samuel Rickworth miró fijamente a Tony.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó al fin—. No lo dirás en serio, muchacho...

—Nunca he hablado más en serio, repito.

—Excepto cuando hablas en serio —sonrió Peter.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó nuevamente Samuel.

Peter contempló a su progenitor. Después, a su amado.

—Bien, ¿tan ocupado estás con lo de Hamburgo y Brisbane, hasta el punto de no recordar que estás comprometido para casarte a finales del próximo mes?

—No creo —respondió Tony—. Bueno, le pediré un permiso especial a Woolrich.

—Ya que lo has mencionado, joven Benedik —declaró Peter con ojos llameantes—, repite ese nombre y yo...

—¡Eh, eh! —la interrumpió su padre—. ¿Qué pasa con Woolrich? Admito que cuando Tony quiso nombrarle socio, yo no estuve muy a favor de la idea. Más desde que lo es, confieso que mi opinión sobre su capacidad ha aumentado extraordinariamente.

—A ti no te gusta, doctor Fell —objetó Peter—, ni a ti tampoco, Tony.

—Me guste o no —replicó Tony, encogiéndose de hombros—, esto no importa un bledo. Le gusta demasiado, tal vez, largarse al campo, mas esto lo hizo siempre. Recuerdo que mi padre solía gastarle muchas bromas al respecto. Y si F. X. consentía que ese hombre se tomara un día de fiesta de cuando en cuando, podéis apostar a que se trata de un hombre servicial e inteligente. Sí, Woolrich lo es. El asunto de Brisbane se lo debemos a él por completo.

—La rana no me seduce —observó Peter —. ¡No me gusta y no me gusta! ¡No me gusta! No me gusta, si es que me entendéis. Y habiendo cambiado de tema con tanto tacto, quiero preguntarte,

Xavier, por qué significan tanto Hamburgo y Brisbane.

La mirada de Tony se suavizó al responder a Peter.

—Está bien, te lo contaré. No es sólo por tratarse de unos pedidos muy importantes, sino por lo que representa para el futuro. Rynox ha vuelto al buen camino, ganamos dinero, todo gracias a la Paramata, pero, ¡ah, Peter!, el dinero ganado hasta ahora significará algo así como el saludo de la libreta de ahorros de correos del pequeño Leonard… ¡Y esta vez lo proclamo más en serio que nunca!

Dejó caer la ceniza de su cigarro y se puso de pie; era un joven corpulento, de movimientos precisos y rápidos.

—¿Nos vamos? —inquirió Peter.

Tony se inclinó sobre la mesa y la contempló. Luego, miró de soslayo a Samuel Rickworth.

—Sí. Rynox nunca duerme. Ven conmigo y verás a nuestro amigo Woolrich.

—A veces —murmuró Peter—, casi me asqueas… Adiós, querido.

9

2 de octubre: 12 tarde a 5 madrugada

El empleado Harris penetró en el despacho que había sido de F. X., en el último piso de la Rynox House, donde se hallaba su nuevo ocupante, Basil Woolrich.

—Perdone, señor —murmuró Harris.

Woolrich levantó la vista. En los últimos meses de ingente labor, el bronceado habíase desvanecido de su rostro. Entre sus bien dibujadas cejas se veía una arruga permanente, y las comisuras de su bien delineada boca estaban siempre decaídas.

—Perdone, señor —repitió Harris—, pero hay una persona en... en la oficina exterior... Y... bueno, a decir verdad, señor, no logro deshacerme de ella. Dice que tiene que tratar de un asunto muy importante con la empresa. Se niega a decir de qué se trata y tampoco quiere conseguir una cita. En realidad, se niega con otro que no sea usted o el señor Benedik.

La arruga de Woolrich se ahondó más entre sus cejas.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Harris exhibió una tarjeta. La dejó encima del secante de la mesa del socio más joven de la empresa, el cual la cogió y la estudió. Era una tarjeta de cartulina barata, recientemente impresa, sin dirección, sin mención de club alguno, con tan sólo tres palabras: «Capitán Iñigo James».

—¿Qué aspecto tiene? —inquirió Woolrich, mirando fijamente a Harris.

El interrogado consideró un instante la pregunta y ladeó la cabeza.

—Algo duro, señor —dijo tras una pausa—. Muy duro. Como si

acabara de regresar de algún país tropical, señor. Y lo peor es que allí está, señor, sentado en una butaca entre la mesa de la señorita Pagan y la mía, dando la impresión de que haría falta un cartucho de dinamita para quitarlo del sitio. Es —agregó con elocuencia— como un ídolo pagano, señor. Está sentado allí, no dice nada, no hace nada. Se limita a estar sentado y a mirarlo todo, y cada vez que le decimos algo, repite: «Quiero ver al señor Benedik, y si no está, a uno de sus socios.»

Woolrich se levantó y se estiró. Dirigióse al ventanal y permaneció unos instantes mirando a la calle.

Harris empezó a decir algo, se arrepintió y musitó una excusa.

—De acuerdo, Harris, hágale pasar.

Woolrich volvió lentamente a su escritorio, cogió la tarjeta y la examinó. La dejó, se sentó y estaba encendiendo un cigarrillo cuando llamaron a la puerta.

—El capitán James, señor —anunció Harris.

Woolrich se puso de pie. Era más alto y grácil que F. X. e incluso que Anthony. Su rostro revestía esa máscara que suelen lucir los hombres de negocios ingleses cuando reciben a un visitante del que ignoran las intenciones.

Harris, al marcharse, cerró la puerta con un golpe discreto. El recién llegado cruzó el despacho, hasta el escritorio. Era bajo, fornido y de aspecto extraordinariamente solemne. Como una roca sólida. Si bien su estatura lindaría por el metro sesenta, su peso debía ser algo más de ochenta kilos. Su porte era ágil. Estaba recién afeitado. Su cara, como una tabla cuadrada de caoba, poseía unos ojos casi empotrados en las cuencas; eran unos ojos muy pequeños, de color azul desvaído, con el blanco estriado en carmesí. Llevaba un traje viejo y deslucido, de chaqueta cruzada, de estilo vagamente tropical.

Woolrich le contempló un momento.

—Buenas tardes.

El capitán James sonrió, dejando al descubierto una hilera irregular de dientes color tabaco. Con la sonrisa llegó al olfato de Woolrich unos miasmas de ginebra holandesa.

—Estoy encantado de conocerle —correspondió el capitán James.

Su voz era exactamente la que Woolrich esperaba oír procedente

de aquella boca y aquel cuerpo: una voz profunda, resonante, un poco desentonada.

—¿Quiere sentarse? —preguntó Woolrich, indicando una silla.

—Sí, claro —aceptó el capitán James.

Tomó asiento, colocando sobre cada rodilla una mano poderosa y de dedos cortos y casi cuadrados, con bastante vello en el dorso.

Woolrich continuó de pie. Contemplaba desfavorablemente, cosa que no intentó ocultar, a su visitante. Pero el visitante continuó sonriendo, y sus ojos sostuvieron la fría mirada del otro.

—Si no le importa —murmuró Woolrich—, podría indicar cuál es el asunto que le trae aquí, con la mayor brevedad posible.

La sonrisa del capitán James desapareció de sus labios.

—Mi asunto —aseguró James— se refiere a su otro socio, Benedik.

Woolrich se irguió más, como enojado.

—En ese caso… —dijo con frialdad.

—¡Eh, un momento! —exclamó el capitán James—. Si he accedido a verle antes a usted, señor Woolsack, es porque quiero estar seguro de poder ver a ese Benedik. Deseo que usted me asegure que le veré.

—No comprendo —replicó Woolrich— cómo puede pedir ver al señor Benedik sin decirme cuál es el asunto que aquí le trae.

—¡Me gusta su postura! —proclamó el capitán James, en tono de admiración—. No he venido para sufrir esas tonterías, señor Woolsack. He venido por negocios. ¡Por negocios, muy, pero muy importantes! —se inclinó hacia delante, su mano derecha abandonó la rodilla y blandió el índice, del tamaño de un plátano, ante su interlocutor—. Oiga, señor Woolsack, esto de Rynox es una gran empresa, ¿verdad? Según dicen, esta empresa será más importante todavía, ¿eh? Bien, suponga, pues, que esta empresa reciba un golpe tremendo… ¿Qué me dice a esto? Supongamos que empiece a circular una historia… una historia bastante fea referente a Rynox, señor Woolsack. ¿Qué diría entonces? Únicamente pretendo demostrarle hasta qué punto es importante mi asunto… Sí, una historia muy fea.

Woolrich se irguió todavía más que antes.

—Si esto es una muestra de su manera de conversar, creo que cuanto antes le pongamos punto final será mejor para ambos.

—¡Muy… bonito! —exclamó el capitán James—. Bah, esto no reza conmigo. No, en todos los días de mi vida. Y ya puede empezar a apretar todos sus botones para que acudan todos sus malditos empleados.

—Si esto no fuese una fantasía —gruñó Woolrich—, diría que es algo imposible.

—Y si usted —replicó el capitán James— quisiera meterse en la mollera que quiero ver a Benedik, y que veré a Benedik, nos ahorraríamos mucho trabajo y mucho tiempo.

Durante un largo momento, Woolrich contempló al capitán James, gustándole cada vez menos lo que veía.

—Lo único que puedo hacer —concedió al fin— es hablarle al señor Benedik de su visita. Que le reciba o no, será asunto de él. Si usted accediera a confiarme al menos una parte de su «negocio», quizá podría facilitarle la entrevista. Siendo como es, nada puedo hacer.

El capitán James se levantó, proceso que parecía debía costarle, debido a su solidez, mucho más de lo que en realidad le costó.

—Se lo agradezco mucho, señor Woolsack —murmuró, gruñendo—. Y se lo agradeceré más cuando haya visto al señor Benedik. Mi dirección, por el momento, es el Hotel Croft, de Milady Street, en el Strand. El número de teléfono… anótelo, por favor, el número de teléfono es Strand, 12340. Y no olvide, amigo, que he de ver al señor Benedik en persona. ¡Y a nadie más!

Woolrich estaba pálido. No estaba acostumbrado a esta clase de cosas. Pero hizo lo que pudo para contenerse.

—Pienso que ese tono no le ayudará mucho. Si me permite darle un consejo, no le ayudará nada en absoluto con el señor Benedik.

El capitán James sonrió con una sonrisa que no llegó a sus ojos inyectados en sangre…

Tony llegó a la Rynox a las cuatro y media, aquella tarde. La señorita Pagan se apresuró a hablar con él.

—Esto —le comunicó, dejando una hoja de papel sobre la mesa escritorio— es del señor Woolrich, señor Benedik.

Tony levantó la vista.

—Precisamente iba a hablar con él.

—Temo —observó la señorita Pagan, moviendo la cabeza pesarosamente— que no podrá verle, señor Benedik. El señor Woolrich se ha marchado.

—¿Eh? —se sobresaltó Tony—. ¿Que se ha marchado?

Miró su reloj y se encogió de hombros. Luego, cogió la hoja de papel y leyó:

> «Un individuo llamado James (capitán James) ha estado aquí esta tarde y no ha querido irse hasta conseguir verme. Una persona desagradable. No quiso decirme de qué se trataba. Insistió en verle personalmente a usted. Por lo visto, piensa que puede causarle algún perjuicio a Rynox, y amenaza con hacerlo si usted no lo recibe. Por consiguiente, le aconsejaría que le reciba lo antes posible. Su dirección es el hotel Croft, de Strand, W. C. 1. Teléfono: Strand 12340.
>
> »Siento no poder esperarme, pero esta tarde me marcho al campo. Volveré, si puedo, el lunes. Le he dejado a mi secretario mi número de teléfono por si desea hablar conmigo.
>
> B. WOOLRICH.»

—¿Quién diablo :—exclamó Toni, mirando a la señorita Pagan— es ese capitán James?

—No tengo la menor idea, señor Benedik —repuso la señorita Pagan, volviendo a mover pesarosamente la cabeza—. Puedo decirle, no obstante, que cuando el señor Woolrich asegura que el capitán James es una persona desagradable, dice la verdad. Ese hombre es una persona de aspecto peligroso. Llegó a asustar al joven Harris —la señorita Pagan se estremeció ligeramente—. Y a decir verdad,, también a mí.

—¿Sí, eh? —Tony la contempló fijamente—. Bueno, creo que si el personal de Rynox se asusta con tanta facilidad, alguien de la empresa tiene que demostrar lo contrario. Sí, veré al capitán James. Claro que sí. ¿Tengo alguna hora libre mañana?

La señorita Pagan consultó su agenda.

—A menos que usted disponga otra cosa, señor Benedik, le queda libre de once a once y media.

—De acuerdo —asintió Tony—. Llame a ese número —señaló la

nota de Woolrich—, y comuníquele a ese ogro asusta-niños que le recibiré a las once y cuarto. Y espero —añadió— que intente asustarme a mí. La vida, señorita Pagan, es demasiado plácida y tranquila. ¡Que sean bienvenidos los tipos peligrosos!

—Ciertamente, señor Benedik. . —dijo la señorita Pagan, sin sonreír—. ¿Ha de dictarme algo?

Tony tenía que dictarle algo y lo hizo.

10

3 de octubre: 11,30 mañana a 5,30 tarde

Charles que era bajito, y tenía un torso longitudinalmente dividido por unos botones dorados, abrió la puerta del antedespacho de Tony.

—Está en la sala de espera, señorita Pagan —anunció.

La señorita Pagan volvió su rubia cabeza.

—Gracias, Charles.

Desde su mesa, al otro extremo de la estancia, Harris preguntó:

—¿Quién es?

—El capitán James —repuso la señorita Pagan, alzando los hombros con impaciencia.

—¡Oh, ése...! —exclamó Harris—. ¡Oh, ése!

Su tono al pronunciar esas palabras significaba mucho más que las palabras en sí. Significaban que George Ferdinand Harris, vicecapitán y tesorero del Club Ciclista de Pimlico Road, de buena gana le haría morder el polvo al capitán James, si él, George Ferdinand Harris, tenía la oportunidad de hacerlo.

La señorita Pagan contempló a George Ferdinand Harris con aquella mirada hermosa y altamente impersonal que durante los seis meses de trabajar conjuntamente casi había reducido a George Ferdinand Harris a la idiotez.

—¿Por qué no entras en la sala de espera? —le propuso—. Así podrías enseñarle a tener educación.

Pero Harris estaba muy atareado. Los lóbulos de sus orejas adquirieron un tono purpúreo poco alentador.

La señorita Pagan habló por el teléfono interior de su escritorio, en voz suave.

Al otro extremo del teléfono, Tony gruño:

—Por favor, que pase.

—Muy bien, señor Benedik.

La señorita Pagan apretó un botón y acudió Charles al momento.

—Charles, lleva inmediatamente al capitán James a presencia del señor Benedik.

—Oh, seguro —asintió Charles, que era un entusiasta de las películas del Oeste. Al llegar a la puerta se detuvo—. Bueno, si el señor Harris no quiere verle antes.

La puerta se abrió... y se cerró. Charles había desaparecido.

La señorita Pagan se echó a reír. Harris musitó algo para su capote. Los lóbulos de sus orejas adoptaron un tono más oscuro.

Charles abrió la puerta del despacho de Tony.

—El capitán James, señor.

Tony permanecía de pie frente a la ventana. Avanzó cuando el capitán James entró en la habitación. Le miró con atención. Los ojillos del capitán James chocaron, fríamente, con la dura mirada gris de Benedik.

El capitán James alargó la mano.

—Realmente encantado de conocerle —aseguró.

Tony ignoró la mano.

—Siéntese, por favor —dijo en cambio.

—De acuerdo —el capitán James se sentó.

La habitación quedó en silencio, teniendo como fondo el murmullo ahogado del tráfico de la New Bond Street.

—¿Y bien...? —inquirió Tony al fin.

—¡Bien, bien! —exclamó el capitán James—. Sí, hay tres agujeros en el suelo... Mire, señor Benedik, ¿debo entender que ese socio suyo... eh... cómo se llama... sí, Woolsack? Un tipo alto, aproximadamente como usted, cabello rubio, etcétera... ¿Debo entender que ya le ha visto desde que yo hablé con él?

El capitán James cruzó una de sus cortas y gruesas piernas sobre la otra. El capitán James mascó reflexivamente el misterioso material que siempre llevaba en la mejilla izquierda. El capitán James, con su ojo izquierdo, que parecía más pequeño y más semejante a los de los cerdos, miró apreciativamente el suelo.

—No tenemos, lo siento —observó Tony.

—¿Eh? —se sobresaltó el capitán James—. No tienen, ¿qué?

—Escupideras —le aclaró Tony—. Sin embargo, si acerca más su sillón a la ventana…

El capitán James sonrió, enseñando sus dos hileras de dientes irregulares y de color tabaco. Sus ojillos lanzaron varios destellos en dirección a Tony.

—Un poco fresco, ¿verdad?

—Siempre —expresó Tony alegremente—. Tan fresco como una margarita.

—¿Qué es esto? —se irritó el capitán James— ¿Una charla en clave?

Tony se encogió de hombros. Fue hacia la ventana, después regresó al escritorio y se sentó de cara a su visitante. Los claros ojos grises parecieron penetrar en los otros, inyectados en sangre; de un azul desvaído. Ni unos ni otros parpadearon.

—¿Y ahora qué es esto? —preguntó el capitán James—. ¿Hipnotismo?

—Según mi socio —comenzó Tony—, usted ha de comunicarme algo de suma importancia. Algo que, según sospecho, tiene un precio.

—El señor Woolsack —respondió el capitán James— ha captado bien mi idea. Eche una ojeada a esto.

Con estas palabras, el capitán James metió en un bolsillo una de sus velludas manos y extrajo un sobre manchado y arrugado. Lo arrojó sobre el escritorio.

Tony contempló aquel sobre manchado colocado encima de su inmaculado secante. Del sobre sacó varias hojas de papel, dobladas de forma irregular, de color grisáceo. Con ellas en la mano volvió a mirar al capitán James.

Este estaba sonriendo ampliamente.

—¿Desea que lea esto? —se extrañó Tony.

—Los tipos como usted —asintió el capitán James— poseen una buena sesera.

Tony giró su sillón de forma que la luz que entraba por la ventana recayera cómodamente sobre su hombro. Desdobló las hojas de papel…

Durante cinco minutos reinó en el despacho un profundo

silencio. Luego, diez, quince minutos... Al final, Tony soltó las cuartillas, ya perfectamente dobladas, boca abajo en la mesa. Y otra vez miró al capitán James.

—¿Y bien? —repitió.

Estaba muy pálido, con unas arrugas en su rostro inexistentes antes.

Ante aquella mirada el capitán James perdió la sonrisa y, con cierta inquietud, descruzó las piernas.

—¿Espera que tome todo esto en serio? —le apostrofó Tony.

—No lo espero —replicó el capitán James—. ¡Sé que lo hará porque ha de hacerlo! ¡Y así están las cosas, mi joven gallito de pelea!

Tony no se movió. Continuó contemplando fijamente al capitán James. El capitán James hizo retroceder unos centímetros su sillón. Los ojillos del capitán James parecían más pequeños y peligrosos que nunca.

Tony alargó una mano y golpeó las cuartillas dobladas, sin apartar la mirada de su interlocutor.

—Sé que usted es una muía, pero no creo que sea tonto. Creo correcto suponer, por tanto, que usted posee el original de este escrito.

—Como dije antes —sonrió ampliamente el capitán James—, los tipos como usted poseen una sesera que vale su peso en oro.

Tony sentía cosquillas en las manos, mas no sólo se parecía a su difunto padre, sino que tenía su inteligencia quizá más aumentada.

—Y supongo que desea venderme ese original.

—Bueno, ahora demuestra no poseer tan buena sesera —rio el capitán James—. ¿Por qué diablos tengo que venderle el original? Lo que yo haga con el original es asunto mío. El original —prosiguió el capitán James— está, si quiere saberlo, señor Benedik, descansando en las cajas de seguridad del National & Shire Bank, sucursal de la Felton Street, W. ¡Y allí se quedará! Si he venido a verle... —la cara del capitán James, al pronunciar estas palabras, parecía más una de esas cariátides que adornan las cornisas de las catedrales góticas, que una cara humana—, si he venido a verle a usted ha sido para pedirle un pequeño préstamo. Naturalmente, nada que tenga que ver con esos papeles. Ah, no, solamente un pequeño préstamo de un amigo a otro. Bueno, podría darme —

añadió el capitán James—, y lo que me dará, son un par de cientos de libras… para empezar.

—Usted quiere —dijo Tony lentamente, como si cada palabra le costara un enorme esfuerzo— un par de cientos de libras, ¿eh? ¿Sólo para empezar?

De repente, estuvo de pie. El sillón giratorio, arrojado hacia atrás, vaciló un instante. Iba a caer… pero logró equilibrarse.

El capitán James hizo retroceder su sillón otro par de centímetros.

—Bien —gruñó el capitán James—, bien, bien… Si lo que quiere es pelea, la tendrá. Aunque yo no lo haría, jovencito. ¡Oh, no! Supongamos que antes de enviarle a usted al hospital, yo sufriese algunas heridas… Bien, piense en las facturas del médico… Las doscientas libras se convertirían en quinientas, y le aseguro, amigo, que no me gusta empezar de esta manera nuestras relaciones.

—¿Le ha dicho alguien, públicamente, la clase de cerdo que es usted? —gritó airadamente Tony.

—¡Eh, corte el rollo!

Tony echó atrás un brazo, buscó el sillón, lo encontró, lo atrajo hacia sí y se sentó. Abrió el cajón de la parte derecha del escritorio.

El capitán James se puso de pie como galvanizado. El capitán James ya había visto abrir otros cajones. La mano del capitán James voló a su sobaco izquierdo.

—¡Eh, eh! —gritó alarmado.

—Esto no es Chicago —le tranquilizó Tony.

Cerró el cajón y puso sobre la mesa un talonario de cheques. Lo abrió y cogió una pluma. Empezó a escribir.

—Ah, mil disculpas —sonrió el capitán James, volviendo a sentarse

—Estoy escribiendo —explicó Tony— un cheque pagadero a Iñigo James…

—Los amigos me llaman Glassy —le interrumpió el capitán James—, a causa de mi costumbre de no descorchar nunca una botella, sino de romper de un golpe el gollete con los dientes.

El capitán James estaba de buen humor.

—Estoy escribiendo —prosiguió impertérrito Tony— un cheque pagadero a Iñigo James… por la suma de… cien libras.

—¿De veras? —se sorprendió el capitán James—. ¿De veras?

Dije dos.

Tony dejó de escribir y levantó la cabeza.

—Sí, lo dijo —reconoció—, pero estoy escribiendo un cheque por cien libras, y voy a preguntarle a usted, capitán James… A propósito, ¿capitán de qué? Voy a preguntarle a usted si será tan amable de venir a visitarme mañana por la tarde, a las cuatro, en cuyo momento indudablemente tomaremos juntos una taza de té… y discutiremos la posibilidad de un arreglo permanente.

El capitán James meditó la proposición.

—Nadie puede decir que el capitán Glassy James sea un tipo difícil. Toda mi vida, hijito, he tenido la debilidad de poseer un corazón blando. Acepto su propuesta, como formulada de un caballero a otro.

—Lo cual es muy difícil —observó Tony, con ironía.

Secó la tinta del cheque, lo arrancó con un sonido crujiente y lo arrojó a través de la mesa. Cayó, no sobre el borde del mueble, sino al suelo, a los pies del capitán James.

—No soy orgulloso —afirmó el capitán James—, al menos, no tanto como para no agacharme a recoger un cheque de cien libras. Pero si no le importa apartar la mano de ese cajón mientras me agacho, le quedaré muy agradecido.

El capitán James se agachó. Recogió el cheque, pero durante toda la operación, mantuvo la mano derecha dentro de su chaqueta, muy cerca del sobaco izquierdo.

—¡Esto —aprobó, después de examinar el cheque y meterlo en una cartera de pecho bastante ajada— está muy bien! —se incorporó—. Oh, sí, vendré mañana a las cuatro para tomar con usted una taza de té.

—Venga, venga —le urgió Tony.

Su tono había cambiado. Ahora era muy amable. Incluso sonrió: sonrió mediante un esfuerzo que le costó, según le explicó más tarde a Peter, una tortícolis de tres días. Hasta, igual que el capitán James, extendió la mano. Claro que su mano estrechó la otra con la blandura de un bacalao muerto. El capitán James apretó aquella mano con la suya velluda, provista de cinco enormes dedos.

—¡Hum…! —se quejó Tony, representando bien su papel.

El capitán James se echó a reír de buena gana.

—Estoy tan débil estos días —explicó—, que ya no puedo

ejecutar el truco de partir una leona desde la cola a la boca cogiéndole la mandíbula superior con la mano derecha y la inferior con la izquierda. ¡Ahora, sólo lo hago con los cachorros de león!

—¡Una verdadera lástima! —expresó Tony.

Con la mano izquierda se frotó la derecha... una representación admirable. Luego, presionó un timbre de su escritorio y entró Charles.

—Charles —le ordenó Tony—, acompaña al capitán James al ascensor, y notifícale a la señorita Pagan que el capitán vendrá a verme mañana a las cuatro. Que debe ser admitido inmediatamente.

El capitán James palmeó la espalda de Charles.

—¡Huy! —se quejó Charles—. Lo siento, señor. Gracias, señor.

Miró a Tony al hablar.

—No te preocupes, Charles —sonrió el joven—. El capitán James ignora su propia fuerza.

—Bien, abur —se despidió el capitán James con otra de sus empalagosas sonrisas—. ¡Hasta la vista, camarada!

El sargento Bellows trabajaba como portero de día (y la mitad de la noche), en el hotel Croft desde el infortunado día en que, debido al nimio incidente ocurrido con el dinero suelto de la caja de Halliwells, fue despedido del Cuerpo de Comisarios.

El sargento Bellows parecía un sargento que seguramente lo había sido, tal como afirmaba a cada instante. Lucía un uniforme sucio y arrugado, que jamás lograba que pareciese hecho a su medida. Era delgado, tenía los hombros caídos, y estaba desesperanzado, tal vez a causa de su bigote color pajizo y sus ojos de ginebra adulterada.

El sargento Bellows, en todo aquel año, había sonreído una sola vez, y únicamente había echado a correr tres.

Pero aquella mañana, el sargento Bellows hizo ambas cosas.

A las dos y media en punto, según el reloj del sargento, se detuvo un taxi delante del hotel Croft, y del mismo surgió, en dirección a la polvorienta, aunque adornada con palmeras, «entrada al hotel», que medía dos metros y medio por tres, la causa de la sonrisa y la actividad del sargento.

El sargento Bellows reconocía a una dama cuando la veía.

Asimismo, a pesar de un aspecto general de ser un amante de la botella, reconocía la belleza donde la veía. Y esa damita, la joven damita que había llegado en taxi y que ahora estaba en la entrada del hotel hablando con él sargento Bellows era una joven damita que poseía la hermosura y la gentileza en mayor medida de lo que el sargento recordaba en años y años.

La joven le sonrió. La joven dijo, tras echar una ojeada al vestíbulo, ojeada que le demostró que no había nadie más a la vista, que deseaba ver a su hermano, de apellido Mornington.

El sargento Bellows levantó la mano derecha para rascarse el cogote, pero la bajó antes de llegar a aquella meta.

—¿Mornington, señorita? ¿Mornington? ¿Mornington?

—Sí, el apellido es Mornington.

—Oh, Mornington —repitió el sargento Bellows—. Bien, señorita, no recuerdo...

—¡Oh, no! —gimió la linda damita—. ¡Por favor, no me diga que mi hermano no está aquí!

—Oh, no, señorita —replicó el sargento con fervor—. De ningún modo, señorita. No se lo diría si no fuese verdad. Tal vez será mejor que consulte el registro. Naturalmente, no recuerdo el nombre de todos los que se alojan aquí. Aves de paso, ya sabe, aves de paso. Hoy están y mañana ya se han ido.

—Si fuese tan amable —le rogó la joven señorita, sonriéndole al sargento Bellows—. Le quedaría terriblemente agradecida.

—Ciertamente, señorita, ciertamente —asintió el sargento—. Todo para servirla.

Fue entonces cuando echó a correr. Corrió desde la entrada del hotel hasta el despachito de la señorita Figwell. Salió casi inmediatamente. Ya no corría. Iba andando, con las rodillas dobladas bajo el peso de un voluminoso libraco encuadernado en piel.

—Aquí está, señorita, aquí está. Ahora podrá saber si su hermano para aquí.

Toda señal de vivacidad y alegría de vivir que pudiera adivinarse en el semblante de la señorita Mornington quedó borrada al instante. El labio inferior empezó a temblar. Los ojos quedaron arrasados en lágrimas. El sargento Bellows apenas pudo resistir tan triste espectáculo. Acarició la espalda de la señorita Mornington

tiernamente, mas sólo una fracción de segundo, retirándola al punto.

—Oiga, señorita —murmuró—, no se lo tome tan a pecho...

—Creo... —tartamudeó ella—, creo que... que voy a sentarme. Oh, qué desaliento... Si pudiera sentarme en alguna parte... No, no, aquí no. Podría verme alguien...

—Claro, señorita, claro —asintió el sargento Bellows, muy angustiado—. Claro, señorita, claro. Claro, claro, claro... Por aquí, señorita.

El sargento Bellows volvió a correr. Ahora, desde la entrada hasta la puerta marcada como Salón de Lectura y Escritura. Mantuvo la puerta abierta.

Con un pañuelo apretado sobre la boca, un lindo pañuelo que valiente ocultaba su agitación, la señorita Mornington pasó del vestíbulo a la Sala de Lectura y Escritura.

Era una habitación de unos tres metros por dos de ancho. Parecía como si nunca hubiese nadie leído nada en ella, y en caso contrario, la persona se había llevado el libro consigo. Que alguien, en cambio, había podido escribir allí quedaba demostrado por el hecho de que encima de un buró, polvoriento y en muy mal estado, había un secante, un tintero y un casillero con papel de cartas y sobres.

El sargento Bellows arrastró un sillón casi desvencijado, y la señorita Mornington se hundió en él con un suspiro de alivio. Luego, cerró los ojos. El pañuelo seguía apretado contra sus labios.

—¿Desea algo, señorita? —preguntóle el sargento, temblándole el bigote a causa de su ferviente compasión.

—Si pudiese —pidió débilmente la señorita Mornington por detrás del pañuelo— traerme un vaso de agua...

—¿Agua, señorita? —repitió el sargento con incredulidad. Después, rectificó y añadió—: Ciertamente, señorita. No se mueva y le traeré un vaso de agua. Ciertamente, señorita.

El sargento Bellows salió de la estancia. Cuando volvió, con un vaso sucio en sus manos, la señorita Mornington estaba sentada en un brazo del sillón. Parecía mucho más animada.

—Estoy mucho mejor —manifestó—. ¡No sé por qué he sido tan tonta! —cogió el vaso de agua de las manos del sargento Bellows—. Gracias, muchas gracias. Es usted muy amable —tomó un sorbo de

agua y, levantándose, dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea—. No sé por qué me he portado tan tontamente. Claro que... bueno, mi hermano es lo único que tengo en el mundo y hace cuatro o cinco años que no le veo... y... y... —estuvo a punto de volver a sollozar, mas consiguió dominarse valientemente—. Temo que... temo que se haya metido en algún lío... Quisiera que usted me hiciese un favor... ¿puedo pedírselo?

—¡Oh, claro, señorita! —gritó el sargento Bellows con tremendo énfasis—. ¡Diga, señorita!

La señorita Mornington se lo dijo. La señorita Mornington tartamudeó al principio, pero, animándose a medida que hablaba, le pidió al sargento Bellows que si llegaba su hermano, aunque fuese bajo un nombre falso, se lo comunicase. La señorita Mornington dio el número de su teléfono, que pareció recordar con alguna dificultad, así como la descripción del hermano.

—Es alto —dijo—, muy alto, más bien delgado, muy ancho de espaldas, viste muy bien. Sería muy bien parecido —añadió la pqbre señorita Mornington— a no ser por su desdichado accidente. ¡No puede dejar de reconocerle! Tiene una nariz muy ganchuda, y un lado de la boca queda más alto que el otro.

—Oh, señorita —se apresuró a responder el sargento Bellows—, tan pronto como aparezca su hermano, la llamaré.

—Gracias, es usted muy amable.

La señorita Mornington se puso de pie y después de rebuscar en su bolso, sacó unas monedas.

—Me pregunto —dijo con una sonrisa tan seductora que nadie habría podido rechazar— si podrá usted beber a mi salud.

—Oh, sí, señorita —exclamó el sargento Bellows, aceptando el dinero—. Y le doy mi palabra de que si viene su hermano, sabré reconocerle.

La señorita Mornington volvió a sonreír.

—Bien, adiós y gracias, muchas gracias.

Por última vez aquella tarde, el sargento Bellows echó a correr. Corrió, no desde el vestíbulo a la sala de Lectura y Escritura, sino al revés, y después hasta la calle, para volver poco más tarde triunfante, de pie sobre el guardabarros de un taxi.

—No sé —le confió el señor Butters al jefe de sus mandaderos, Richards— qué le sucede a esta sucursal. Ah, sí, recuerdo aquella época, muchacho, en que aquí había dieciséis chicos y hubiese podido tener veinte más. ¡Oh, el trabajo era enorme!

Richards, un joven que deseaba ascender, sonrió con simpatía.

—¡Usted trabaja tanto, señor! —manifestó.

—Bueno —afirmó el señor Butters, muy complacido—, no me gusta la ociosidad. Ningún día es duro para mí. Me gusta acostarme en la seguridad de que he hecho algo. Una noche de descanso bien ganada. Siempre he sido igual.

El teléfono situado al otro extremo del mostrador sonó con estridencia. El señor Butters se apresuró a cogerlo. Se llevó el aparato al oído hábilmente.

—¿Sí...? —preguntó.

—¿Es ahí —preguntaron por teléfono— la Oficina de Mensajeros de Distrito?

Era una voz masculina, profunda y grata.

—Sí —replicó el señor Butters—. Mensajeros de Distrito al habla.

—Deseo saber si puedo tener un mensajero a mi disposición por el resto del día. Todavía no tengo ningún recado específico para él, pero quiero que un chico venga ahora mismo a mi casa —la voz dio unas señas que el señor Butters escribió en la hoja amarilla de un bloc, con su hermosa caligrafía—, de modo que pueda tenerlo a mano cuando tenga que enviar el mensaje. Me espera una tarde muy ocupada. Claro que no sé si ustedes están dispuestos a...

—¡Naturalmente, señor, naturalmente! —afirmó el señor Butters —. Bueno, en este instante tenemos mucho trabajo, pero procuramos siempre servir a los clientes. Sí, tengo ahora un chico, inteligente y de confianza... ¿Puede aguardar digamos... un cuarto de hora?

—Admirable —asintió la voz.

—El chico, señor —agregó el señor Butters—, cuando termine el servicio, le dirá cuál es la tarifa. ¿De acuerdo, señor?... Gracias, señor... El chico llegará dentro de quince minutos.

El señor Butters dejó delicadamente el receptor en el soporte y se volvió hacia Richards.

—¡Richards! —gritó.

—Señor...

—Tienes que ir a esta dirección ahora mismo —arrancó la hoja amarilla del bloc—. Te pondrás a la disposición de este caballero. Te necesita para que hagas unos recados esta tarde. Ah, se trata de un servicio muy... muy estupendo, Richards, un trabajo que puede enseñarte mucho. Nunca habías tenido una oportunidad como ésta. Hoy día no caen muchas brevas.

Richards sacudió su redondeada cabeza, que más parecía una excrecencia, y se encasquetó la gorra de mensajero.

—Sí, señor.

—Bueno, supongo que pasarás una tarde entretenida —observó el señor Butters, en tono benénovolo—. Ahora vete, y si después de las seis no has vuelto, preséntate mañana por la mañana, como de costumbre. Si terminas antes de las seis, vuelve. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Richards, contento.

—De acuerdo. Lárgate.

El señor Butters parecía un mariscal Ney mandando a cuatro regimientos de coraceros contra el flanco derecho enemigo.

—¿Qué hago, señor? —quiso saber Richards—. ¿Voy en autobús o a pie?

—A pie, a pie —contestó el señor Butters—, a pie, siempre a pie. Le dije a ese caballero que tardarías un cuarto de hora, y si utilizas tus piernas, llegarás cinco minutos antes. Vamos, vete ya.

Richards fue a pie. A pie y silbando. Era una tarde soleada, y el día anterior había cumplido los quince años. Mientras silbaba aquella melodía, meditaba acerca de lo que podía reservarle la tarde. De haberlo sabido, seguro que se hubiese equivocado. Podían ocurrirle muchas cosas, mas ciertamente no hubiese creído que pasaría el resto del día, ataviado solamente con la ropa interior, leyendo, cómodamente instalado, un libro maravilloso, titulado La isla de Coral, y zampándose, durante al menos una hora de aquella tarde, el servicio de té más espléndido que podía desear.

El capitán James dejó encima del mostrador un billete crujiente, de cinco libras. Lo dejó justamente sobre un charquito de cerveza.

—¡Qué porquería! —exclamó Gwen, cogiendo el billete.

El capitán James le sonrió. Una sonrisa a la que Gwen respondió

con una sacudida de su cabeza, en forma de reto, lo que demostraba que ella, al menos, no apreciaba la calidad de aquella sonrisa.

—No importa la suciedad —replicó el capitán James—. Sirve la última ronda y dame el cambio, cariño. ¿Quieres una copita de oporto, dulzura?

Ahora, Gwen le sonrió al capitán James. Todos, Gwen, el señor Tichfield, el elegante señor Fawcett y otros tres parroquianos del bar del hotel Croft, habían sonreído al capitán James, sonreído sin parar, desde las tres y media de la tarde.

—Bueno, si tú lo dices... —murmuró Gwen—. De balde, bebe cualquiera... ¡Saluti!

Sin esperar la respuesta, se marchó trastabillando, con su corpachón bajo y grueso, hacia las puertas de vaivén que conducían a la sala de billares.

Ahora estaba ya en la sala de billares, jugando un centenar con señor Tichfield. El señor Fawcet actuaba como tanteador, moviendo delicadamente los indicadores con el extremo de su taco. Dos clientes contemplaban el juego. Uno de ellos, o ambos, aplaudían todas las tacadas del capitán James, haciendo ruiditos por entre sus carcomidos dientes. A veces, uno de ellos dejaba oír un extraño carraspeo. Albert, el camarero, entraba y salía de la sala de billares con una bandeja tras otra de vasos llenos hasta el borde. De vez en cuando, el capitán James le daba unas monedas.

El capitán James ganaba con un tanteo de cuarenta y seis.

—¡Es usted demasiado fuerte para mí! —confesó el señor Tichfield—. Por suerte, no he apostado nada.

—Yo —observó el capitán James— no he apostado nada porque sabía que era mejor que usted, y sabía que no podría pagarme. ¿Quiere un trago? ¡Mozo!

Albert llegó al instante, pero sin bandeja.

—Perdone, capitán —dijo—, pero ha llegado un mensajero. Trae un paquete para usted, capitán. Dice que ha de firmar.

—Está bien, mi querido Albert —repuso el capitán James—, firma por mí y tráeme el paquete.

—Por favor, señor —replicó Albert—, el chico dice que ha de firmar usted.

—¡Vaya tontería! —se incomodó el capitán James—. Haz que venga ese chiquillo. ¡Firmaré!

—Sí, señor.

Albert regresó con un mensajero de Distrito, que llevaba bajo el brazo una gran caja cuadrada, envuelta en papel manila.

—Este señor —le dijo Albert— es el capitán James.

El capitán James miró al mensajero, muy elegante con su uniforme y la bonita gorra.

—¿Usted es el capitán James, señor? —preguntó.

Su voz era profunda, su pronunciación casi penosamente precisa.

—Bueno —sonrió el capitán James—, otra vez te enseñaré mi certificado de nacimiento, hijo.

El chico dejó el paquete al borde de la mesa de billar. Iba dirigido en grandes caracteres al

Capitán Iñigo James
Hotel Croft
Milady Street
Strand

El chico extrajo de su bolsa un libro de recibos. Lo abrió y lo presentó, junto con un lápiz, al capitán James.

—Señor, firme aquí al pie.

El capitán James cogió el lápiz y firmó en el sitio indicado.

—¿Quién demonios me envía un paquete? —exclamó, volviéndose hacia el señor Tichfield—. Eh, usted tiene una navaja. Ábralo, ¿quiere?... Toma, chico.

El mensajero, acompañado por Albert, salió de allí un chelín más rico.

El capitán James, aquella noche, se hallaba de humor generoso.

—Es una caja —aseguró el señor Tichfield, quitando el papel de envolver—, una caja de cigarros.

El capitán James se inclinó para verlo.

—¿Algún mensaje? —preguntó.

El señor Tichfield miró por todas partes, sin encontrar nada.

—Ninguno, a lo que veo.

El capitán James inspeccionó la caja cuadrada.

—¡Una cosa maravillosamente misteriosa! —ponderó el señor Fawcett.

—Floriala Regias —leyó el capitán James—. Es posible que puedan fumarse… y es posible que no —se volvió hacia el señor Fawcett—. Eh, examine uno de estos cigarros y diga su parecer.

Avanzó hacia el aludido con un cigarro en la mano.

El señor Fawcett retrocedió nerviosamente.

—Oh, de veras…, ¡no puedo…! Solamente fumo cigarrillos.

—Pues ahora se fumará este Floribuala… o como se llame! ¡Oh, sí, amigo, sí! ¡Eh, cójanle aquí!

Acto seguido, reinó una gran diversión respecto al señor Fawcett y el cigarro.

11

4 de octubre: 9,30 mañana a 9,15 tarde

El gerente no estaba. Víctima de la última y más moderna forma de gripe, por lo que la gerencia del Banco se hallaba en manos de su ayudante, el señor Bernard Ponsonby.

El señor Ponsonby era joven, iba impecablemente vestido y se envanecía de su atractivo personal. También era, a pesar de su determinación de parecer indiferente, altamente impresionable, respecto a esa parte de la Humanidad que él llamaba, según su humor o compañía, bien «El bello sexo», o más simplemente, «las chicas, qué buenas están».

El señor Ponsonby era asimismo un snob entre snobs, y la impresionabilidad ya mencionada aumentaba en relación directa con la aparente prosperidad, nacimiento y atavíos de la causa de sus impresiones. Por consiguiente, él efecto inmediato que le produjo la señorita Patricia Maltravers fue, sin exagerar, seísmico, cataclísmico.

Excepto por sus ropas, que incluían una chaqueta de martas y otras muestras de riqueza que, pese a su eminente buen gusto, habrían quedado totalmente desentonadas en el decorado y los alrededores del hotel Croft, la señorita Maltravers tenía un sorprendente parecido con la señorita Mornington; y desde el momento en que penetró en el despacho de la gerencia, procedió (si bien con una técnica muy distinta) a esclavizar al señor Ponsonby como había esclavizado al sargento Bellows.

En primer lugar, se dirigió al señor Ponsonby, durante toda su visita, con un tono y unos modales que aseguraban aceptarle como miembro del *haut monde* al que obviamente ella pertenecía. En

segundo lugar, le dio a entender al señor Ponsonby, durante todo el tiempo que duró la entrevista, pese a su brevedad, que se había dado cuenta de su encanto y de su virilidad.

El señor Ponsonby, naturalmente, sintióse desde el principio en un estado de euforia. Flotaba. Tan hechizado se hallaba, por lo que en realidad la señorita Maltravers no decía, que encontró difícil, cuando no aburrido, prestar más que un mínimo de atención al sencillo asunto que ella había ido a tratar.

—No es en realidad un asunto —aclaró la señorita Maltravers, con una de aquellas sonrisas que convertían en agua las rodillas del señor Ponsonby—. Es solamente un recado. Para esa oveja negra que es mi tío. ¿No adora usted a las ovejas negras de las familias, señor Ponsonby, esas ovejas negras tan granujas, tan románticas? Ah, yo sí. Seguro que hay alguna en su familia… En la nuestra siempre ha habido una —añadió, ante la maravillosa admiración del señor Ponsonby.

El recado para aquel ejemplar ovejuno de color negro era muy simple. Habiendo recibido una carta que la señorita Maltravers extrajo de las profundidades de su delicado bolso, el señor Ponsonby la leyó e inmediatamente se dispuso a ejecutar lo solicitado.

Tomándose el mayor tiempo posible para llevar a término la tarea, el señor Ponsonby (cuyos parientes pertenecían todos a la clase ovejera, aunque sin teñir de negro) alargó cuanto pudo la conversación, mas no pudo impedir que a no tardar mucho tuviese que acompañar a la señorita Maltravers fuera del despacho, a través del vestíbulo del Banco, en dirección a las puertas exteriores de metal y cristal.

Permaneció un momento intemporal contemplando a la maravillosa visión que se alejaba, preguntándose de qué manera conseguiría volver a verla…

Al sonido de la puerta al abrirse, la señorita Pagan levantó la mirada. Vio, junto al marco de madera, a cosa de unos quince centímetros más arriba del tirador, la animada cara de Charles.

—El señor Benedik —le dijo Charles a la señorita Pagan— quiere que le diga que hoy no tomará té. Cuando llegue el capitán

James, quiere que entre a verle inmediatamente... ¡No, no se asuste, señor Harris, que no le pedirá que trate usted con él!

Charles, después de esta broma, cerró la puerta rápidamente. Nunca se sabe qué cosas puede arrojar la gente.

Harris, con las orejas coloradas como banderas ondeando al viento, se inclinó más sobre su trabajo, murmurando palabras inconexas. La señorita Pagan sonrió.

—No sé —comentó ella— qué le pasa hoy a ese chico. Parece más seguro de su importancia que de costumbre.

—¡Un crío! —se indignó Harris—. Si me dejara llevar de mi genio...

—Su genio, señor Harris —le atajó la señorita Pagan— es siempre muy diferente de lo que pregona.

Harris volvió a murmurar.

—Confieso —continuó la señorita Pagan, que aquella mañana estaba de un humor muy charlatán— que me extraña mucho que el señor Benedik acceda a ver de nuevo a ese individuo.

Harris siguió murmurando.

—¡Sí, es muy extraño! —reafirmó la secretaria—. Y ojalá no venga.

Harris no cesó en sus murmullos.

La señorita Pagan vio realizadas sus esperanzas. El capitán James, al menos, no pasó por el despacho exterior. El capitán James fue recibido ya en la puerta principal por el bribón de Charles.

—¡Buenas tardes, señor! —le saludó Charles.

—Buenas tardes, amigo —correspondió el capitán James, de forma muy expansiva.

Sonrió al mundo entero, enseñando sus desagradables dientes. Sus ojos estaban más inyectados de rojo que el día anterior. El miasma actual era un miasma agresivo.

—Quiero ver al señor Benedik —dijo.

—Sí, señor. El señor Benedik me ordenó hacerle pasar a usted inmediatamente a su despacho. Por aquí, señor.

Charles, una figura menuda y enteca, avanzó por el alfombrado pasillo, llevando a remolque al capitán James, semejante a un petrolero en pos del remolcador.

Charles hizo alto; detrás, hizo lo mismo el capitán James. Charles tabaleó sobre una puerta.

—¡Adelante! —se oyó la voz de Tony.

Charles abrió la puerta.

—El capitán James, señor —dijo, haciéndose a un lado.

El capitán James, precedido siempre por el miasma, penetró en el despacho, dirigiéndose hacia el ocupante de la estancia con su garra extendida...

—Está bien —masculló un momento después el capitán James—. Si desea mostrarse altanero y exclusivo, sea altanero y exclusivo. A mí, hijo, me importa un rábano.

El capitán James sonreía aún. Sin ser invitado, se dejó caer en el gran sillón de cuero que, según le pareció a Tony al mirarle, no había abandonado desde la entrevista del día anterior por la mañana.

El capitán James cruzó las piernas y reclinó la cabeza contra el respaldo del sillón. Miró a Tony.

Tony, de pie en el centro de la habitación, con las manos cruzadas a la espalda, le devolvió la mirada...

El silencio, combinado con la actitud de Tony y su mirada fría y gris, hubiese podido alterar los nervios de noventa y cinco hombres de cada cien. Pero el capitán James era el noventa y seis. Se echó a reír. No tan fuerte ni tan ronco como el día anterior, pero sí menos agradable.

—Bien, bien... —murmuró después...—. ¿Ha llegado a alguna decisión, amigo?

Tony fue hacia el escritorio, atrajo su sillón hacia sí y se sentó. Puso los codos sobre la mesa y continuó contemplando al capitán James.

—Oh, sí —asintió al fin—. En realidad, temí que este asunto resultase grave y difícil para mí y mi empresa...

—¿Temió? —gruñó el capitán James—. Debería decir temo.

—Uso el tiempo verbal adecuado —le rectificó Tony—, porque describe perfectamente la paz de mi mente respecto a todo este asunto.

La sonrisa del capitán James desapareció de su rostro. Sus labios se apretaron tanto que desaparecieron también. Descruzó las piernas y se sentó rígidamente, inclinado hacia delante. Estrechó los ojillos hasta convertirlos en dos puntos bajo sus espesas cejas.

—¡Al diablo con su paz mental! —gritó.

Con un movimiento claramente inconsciente, levantó la mano izquierda y acarició con los dedos algo que abultaba debajo de su chaqueta, junto al sobaco.

—¡Al diablo, digo yo también! —exclamó Tony con vivacidad.

Apartó los codos de la mesa. Se retrepó en su sillón. Le sonrió al capitán James. De haber entrado en aquel instante Rickworth o Woolrich, y le hubiesen visto con aquella postura, habrían creído por un segundo que estaban viendo un fantasma. Aunque siempre grande la semejanza entre Tony y F. X., en aquel momento lo era más todavía.

—Supongamos —pidió Tony— que antes de proseguir, me cuenta usted cómo entró en posesión de esa carta.

El capitán James meditó, entrecerrando sus casi invisibles ojillos, inyectados en sangre.

—Bueno, no veo ningún mal en ello —determinó—. La carta me la dio un camarada que usaba el nombre de Carruthers, y había estado en el Ministerio del Exterior; bueno, solían llamarle «Pinkey» Carruthers, porque bebía más Pink Gins en un minuto que cualquier otro, y esto, hijito —añadió el capitán James, que había recobrado su buen humor—, es beber.

—¿Por qué —quiso saber Tony sin reír— le entregó Carruthers esa carta?

—Porque —respondió el capitán James con una sonrisa diabólica— Pinkey Carruthers estaba pagando sus cuentas. Fiebre, más cuchillo, más, digo siempre, bambú cortado en tu curry. Me tropecé con Pinkey cuando estaba ya en las últimas, y como vivía tan lejos de toda civilización como para volverse tarumba, pues lo encontré cuando estaba casi en las últimas. No tenía nadie en quien confiar, lo que no me extraña, y me entregó esto para que a mi vez lo entregaba a quien estaba dirigido. En realidad —aquí el capitán James soltó una de sus risotadas—, no se fiaba de mí, pero como no tenía a mano a otra persona... Me refiero a otra persona que pudiera hacer por él este trabajo.

—¿Trabajo? —repitió Tony.

—Su cabeza —observó el capitán James— no parece estar muy clara hoy; al menos, no tanto como ayer. El trabajo de entregarle a usted la carta. O, en caso de haber muerto usted, a uno de los socios de la Rynox.

—¿Y cómo —insistió Tony— llegó dicha carta a manos de Carruthers?

—Si usted ha leído la carta, y sé que lo ha hecho porque estuve sentado aquí mientras lo hacía, ya lo sabe. Pinkey Carruthers la recibió por correo, con una nota dentro diciendo que Pinkey debía enviarla por correo seis meses más tarde de recibirla. Cuando me tropecé con Pinkey y él me la entregó, habían transcurrido unos cinco meses del plazo señalado... Por tanto, comprendiendo que el asunto era bastante insólito, hice lo que un noventa y nueve por ciento de hombres, de cada mil, habrían hecho en mi lugar: abrí el sobre. Y cuando hube leído la carta, me dije: «Ah, ah...» —el capitán James volvió a reír a carcajadas.

Antes de continuar, dejó que su alborozo cesara.

—Y, como se dice corrientemente, aquí estamos, amigo. Yo tengo el artículo. Usted ha de pagar. Todo simple y alegre. Todo perfecto. Usted no se pelea conmigo, yo no me peleo con usted.

Una vez más, el capitán James se retrepó en su sillón y colocó una pierna sobre otra.

—Usted tiene el artículo... —sonrió Tony con un tono de voz algo extraño—. ¿Está seguro de esto, capitán?

—Vamos, no me haga reír otra vez. Por ahora, amigo, ya debería conocerme lo bastante para saber que cuando digo que tengo el artículo es porque tengo el artículo.

—De acuerdo —le aplacó Tony—. Bien, le diré qué me propongo hacer...

El capitán James, husmeando al fin el negocio, descruzó las piernas y se inclinó una vez más hacia delante, cada una de sus rodillas sosteniendo una de sus manazas.

—Me propongo darle un cheque —prosiguió Tony—, a cambio del servicio prestado, por la suma de ciento cincuenta libras, que, con las cien que le di ayer, hacen doscientas cincuenta libras. Creo que es buen pago por traer una carta, especialmente después de copiarla e intentar extorsionarme con la copia.

El visitante dejó oír un sonido extraordinario, mitad gruñido, mitad ladrido.

—¿Debo entender —exclamó— que piensa, maldito frescales, imberbe jovenzuelo, mandarme a paseo con sólo doscientas cincuenta libras? ¡Oh, no, no, por favor, no me haga reír!

Tony no dijo nada. Se limitó a meter una mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Inmediatamente, la mano derecha del capitán James desapareció debajo de su americana, hacia el sobaco izquierdo.

Tony, sonriendo, sacó del bolsillo un sobre doblado. Lo dejó encima de la mesa, de manera que la escritura fuese visible para el capitán James, más inclinado hacia delante que nunca. El sobre iba dirigido al capitán Iñigo James.

—Aquí dentro se hallan —explicó Tony— las ciento cincuenta libras que he mencionado; naturalmente, en un cheque nominal. ¿Piensa aceptarlas, James?

—¿Aceptar qué? —el capitán James alargó la mano, cogió el sobre y se lo metió en su ya abultada cartera—. Sí, lo acepto —continuó, mirando a Tony sin sonreír, aunque con su más repulsiva expresión—. Pero también aceptaré, hijito, mucho, muchísimo más...

—En esto —le interrumpió Tony— no estamos de acuerdo. Usted no percibirá ni un solo penique más. No tendrá que aceptar nada más. Si es que me entiende, no tendrá motivo alguno para aceptar nada más.

—¡Oh, muy fresco! —exclamó el capitán James—. ¡Sí, realmente fresco! ¡Y más verde que la hierba recién nacida! ¿Por quién me toma? ¿Por la tía Susie de un tonto?

—Me estremezco al pensar —sonrió Tony— que pueda usted ser tía de alguien, incluso de un tonto. O, si a eso vamos, un pariente de cualquier grado. El pariente de un ser humano, claro. Porque, si mal no recuerdo, existen unos animales con los que usted tiene cierta semejanza, y con los que, probablemente, le unen lazos de parentesco.

—¡Muy gracioso! ¡Muy divertido! —gruñó el capitán James, apretando fuertemente los labios—. Veamos, hijito... He aceptado sus roñosas doscientas cincuenta, y si no obtengo más..., ¡mucho más, claro!..., si no obtengo más como quiera y cuando lo quiera, el original de esa carta irá a parar a manos de algunas personas que a usted no le resultarán demasiado simpáticas...

—¡Oh, no! —negó Tony, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué diablos pretende decir con ese «¡Oh, no!»? —se amoscó el capitán James.

—Exactamente lo que he dicho —replicó Tony—. Bajo ninguna circunstancia podrá usted enseñar a nadie el IX original de esa carta.

El capitán James le miró fijamente. Al fin, con lo que indudablemente intentaba ser una sonrisa compasiva, se llevó el dedo índice a la sien, haciendo el conocido gesto de barrenarla.

—¡Loco! ¡Mochales! ¡Majareta perdido! ¡Los murciélagos chocando hasta la muerte con las paredes rocosas! —el capitán James se interrumpió de repente—. ¿Qué diablos...?

Fue más un siseo que una exclamación. Volvió a mirar fijamente a Tony como impulsado por una fuerza invisible. Se puso de pie, echando atrás el sillón, y continuó mirando, lo mismo que una serpiente mira de pronto a un conejo al que pretende hipnotizar, algo que Tony tenía entre sus dedos.

—Esta —murmuró el joven— es la carta original.

La sostenía entre el índice y el pulgar de cada mano, como una banderola compuesta de varios hojas, unidas en la esquina superior izquierda por un clip algo oxidado; eran unas páginas llenas de una escritura pequeña y muy clara.

—¡Mire! —prosiguió Tony—. ¡Sin trampas! ¡Sin engaños! ¡Damas y caballeros, nada en esta manga, nada en esta otra...!

—¿Cómo...? ¡Qué diablos! —repitió el capitán James.

Detrás de Tony, hacia la izquierda, según se hallaba él detrás del escritorio, había una chimenea en la que chisporroteaba un fuego de leña y carbón.

—¡Mire! —volvió a exclamar Tony.

Rompió las hojas de papel, por la mitad, repitiendo otra vez la operación, formó una bola con aquellos restos y la arrojó, ante la horrorizada mirada del capitán James, al fuego...

El capitán James dejó escapar una especie de alarido con reminiscencias de trueno. Era un sonido que también tenía algo de juramento y de plegaria, aunque más se asemejaba al aullido de un animal herido.

El capitán James levantó la mano derecha y desapareció bajo la solapa izquierda de su chaqueta...

—¡Oh, no, no! —la mano derecha de Tony agarró un pesado tintero de plata... La mano se balanceó... y el tintero chocó con los ojos del capitán James, soltando un chorro de líquido negro-

azulado.

El tintero se estrelló contra el suelo. La mano izquierda de Tony, casi simultáneamente, se apartó de la mesa al tiempo que apoyaba fuertemente la derecha en el mismo mueble. Rápidamente, tomó impulso y saltó limpiamente el escritorio. Tan pronto como sus pies volvieron a tocar el suelo, su mano derecha asió la muñeca del capitán James, quien estaba, a pesar del chorro de tinta recibido, empuñando ya una pistola automática. La mano izquierda de Tony ascendió hasta el codo derecho del capitán James. Hubo una súbita unión de dos cuerpos..., un zarandeo..., un retorcimiento... La automática pasó a poder de Tony.

—¡Esto —jadeó el joven— ha sido un juego sucio!

Arrojó el arma a lo lejos, girando para ello su cuerpo a medias, y la automática trazó un arco en el aire, chocó con el cristal de la ventana y cayó, con un ruido sordo, sobre el tejadillo de la tienda de abajo.

Tony se apartó del capitán James. Se quitó la chaqueta y la tiró a un rincón de la estancia. Retrocedió unos pasos más, hasta llegar a la puerta; ya allí, dio media vuelta, dio vuelta a la llave con pasmosa rapidez y se la metió en el bolsillo.

—¡Dios Todopoderoso! —gritó el capitán James. Con el dorso de la mano izquierda se había limpiado los ojos. Su rostro era una máscara negruzca...

—Si lo que desea es una paliza de aúpa... —rugió.

Se quedó inmóvil; levantó los brazos, tremendamente largos, y encorvó sus dedos cuadrados. Saltó...

La puerta del despachito de la señorita Pagan se abrió de repente, y en el umbral apareció Charles, llamándola perentoriamente.

—¡Aquí, venga de prisa! —tartamudeó Charles—. ¡De prisa, venga de prisa! ¡Oh, de prisa!

—¿Pero qué...? —empezó a preguntar la secretaria.

—¿Qué sucede, Charles? —inquirió Harris, desde su mesa.

—¡De prisa, de prisa! No, usted no... Usted no sirve para esas cosas... Señorita Pagan, es el jefe. Se está peleando con ese James. ¡Oh, qué ruido arman! ¡Vamos, de prisa!

La señorita Pagan, probablemente por primera y última vez en la oficina, no solamente hizo lo que le decía Charles, sino que adquirió una velocidad casi supersónica. Perdiendo por una vez su determinada postura de calma a toda prueba, la señorita Pagan voló por el pasillo, y sus pequeños y bellos pies apenas tocaron el alfombrado suelo. La señorita Pagan se inclinó hacia la pared, tratando en vano de abrir la puerta del despacho de Tony, que por estar cerrada no cedió a sus intentos. Entonces, la señorita Pagan se llevó una mano al corazón.

—¡Oh, Dios mío! —gimió.

—¿Ha oído —le preguntó Charles, cuando llegó allí un segundo después— algo más espantoso en su vida?

—¡De prisa, de prisa! —ahora fue la señorita Pagan quien repitió la orden varias veces, cogiendo a Charles por el hombro y sacudiéndolo fuertemente—. ¡De prisa, ve a llamar a un policía! ¡Rápido! ¡Oh, qué ruido! ¡Dios mío! ¡Di que vengan todos y corre a buscar un policía! ¡Corre, Charles, corre!

Charles se rascó el cogote sin moverse de donde estaba.

—No estoy seguro, señorita Pagan, de que...

—¡Oh, corre, Charles, corre!

—Bueno —repuso Charles, con amable tolerancia—, trate de calmarse, señorita Pagan. Esto es asunto del jefe. Conozco un poco al jefe, y también a ese James, y creo que al jefe no le gustará que le interrumpamos. ¡Caray, escuche eso!

La señorita Pagan volvió a inclinarse hacia la puerta, cubriéndose la cara con las manos. El último ruido, un sonido como si las mesas de la empresa Rynox hubiesen chocado, por acuerdo propio, simultáneamente con sus respectivas paredes, casi dejó sorda a la señorita Pagan. Sin embargo, con aquel estruendo se mezclaban otros sonidos: jadeos, gruñidos, gruñidos parecidos a los de los animales; arrastrar de pies sobre una alfombra, y más golpes que a la señorita Pagan, que jamás había asistido en su bien ordenada vida a un combate de boxeo, le recordaron más bien los tajos de los carniceros al picar la carne.

Por el pasillo, seguido por un tropel de empleados, llegó Harris. Cada una de sus manos sujetaba una pesada regla. Se detuvo delante de la puerta cerrada. Escuchó. A sus espaldas se agruparon tres empleados. Todos se contemplaron unos a otros con rostros

asombrados… aunque también gozosos. ¡Ay!, eran tan raros esos sucesos en la New Bond Street…

Otro choque dentro del despacho. Un choque que pareció el padre de todos los demás. Y después… la muerte o el silencio, un silencio mortal.

—¡Oh… oh! —gimió la señorita Pagan débilmente, volviendo a taparse los oídos.

Harris, muy pálido, aporreó la puerta del despacho con sus reglas.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz alterada, que quería ser varonil y oficial—. ¿Qué ocurre? ¿Está usted ahí, señor Benedik? ¿Está usted ahí, señor?

Los sonidos se debilitaron dentro del despacho. Un chasquido… el roce de una llave en la cerradura… la vuelta de una llave… se abrió la puerta…

—Sí, estoy aquí —contestó Tony desde el dintel—. ¿A qué demontres juegan ustedes? ¡Vuelvan a su trabajo! ¡Al momento!

La señorita Pagan, al oír con júbilo el sonido de aquella voz, lanzó un gritito, instantáneamente reprimido, al tiempo que sus ojos abarcaban el espectáculo. Tony estaba, en aquel despacho y en aquella ocasión, a la altura del gritito de una mujer. No sólo iba sin chaqueta, sino también sin chaleco. No llevaba el cuello postizo, y le faltaba la mayor parte de una manga de su camisa. Esto hacía que se le viera el pecho, en el que había varios arañazos, algunos con sangre. Su boca era un bulto deforme. El ojo izquierdo, que se amorataba rápidamente, estaba cerrado. La nariz, la imperiosa nariz de los Benedik, era tan gorda como la de un payaso, y en todo el rostro se veían unos arañazos semejantes a los de su pecho…

—¡Caray! —exclamó Charles, al oído de Harris—. ¡Fíjate en el brazo! ¡Vaya brazo! ¡El jefe es un peso pesado…!

La deforme boca del «jefe» volvió a abrirse.

—¡Dije que volviesen a su trabajo! Todos… excepto tú, Charles. Ven aquí…

Todos volvieron a u trabajo murmurando. «Murmurando» es la palabra adecuada, ya que sus comentarios eran como el zumbido de un enjambre de abejas. Charles, envanecido y orgulloso, entró en el

despacho, cerrando de un portazo. Miró a su alrededor y una sonrisa de júbilo iluminó su juvenil rostro.

—¡Cáscaras, señor! —exclamó.

Tony también tendió su mirada en torno y se llevó una mano a la mandíbula, visiblemente maltratada.

—Sí —observó—, hay un poco de desorden, ¿verdad? Ah, pero valía la pena, Charles.

El muchacho volvió a mirar a su alrededor.

—Pero… pero…, señor…, ¿dónde… dónde está…? ¡Oh, la madre del pato!

De repente, acababa de divisar los pies del capitán James. Sobresalían por debajo del volcado escritorio de caoba. Charles, impulsado por la curiosidad, dio tres pasos y un salto. Vio, tumbado boca arriba, respirando pesadamente para demostrar que estaba vivo, aunque no diese otras señales de vida, al capitán James. Yacía muy quieto, con las piernas juntas y los brazos casi pegados a lo largo de los costados. Conservaba puestas todas las prendas de vestir, excepto el cuello postizo. Sin embargo, su rostro hacía, por comparación, que el de Tony resultase perfecto.

—¡Oh, caray, señor! —repitió machaconamente Charles—. ¡Lo ha dejado hecho puré!

Buscó con la vista a su jefe. El jefe estaba sentado en el alféizar de la ventana, escribiendo con un lápiz en un pedazo de papel.

—Charles —dijo Tony—, lárgate en busca de todo lo que pone en esta lista y tráelo lo antes posible. Debo ponerme presentable. ¡Vamos, vamos!

Tras otra mirada al cuerpo tendido en tierra, bajo la mesa, Charles se apresuró a desaparecer.

Tony, jadeando, enderezó el escritorio, se sentó en su superficie y, con sumo cuidado, a causa de su dolorida mandíbula, encendió un cigarrillo. Inmediatamente, bajó de la mesa, y empezó a fumar. Esperó…

Al fin, el capitán James se estremeció. Pese a que podía estar semilleno de ginebra de Holanda, era un hombre duro. El capitán James abrió un ojo con dificultad. Tony aguardó hasta que en aquella pupila se asomara un destello de inteligencia.

El capitán James se incorporó. Al mismo tiempo, soltó un gruñido como el de un cerdo en la agonía.

—¿Tiene bastante? —inquirió Tony, mirando a su contrincante.

—¡Hijito —respondió el capitán James, en un murmullo casi incoherente—, tengo bastante!

Su tono no mostraba resentimiento, sino solamente asombro. Se puso de pie lenta y dificultosamente y se quedó balanceándose. Examinó a Tony de arriba abajo y torció penosamente la boca para sonreír.

—¡Ah, pero yo también le he zurrado, hijito, también le he zurrado! —exclamó.

—De todos modos —rio Tony—, mírese al espejo cuando encuentre uno.

—Jamás me miro a un espejo. Ni siquiera cuando me afeito.

Se encogió de hombros. Dobló envaradamente el brazo izquierdo y buscó algo en su bolsillo de pecho. Del mismo sacó el sobre que Tony le había entregado media hora antes.

—Esto —preguntó, blandiéndolo con ansiedad— sigue siendo válido, ¿verdad?

Tony asintió.

El capitán James devolvió el sobre al bolsillo.

—Bien —añadió con resignación filosófica—, nada más. Confieso —continuó, contemplando a su adversario— que ya sabía que hay tipos listos en la City de Londres, pero ignoraba que además de cerebro tuviesen tan buenos músculos. ¿Dónde aprendió a pelear así, hijito?

—Aquí y allí… —repuso Tony, encogiéndose de hombros.

—Bueno —concluyó el capitán James, comprobando la soltura de sus piernas—, será mejor que me largue.

—Eso creo yo.

El capitán James salió de la estancia, cerrando la puerta tras de sí. Al cabo de medio segundo, volvió a abrirla y regresó al interior del despacho.

—Una cosa… —murmuró.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó Tony.

—Bueno…, ¿cómo consiguió hacerse con la carta? Si no me entero, no podré dormir en toda mi vida, y usted no querrá que le suceda esto a Glassy James, ¿verdad, hijito?

Tony se levantó, echó la colilla del cigarrillo a un rincón, cogió su chaqueta, se la puso, se abrochó y alisó el cuello de la prenda.

—Prácticamente, la carta me la entregó usted. Sí, me enseñó la manera de conseguirla. Cuando vino usted ayer por la tarde, me contó que la carta estaba en su Banco, e incluso dijo en cuál de las sucursales, y añadió «¡Y allí se quedará! » Bien, ya tenía la pista. Hablé del asunto con una amiga mía, y lo que ocurrió luego fue que esta amiga estuvo en su hotel y logró apoderarse de unas hojas de papel con el encabezamiento de dicho hotel. Después, alquilamos a un mensajero y le dimos dinero para que prestase su uniforme a nuestro botones. ¿No lo ha reconocido usted? ¡Esto le enseñará una cosa, Glassy! ¡Le enseñará a observar las caras!

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó el capitán James—. ¿Me está diciendo...?

—Exacto —asintió Tony—. Un mensajero, que era nuestro botones, fue a su hotel anoche con una caja de cigarros. Se la entregó a usted, haciéndole firmar al pie de un impreso. Debajo de éste había una hoja de papel carbón y debajo de ésta una hoja del papel del hotel «Croft» con una carta de usted escrita a máquina. Cuando firmó el impreso, firmó una copia de la carta. Charles lo trajo todo aquí, y con el debido cuidado, reseguimos con tinta la firma. Creo que la carta fue una obra de arte. Estaba bastante mal mecanografiada, pero no con exceso. Era la clase de carta que escribiría un tipo de su estilo en una máquina portátil.

Tony sonrió antes de proseguir su relato.

—Esta mañana, mi amiga llevó la carta al Banco y no tuvo la menor dificultad en obtener su sobre. El único peligro, Glassy, era que tuviese usted en el banco más de un sobre guardado, pero valía la pena correr el riesgo... y todo salió bien.

—¡Dios mío! —proclamó el capitán James con fervor—. ¡Me lo merezco por idiota!

—¡Oh, tú pobre cara querido! —se compadeció Peter.

—Olvídate de mi cara —rezongó Tony—. Si te gustan las caras raras, te aconsejo que mires la de mi amigo, el capitán Iñigo James. Bueno, creo que debo llamarle Glassy.

—¿Era necesario? —preguntó Peter—. Me refiero a tanto jaleo...

—Tenía que hacer algo —explicó Tony—. No podía vivir con ese individuo chantajeándome eternamente, ¿verdad? Una vez

conseguida la carta, era preciso que tuviese con él unas palabritas… o lo que fuese.

Esbozó una sonrisa ante el recuerdo de la pelea, mas la sonrisa no fue muy lejos. Le dolía sonreír.

—¡Fue un buen combate, un excelente combate! —ponderó, mirando a Peter a través de la mesa del comedor, en la casa de la William Pitt Street—. La clase de combate que hubiese entusiasmado a F. X.

—El querido F. X. —murmuró Peter—. Tony, quiero volver a leer la carta. Ahora mismo, encanto.

Tony asintió. Del bolsillo de su smoking sacó la copia de la carta hecha por el capitán James. Peter la cogió, desdobló las hojas y las alisó ligeramente. Luego, miró a través de la mesa, la mesa de F. X., a su querido Tony, el hijo de F. X. Levantó su copa. No habló, pero Tony también levantó la suya. En silencio, brindaron ambos.

Peter dejó la copa, se acomodó mejor en su silla y empezó a leer, por segunda vez, aquella carta que decía…

PRÓLOGO

28 de marzo

Mi querido Anthony:

Según he calculado, recibirás esta carta unos seis meses después de morir yo asesinado.

Moriré asesinado mañana por la noche, a las diez y media. Esto, naturalmente, será enojoso para mí, doloroso para ti… y tal vez para dos o tres personas más. Mi único consuelo respecto a ti es que sé que estarás tan atareado con la Rynox, a causa de mi muerte, que no tendrás tiempo de lamentarte como lo harías en circunstancias ordinarias.

Antes de continuar, he de decirte una cosa; una cosa que, cuando te la haya dicho, te dejará mucho más tranquilo y estarás más de acuerdo conmigo acerca de la necesidad de mi muerte. Hace unos dieciocho meses lo descubrí. ¿Recuerdas la temporada que estuve en Viena y tuve que ingresar en un hospital debido a una gastritis? No, era cáncer. He visto a muchos especialistas desde entonces y todos han coincidido en afirmar que por mucho que haga, estoy sentenciado a corto plazo. No me lo han dicho con estas palabras, pero el sentido es éste.

Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo que esta forma de muerte es muy poco apetecible. Francamente, desde que estuve seguro de que era imposible hacer nada, y de esto hace casi un año, empecé a pensar de qué manera podía deshacerme de mí mismo de un modo decente y sin grandes molestias. Al principio, únicamente lo pensé según las leyes del suicidio, dejándote una explicación. Pero después… (lo decidí en febrero pasado, cuando decidimos embarcarnos en la operación Paramata)… vi de pronto que, si jugaba debidamente mis cartas, mataría varios pájaros de un tiro.

Confieso que desde el primer día supe que lo de Paramata no sería tan sencillo como yo le hacía ver a Sam Rickworth. A ti te insinué que habría altibajos, mas ni siquiera a ti te dije hasta dónde podían llegar dichos altibajos.

Yo sabía, por ejemplo, casi hasta el último penique, el dinero que nos haría falta. Y sabía, con la misma certidumbre, que no lo conseguiríamos por los medios ordinarios. Sabía, asimismo con certeza, que si lo conseguíamos y salíamos adelante, seríamos los amos, sin temor a la competencia.

Supongo que ya sabes que tú, Rynox, Peter y un bien desarrollado sentido del humor han sido las cuatro cosas, casi las únicas cuatro cosas, que he querido en toda mi vida. Por tanto, cuando descubrí el final que me aguardaba, y que mi existencia era ya, desde mi punto de vista, un asco, empecé a idear la manera de terminar conmigo y servir al mismo tiempo los intereses de las otras tres cosas queridas, aparte del humor. Por otra parte, había algo más.

Hace dos años, antes de averiguar que estaba condenado a corto plazo, me hice un seguro de vida, como sabes, por casi trescientas mil libras. (¡Lo que me costó, cuando dije la cantidad exacta, conseguir que aquel agente de seguros me tomara en serio, a causa de tantos sietes! De haber podido, le habría añadido siete chelines y siete peniques a las doscientas setenta y siete mil setecientas setenta y siete libras. El siete siempre me ha traído suerte.) Vi, tan pronto como comencé a idear mi plan, que dicha póliza podía encajar en todos los requerimientos. La había firmado sin ningún pensamiento ulterior, aparte de ahorrarme unos impuestos, pues la hice con ese fin, mas ahora veía de qué modo el seguro podía ayudarnos mucho mejor. Comprendí con meridiana claridad que se acercaba el momento en que la Rynox necesitaría, al menos, ciento noventa mil libras, y vi al instante de qué manera podíamos obtener esa suma, sirviendo además a mis otros fines. (Hubiera sido inútil tratar de conseguir el dinero mediante un préstamo, ni siquiera utilizando la póliza como garantía, lo sabes tan bien como yo. Tal vez hubiésemos logrado cincuenta o setenta mil, no más.)

El plan, pues, era el siguiente:

Deshacerme de mí de tal manera que la cosa no infundiese sospechas respecto a un posible suicidio, ni a los del seguro ni a nadie en absoluto.

De esta manera, percibirías la cantidad del seguro al momento, y sin preguntas.

Si lograba llevar adelante este plan, sabía que tú, inmediatamente, pondrías todo el dinero en la Rynox, y que la dirigirías mejor que yo. Sabía, en otras palabras, que llevarías a cabo la operación Paramata hasta que la Rynox subiese como la espuma. Y sabía, asimismo, que si te dejaba instrucciones, aunque de forma que no se interfiriesen con mi plan, devolverías el dinero del seguro, de acuerdo con mis mencionadas instrucciones. Sabía, por fin, que si jugaba bien mis cartas, lograría morir, en medio de una broma colosal.

Comencé a esbozar el proyecto. Siempre he esbozado proyectos, mas creo que el último ha sido el mejor de todos.

¡Escucha! Como he dicho, me asesinarán mañana por la noche. Me asesinará un tipo llamado Marsh. ¿Te asombra esto? Has oído nombrar a ese Marsh, ¿verdad? ¡Te asquea hasta oír pronunciar el nombre! Cuando Marsh me haya asesinado, la Policía, por más que lo intente, será completamente incapaz, a pesar de saber que Marsh me ha matado, de encontrarle. Esto les irritará. Marsh tiene una identidad tan acusada... No es la clase de aguja que puede perderse en un pajar.

¡No lo encontrarán! No lo encontrarán precisamente porque en el mismo momento, y por los mismos medios, cuando Francis Xavier Benedik halle la muerte, Boswell Marsh hallará la suya.

¡O sea, que Boswell Marsh y Francis Xavier Benedik son la misma y una persona! Marsh, de quien todo el mundo, incluyéndote a ti, está dispuesto a jurar que es un individuo al que conocí hace varios años en Sudamérica, tiene solamente una existencia de seis meses.

Como comprenderás, Tony, es absolutamente esencial que mi muerte no sea debida a un accidente, sino a un crimen. Los accidentes, cuando hay grandes sumas de dinero en juego, siempre son sospechosos para las compañías aseguradoras. Y cuando una de esas compañías entra en sospechas, sabe Dios lo que pueden averiguar. Por eso creé a Marsh, el hombre que me matará. Ah, fue una creación muy divertida. Lo único que lamento es no poder compartir contigo el final de la broma.

Lo primero que hice fue adquirir el antiguo Diario que probará que mi enemistad con Marsh proviene de varios años atrás.

Después, poco a poco, comencé a falsificarlo. Escribí en ese Diario durante cinco años, y está lleno de mentiras… casi todas inventadas a última hora. Pero hay otras cosas que son reales. Se trata de incidentes demostrables, palpables. Lo único completamente falso del Diario es Marsh, pero lo he falsificado todo tan bien, que nadie podrá afirmar que el tal Marsh no estuvo en tal sitio ni a tal hora, como dice el Diario. Que ningún Marsh discutió jamás con F. X. Benedik. ¡Ah, esto es imposible! Después de escribir el Diario, comencé a inventar y perfeccionar la caligrafía de Marsh. Pronto logré, no tan sólo que fuese totalmente diferente de la mía, sino que pude escribirla sin el menor esfuerzo. Finalmente, empecé a crear la personalidad real de Marsh.

Para ello, le adjudiqué:

1 sombrero negro.
1 bastón.
1 par de gafas oscuras, con montura imitación concha.
1 un bigote.
1 barbita.
1 cojera.
2 millones de «erres» mal pronunciadas.

El nacimiento de Marsh fue fácil. Vio la primera luz en un lavabo público de Piccadilly Circus. F. X. Benedik, el hombre de negocios, erguido, alerta, de paso rápido y constitución atlética, entró allí con un paquete bajo el brazo que contenía un sombrero negro. Después, salió cojeando y maldiciendo guturalmente, Boswell Marsh. En su bolsillo llevaba doblado el sombrero flexible de F. X. Benedik. Las demás prendas de vestir eran las mismas de F. X. Benedik. ¡Claro que el vestido no distingue jamás a un hombre de otro!

Una de las primeras cosas que hizo el señor Marsh, Anthony, fue alquilar una casita de campo; una casita en un pueblo donde las excentricidades y el malhumor del señor Marsh atraerían la atención de todas las comadres. El señor Marsh pagó, cuando alquiló la casita, que tuvo buen cuidado de alquilársela a un granjero bonachón, con una serie de billetes viejos, en el mismo instante en que firmó el contrato de arrendamiento. Sí, las visitas

del señor Marsh a su sede campestre (al fin y al cabo, si uno desea crear un ser humano, es necesario que lo presente y exhiba por el mundo), te explicarán aquellos fines de semana míos que ya sé que te preocupaban. Desde su casita, como recordarás, el señor Marsh empezó a enviar cartas insultantes a F. X. Benedik. Y F. X. Benedik, desde sus oficinas palaciegas, le escribió al señor Marsh cartas todavía más insultantes. De esta manera, el personal de la oficina, incluyéndote a ti, empezó a aceptar al señor Marsh.

Después, Marsh empezó a telefonear. Supongo que nadie se fijó en el hecho de que cuando Marsh telefoneaba, F. X. Benedik había salido, cosa que no tenía remedio. Sin embargo, si alguien hubiese sospechado al respecto, la señorita Pagan hubiese jurado que en cierta ocasión F. X. Benedik llamó y habló con el señor Marsh desde su despacho, porque la señorita Pagan oyó tal conversación. Esto ha ocurrido hoy, y hay que ver lo que me he divertido, ya que ha sido una broma… quizá algo macabra, pero broma al fin.

Salí de casa esta mañana, paseando hasta la oficina, y como de costumbre, por el camino llamé dos veces usando la voz gutural de Marsh. Necesitaba hablar urgentemente con el señor Benedik. El señor Benedik, después de dejar este mensaje, haciéndose pasar por el señor Marsh, llegó a la oficina, y una vez allí, no solamente se enteró de las llamadas telefónicas efectuadas por el señor Marsh, sino que marcó el número de teléfono dejado antes por Marsh. Lo que no vio la señorita Pagan, que es mi testigo y creo que excelente, es que mientras F. X. Benedik parecía estar hablando con Boswell Marsh, tenía el dedo índice apretado sobre el soporte telefónico, de manera que en realidad no hablaba con nadie.

Una vez, no me atreví a repetir el experimento, Marsh estuvo en la Rynox. Escogí un día en el que, según sabía, ni tú ni Woolrich estaríais por allí. Probablemente, te habrán contado dicha visita. Marsh se mostró extraordinariamente ofensivo. Cuando al entrar me miró inquisitivamente la señorita Pagan, estuve a punto de marcharme al momento. Tuve que esforzarme y pensar que el bigote y la barbita estaban bien pegados, y que mis gafas eran tan oscuras que nadie podía vislumbrar el color de mis pupilas. Te aseguro, Anthony, que la visita del señor Marsh, aunque formando parte de la macabra broma ideada por mí, llegó a asustarme. Una y otra vez creí que me habían descubierto, y una y otra vez alguien,

¡Dios le bendiga!, dijo o hizo algo que me dio a entender que no era así. Al fin y al cabo, no olvides, como casi yo mismo lo olvidé en aquella ocasión, que yo había plantado a Marsh en la mente de todo el personal de la oficina. Creo que a ti no te hubiera engañado, pero logré convencer a los demás, y de esta manera, cuando Marsh visitó la Rynox, todos estaban convencidos de su existencia real.

Bien, esto se está convirtiendo en una epístola más larga de lo que pensaba. Será mejor que corte el rollo y te explique exactamente cómo me asesinó Marsh. Fíjate bien.

Hoy, como he dicho, yo, F. X. Benedik, he quedado citado (lo ha oído la señorita Pagan) con el señor Marsh, siendo la cita para las diez de mañana, viernes, en mi casa. Recuerda que yo no he estado esta mañana en la oficina, cosa que era imposible mientras Boswell Marsh se dejaba ver por bastante gente de la ciudad de Londres. También recordarás que anoche no estuve en casa, por ausentarme a causa de una de esas misteriosas visitas que, estoy seguro, siempre pensaste que las hacía a una dama, aunque en realidad iba a la casita alquilada por Marsh en el campo. La culminación del plan empezó esta mañana, cuando el señor Marsh se despertó.

El horario es el que sigue:

1. Hora: 8,45.

Hechos: El señor Marsh recibe una carta sin sello del señor Benedik. El señor Marsh se enfada con el cartero.
Observaciones: Enviada la carta sin sello aposta, para darle a Marsh la oportunidad de dejarse ver.

2. Hora: 9,00.

Hechos: El señor Marsh se muestra violento en la estación de Little Ockleton.
Observaciones: Principio general de dejar un rastro. Sin otro detalle particular.

3. Hora: 11,30.

Hechos: El señor Marsh, más irritante que nunca, compra tres

localidades en el Royal Theatre. Deja una impresión indeleble en el taquillero.
Observaciones: Ver abajo.

4. Hora: 11,55.

Hechos: El señor Marsh entra en la oficina de Mensajeros de Distrito; muy violento. Insiste en que sea entregada una carta dirigida «al ama de llaves y personal del número 4 de la William Pitt Street» a una hora dada.
Observaciones: La hora dada, adoptada para provocar un recuerdo adicional.

5. Hora: 12,15.

Hechos: El señor Marsh, en la escalera de emergencia de la estación de la Dover Street, vuelve a convertirse en F. X. Benedik.

6. Hora: 1,30 a 3,30.

Hechos: F. X. B. almuerza con A. X. B. y Peter Richworth. F. X. B. manda a A. X. B. a París.
Observaciones: Sacando de escena a A. X. B., se eliminaba la posibilidad de que le acusaran del asesinato. Hasta aquí lo que he hecho. Ahora, lo que haré mañana. Lo pondré de la misma manera que he anotado las actividades de hoy.

Hora: 9,30.

Hechos: Daré a la señora Fairburn y a las dos criadas permiso para que vayan al teatro. Estoy seguro de que ella me lo pedirá.
Observaciones: Esto acusará a Marsh, que adquirió los billetes y los envió anónimamente.

Hora: 10,00.

Hechos: Dejaré la casa como Benedik y *en route* me transformaré en Marsh.

Hora: 11,00.

Hechos: Iré como Marsh a adquirir en la armería de Selsinger la pistola con la que seré asesinado.
Observaciones: Otro rastro estupendo. (Probablemente compraré una automática alemana, el arma más diferente que conozco de mi revólver, que también deberé usar.)

Hora: 12 a 7,30.

Hechos: Como Benedik, me comportaré como de costumbre.
Observaciones: Para evitar que alguien sospeche que sabía que me iba a ocurrir algo desagradable.

Hora: 7,30 a 8,30.

Hechos: F. X. Benedik cenará. No habrá en la casa nadie más que Prout. Después de cenar, le diré a Prout que un hombre llamado Marsh vendrá a verme a las diez. Que yo, mientras tanto, me marcho a ver a Rickworth. Que si viene Marsh antes de mi regreso le deje entrar; que acto seguido, él, Prout, puede salir, como ha hecho en los dos o tres años últimos, para ir al Foxhound, «a rondar un poco y tomarse una copa».
Observaciones: Esto acusará a Marsh. Se ha deshecho de la servidumbre, y todos pensarán que ya sabía que Prout suele ausentarse a partir de las diez.

Hora: 8,30.

Hechos: Me iré a casa de Rickworth. Probablemente tomaré un taxi, pero lo dejaré cerca de Knightsbridge. Luego (después

de transformarme en Marsh en algún sitio oportuno), me comportaré, probablemente en un bar, durante un rato, del modo más extraordinario.
Observaciones: Rastro visible.

Hora: 9,00.

Hechos: En casa de Sam, de nuevo con mi verdadero aspecto. Hablaré con él de negocios, probablemente usando el asunto Carruthers-Blackstone como pretexto. No estaré mucho tiempo, aunque sí le hablaré de mi cita con Marsh, asegurando que voy a solucionar ese problema de una vez por todas.
Observaciones: Muy útil. Sam será un testigo sólido, auténticamente perfecto.

Hora: 10,00.

Hechos: Entraré en mi casa como Marsh. (No me gusta mucho esta parte, ya que Prout es buena persona, y tendré que mostrarme violento con él. Prout, y puedes apostar lo que quieras, no se olvidará fácilmente de Marsh. Y es seguro que, habiéndole dado permiso, se marchará. No bebe mucho, mas no puede pasar una noche sin charlar con sus amigos.

Hora: 10,20 (o tan pronto como se marche Prout).

Hechos: Montando la escena. Esto, Anthony, es realmente estupendo. Lee con atención. Marsh está en casa, y lo sabe todo el mundo. Benedik, puesto que pronto lo hallarán muerto, debe haber llegado un poco más tarde, entrando con su llavín. Problema: ¿cómo matar a Benedik, quedando bien claro que lo ha matado Marsh y ha huido?) Primero, romperé las gafas negras y las echaré por el retrete; segundo, haré lo mismo con el bigote y la barba; tercero, me lavaré la cara para que desaparezcan los rastros del pegamento; cuarto, dejaré el sombrero negro de Marsh en algún lugar visible de

la habitación; quinto, saldré por la ventana, cruzaré el sendero, ataré una cuerda a una rama resistente de uno de los tejos que crecen al otro lado del sendero; volveré al despacho y fijaré el otro extremo de la cuerda, a fin de que la rama se halle al alcance de mi mano desde la ventana; sexto, habrá una pelea entre Marsh y F. X. Benedik, sumamente violenta, de la que quedarán huellas muy visibles. (Me situaré junto a la ventana y dispararé la Luger de Marsh. A continuación, iré al otro lado del cuarto y dispararé el revólver de Benedik. Habrá toda una serie de impactos de bala que contarán la engañosa historia); séptimo, rápidamente, porque después del tiroteo, puede llegar gente en cualquier momento, montaré la escena final. El montaje probará que Marsh, al huir, pasó por la ventana, disparó contra Benedik y escapó, por el sendero, a través de los arbustos, saliendo finalmente por el otro lado del jardín.

Observaciones: Gracias al Señor no llueve, de modo que no se marcarán las pisadas.

Hechos: ¡Esto se logrará del modo siguiente, damas y caballeros! ¡Un puro engaño! Me acercaré a la ventana, que dejaré bien abierta. Cogeré la cuerda atada a la rama del tejo, la soltaré y me la meteré en el bolsillo.

Observaciones: Cualquiera puede llevar un pedazo de cuerda en el bolsillo.

Hechos: A continuación, deslizaré el extremo de la ramita del tejo por la guarda del gatillo de la Luger. Sostendré mi revólver en la mano derecha e, inclinando el torso fuera de la ventana, con la mano izquierda, acercaré la Luger que, no lo olvides, tendrá el extremo de la rama insertada en la guarda del gallito, a mi cabeza, aunque no demasiado cerca, y me saltaré la tapa de los sesos. Entonces sucederá, y esto lo he estudiado hasta el más mínimo detalle, que me hallarán tendido con medio cuerpo fuera de la ventana, empuñando mi revólver con la mano derecha, destrozada mi cabeza por una bala procedente de la pistola de Marsh, pistola que encontrarán a unos metros de distancia de la casa, porque la rama habrá recuperado su posición, soltando el arma por el trayecto.

Observaciones: Magnífico, ¿verdad?

Y éste, Anthony, es el final de Boswell Marsh y F. X. Benedik. No, sé que no lo harás, no me maldigas por esto. Con el tiempo, verás que ha sido una broma. Mi vida está destrozada, de modo que pienso disfrutar con mi muerte. A ti no te gustaría descubrir que tu cuerpo se está corrompiendo, ¿verdad? Seguramente harías lo mismo que yo voy a hacer, si bien tú probablemente idearías una broma mejor que la mía.

Cuídate, muchacho, y cuida de Peter. Y dirige la Rynox lo mejor posible hasta que estés harto de la empresa. Cuando llegue ese momento, abandónala, aunque no creo que te hartes jamás. Hemos pasado juntos momentos muy gratos, momentos que te agradezco profundamente, como te agradezco otras cosas.

No recibirás esta carta hasta mucho después de que hayas hecho lo que yo sé que harás, o sea, que, usando el dinero del seguro, cancelarás todas las deudas, sacarás a la Rynox del atolladero en que se halla, y la pondrás a flote. (Estoy dispuesto a apostar contigo que tendrás discusiones con el viejo Sam, el cual querrá, inmediatamente, arrojarse en brazos de los mercaderes misericordiosos de la Carey Street sin más, sin embargo, estoy igualmente dispuesto a apostar que impedirás que lo haga.)

Recibirás esta carta unos siete meses a partir de ahora. Esta noche se la enviaré a Carruthers. ¿Conoces a Carruthers? Creo que no... es un buen amigo mío. Le escribiré diciendo que deseo que te mande esta carta en el momento oportuno, señalándole la fecha. Es una buena persona, que no me defraudará; además, es muy improbable que se muera en este corto plazo de tiempo. Cuando la recibas, tal vez experimentarás un golpe doloroso; tal vez no. Más adelante comprenderás que lo único que he hecho es pedir prestadas a la Naval, Military and Cosmopolitan, la cantidad de doscientas setenta y siete mil setecientas setenta y siete libras para la Rynox. Si la empresa sube, devuélvelas. Si no es así, no podrás devolverlas, de manera que deberás olvidarte del asunto. En el primero de los casos, añade también los intereses. En fin, esto lo dejo a tu criterio. ¡Seguro que lo que hagas será tremendamente divertido!

Adiós, hijo, y besa de mi parte a Peter.

Esperando que ésta te encuentre como yo estoy ahora (muy feliz), te saluda atentamente, el más humilde y obediente de tus servidores,

FRANCIS XAVIER BENEDIK
(Boswell Marsh)